MAURICE LEBLANC

ARSÈNE LUPIN

CONTRA HERLOCK SHOLMES

LA NOVELA QUE INSPIRÓ
LA SERIE *LUPIN*

MAURICE LEBLANC

ARSÈNE LUPIN

CONTRA HERLOCK SHOLMES

Traducción de Zulema Couso

Duomo ediciones

Índice

Portada
Arsène Lupin contra Herlock Sholmes
Primera parte. La dama rubia
1. Número 514 / serie 23
2. El diamante azul
3. Herlock Sholmes desata las hostilidades
4. Luz en la oscuridad
5. Un secuestro
6. El segundo arresto de Arsène Lupin
Segunda parte. La lámpara judía
1
2
Notas
Créditos

A Marcel L'Heureux como muestra de cariño.
M. L.

PRIMERA PARTE

LA DAMA RUBIA

1

NÚMERO 514 / SERIE 23

El 8 de diciembre del año pasado, el señor Gerbois, profesor de matemáticas en la escuela secundaria de Versalles, encontró un pequeño escritorio de caoba mientras rebuscaba por una tienda de baratijas que le gustó por sus múltiples cajones.

«Esto es justo lo que buscaba para el cumpleaños de Suzanne», pensó.

Y como siempre intentaba complacer a su hija en la medida de sus modestos recursos, negoció el precio y pagó la suma de sesenta y cinco francos.

Al darle su dirección al tendero, un joven elegantemente vestido que había estado echando un vistazo por la tienda, vio el mueble y preguntó:

—¿Cuánto cuesta?

—Está vendido —contestó el comerciante.

—A este señor, supongo.

Gerbois lo saludó y se marchó muy feliz, orgulloso por haber adquirido un mueble codiciado por un joven como aquel. Pero no había dado ni diez pasos en la calle cuando el joven apareció a su lado, sombrero en mano, y le dijo en un tono perfectamente cortés:

—Le pido infinitas disculpas, señor. Voy a hacerle una pregunta un tanto indiscreta... ¿Buscaba ese escritorio en particular o alguna otra cosa?

—No. Estaba buscando una báscula de segunda mano para unos experimentos de física.

—Entonces, no le tiene demasiado aprecio, ¿me equivoco?

—Lo normal, diría yo.

—¿Porque es una antigüedad, tal vez?

—Porque es cómodo.

—En ese caso, ¿le interesaría cambiarlo por un escritorio igual de cómodo, pero en mejores condiciones?

—Este está en buenas condiciones y no veo que cambiarlo tenga ningún sentido.

—Pero...

Gerbois era un hombre fácilmente irritable, de carácter sombrío.

—Por favor, señor, no insista —le respondió con sequedad.

El desconocido se plantó delante de él.

—No sé qué precio ha pagado, pero le ofrezco el doble.

—No.

—¿El triple?

—No hace falta que siga —exclamó el profesor, impaciente—. Lo que me pertenece no está a la venta.

El joven lo miró fijamente con una expresión que el señor Gerbois no olvidaría así como así y, sin decir nada, dio media vuelta y se marchó.

Una hora después, entregaron el mueble en la casa que Gerbois ocupaba en el camino a Viroflay. Llamó a su hija.

—Mira lo que te he comprado, Suzanne. ¿Te gusta?

Suzanne era una criatura hermosa, expresiva y alegre. Se lanzó al cuello de su padre y lo abrazó con tanta alegría como si le hubiera hecho un regalo digno de la realeza.

Esa misma noche, después de haberlo colocado en su habitación con la ayuda de Hortense, la criada, limpió los cajones y guardó cuidadosamente sus papeles, correspondencia, colecciones de postales y algunos recuerdos que guardaba de su primo Philippe en secreto.

Al día siguiente, a las siete y media, Gerbois se marchó al instituto. A las diez, Suzanne lo esperaba en la salida como hacía siempre. A su padre le alegraba ver la elegante silueta y la sonrisa de su hija esperándole en la acera de enfrente.

Volvieron a casa juntos.

—¿Qué tal tu escritorio?

—Una maravilla. Hortense y yo hemos pulido las partes de bronce y ahora parecen de oro.

—Entonces, ¿estás contenta?

—Sí, mucho. Tanto que no sé cómo he podido vivir sin él hasta ahora.

Cruzaron el jardín frente a la casa.

—¿Podemos pasar a verlo antes del almuerzo? —propuso Gerbois.

—¡Claro! Qué buena idea.

Ella subió primero, pero al llegar al umbral de la habitación, lanzó un grito horrorizado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Gerbois.

Entró en la habitación detrás de ella. El escritorio había desaparecido.

Lo que sorprendió al juez de instrucción fue la admirable simplicidad de los medios empleados para el robo. Durante la ausencia de Suzanne y de la criada, que había salido a hacer la compra, según el relato de los vecinos que lo habían visto, un policía con su placa se había

detenido frente al jardín de la casa y había llamado dos veces. Los vecinos, que no sabían que la criada estaba fuera, no sospecharon nada, por lo que el individuo llevó a cabo su trabajo con absoluta tranquilidad.

Cabe destacar que no se rompió ningún armario ni ningún reloj sufrió ninguna alteración. Es más, el monedero que Suzanne había dejado sobre el mármol del escritorio descansaba sobre la mesa de al lado con su contenido intacto. No cabía duda de que el robo tenía un objetivo claramente determinado, por lo que resultaba todavía más inexplicable. ¿Por qué correr semejante riesgo por un botín tan insignificante?

La única pista que el profesor pudo aportar fue el incidente ocurrido el día anterior.

—El joven se mostró tremendamente molesto ante mi negativa y me dio la impresión de que sus palabras, al marcharse, eran una amenaza.

Pero aquello no arrojó demasiada luz sobre el asunto. Interrogaron al dueño de la tienda, pero no conocía a ninguno de los dos caballeros. En cuanto al escritorio, lo había comprado por cuarenta francos en Chevreuse tras un fallecimiento y creía que lo había vendido por un precio razonable. La investigación no dio ningún otro resultado.

Pero Gerbois seguía convencido de que había sufrido una gran pérdida. El joven debía saber que había una fortuna escondida en el doble fondo de un cajón y por eso lo había robado.

—Mi pobre padre, ¿qué habríamos hecho con esa fortuna? —comentó Suzanne.

—Hija mía, con tal fortuna, podrías haber encontrado un pretendiente de gran categoría.

Las aspiraciones de Suzanne se limitaban a su primo Philippe, un partido bastante desafortunado, así que la muchacha suspiró amargamente. En la pequeña casa de Versalles, la vida continuó con menos alegría, ensombrecida por el pesar y la decepción.

Transcurrieron dos meses y, de repente, se produjeron una serie de acontecimientos imprevistos de lo más grave, una extraña sucesión de buena suerte y tremendos infortunios.

El 1 de febrero, a las cinco y media, Gerbois regresó a casa, periódico en mano; se sentó, se puso las gafas y comenzó a leer. No le interesaba la política, así que pasó las páginas. De pronto, un artículo llamó su atención. Se titulaba:

Tercer sorteo de la lotería de las Asociaciones de Prensa.
El ganador de un millón es el número 514 , serie 23.

El periódico se le resbaló entre los dedos y cayó al suelo. Las paredes temblaron y el corazón le dejó de latir. Número 514, serie 23.

¡Era su número!

Lo había comprado por casualidad, para complacer a uno de sus amigos porque él no creía en los favores del destino. Pero ¡he ahí que había ganado!

Rápidamente sacó su cuaderno. Número 514, serie 23. Exactamente, se acordaba bien. Ahí estaba escrito. Pero ¿dónde estaba el boleto?

Corrió a su estudio para buscar la caja de sobres en la que había guardado el valioso boleto, pero al entrar se detuvo bruscamente. Todo le dio vueltas una vez más y se le encogió el corazón, la caja de sobres no estaba allí y, presa del terror, se dio cuenta de que hacía semanas que no se encontraba en aquel lugar. Hacía tiempo que no la había visto delante de él mientras corregía los deberes de sus estudiantes.

Escuchó el ruido de pasos sobre la grava del jardín. Llamó:

—¡Suzanne! ¡Suzanne!

Esta venía de dar un paseo y subió corriendo.

—Suzanne, la caja... ¿La caja de los sobres? —le suplicó con voz entrecortada.

—¿Cuál?

—La del Louvre, la que traje un jueves y había dejado al borde de esta mesa.

—¿No te acuerdas? Ordenamos todo esto juntos y la guardamos.

—¿Cuándo?

—Por la noche, ese mismo día.

—Pero ¿dónde? Respóndeme, me muero de la impaciencia.

—¿Dónde? En el escritorio.

—¿En el escritorio que nos robaron?

—Sí.

—¡En el escritorio que nos robaron!

Repitió esas palabras en voz baja, con cierto estupor. Entonces la cogió de la mano y le dijo en voz baja:

—Hija mía, contenía un millón...

—¡Padre! ¿Por qué no me lo dijiste? —susurró con ingenuidad.

—Un millón —repitió el padre—. Tenía el número ganador de la lotería de la Prensa.

La contundencia del desastre les aplastó el ánimo y durante mucho tiempo guardaron un silencio que no tenían el valor de romper.

Finalmente, Suzanne dijo:

—Pero, padre, te pagarán el premio de todos modos.

—¿Por qué? ¿Con qué pruebas?

—¿Necesitamos pruebas?

—¡Pues claro!

—¿Y no tienes ninguna?

—Sí, tengo una.

—¿Entonces?

—Estaba en la caja.

—¿En la caja que ha desaparecido?

—Sí. El ladrón cobrará el dinero.

—¡Pero eso sería horrible! Padre, ¿qué podemos hacer?

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer? Ese hombre seguro que es muy fuerte y tiene grandes recursos. Acuérdate del caso del mueble...

Se levantó en un arrebato de energía y dio un pisotón en el suelo.

—Pero no. No lo conseguirá. ¡No se hará con el millón! ¿Por qué iba a hacerse con él? Después de todo, por muy hábil que sea, no puede hacer nada. Si va a cobrarlo, lo atraparemos. Ya verá, ya verá el hombre ese.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea, padre?

—Defender nuestros derechos, hasta el final, pase lo que pase. Lo conseguiremos. El millón es mío y pienso recuperarlo.

Unos minutos más tarde, envió este telegrama:

> *Gobernador del Crédit Foncier, rue Capucines, París. Poseo el número 514, serie 23. Me opongo con todo el peso de la ley a cualquier otra reclamación del premio que no sea por mí.*
> *Gerbois*

Casi al mismo tiempo llegó este otro telegrama a la oficina del Crédit Foncier:

> *Tengo en mi poder el número 514, serie 23.*
> *Arsène Lupin*

Cada vez que me dispongo a contar alguna de las innumerables aventuras de la vida de Arsène Lupin, siento una gran confusión, pues creo que hasta la más banal de sus aventuras es sobradamente conocida por cualquiera que me vaya a leer. De hecho, no existe gesto de nuestro «ladrón nacional», como graciosamente lo llamamos, que no haya recibido una exhaustiva cobertura, hazaña que no haya sido estudiada hasta el más mínimo detalle, ni acto que no haya sido comentado con esa abundancia de detalles que normalmente reservamos al relato de sucesos heroicos.

Quién no conoce, por ejemplo, la extraña historia de *La dama rubia*, de la que los periódicos informaron sobre sus curiosos episodios bajo el titular: *Número 514, serie 23*. El crimen de la avenida Henri-Martin. El diamante azul. El interés despertado por la intervención del famoso detective inglés Herlock Sholmes. Qué efervescencia después de cada una de las aventuras que marcaron el enfrentamiento de estos dos grandes artistas. Y qué conmoción en los bulevares el día que los

chicos de los periódicos vociferaron: «¡Arsène Lupin ha sido detenido!».

Mi excusa para repetir todo esto es que aporto una novedad: la clave del acertijo. Voy a disipar las sombras que siempre rodean a estas aventuras. Reproduzco artículos leídos y releídos, copio entrevistas antiguas, pero lo organizo todo, lo clasifico y lo reduzco a la verdad exacta. Para ello me ha ayudado el mismísimo Arsène Lupin, cuya gentileza hacia mí es inagotable. Y también, en este caso, el inefable Wilson, amigo y confidente de Sholmes.

Todo el mundo recordará la enorme carcajada con la que se recibió la publicación de los dos telegramas. La sola mención del nombre de Arsène Lupin era garantía de lo inesperado, una promesa de entretenimiento para la galería. Y la galería no era otra que el mundo entero.

A partir de los registros llevados a cabo inmediatamente por el Crédit Foncier, se llegó a la conclusión de que el número 514 de la serie 23 se había emitido a través del Crédit Lyonnais, en una sucursal de Versalles, al comandante de artillería Bessy. Sin embargo, el comandante había muerto tras caer de su caballo. Sus camaradas nos informaron de que, poco antes de su muerte, había cedido el boleto a un amigo.

—Ese amigo soy yo —comentó Gerbois.

—Demuéstrelo, por favor —le objetó el director del Crédit Foncier.

—Por supuesto que puedo demostrarlo. Varias personas pueden confirmar que era amigo íntimo del comandante, con quien me reunía a menudo en el café de la plaza de Armes. Allí fue donde un día, para complacerlo en un momento incómodo, le compré el boleto por veinte francos.

—¿Hay algún testigo de este intercambio?

—No.

—En ese caso, ¿en qué basa su reclamación?

—En la carta que me escribió al respecto.

—¿Qué carta?

—Una carta que iba pegada al boleto.

—Enséñenosla.

—¡Está en el escritorio robado!

—Debe encontrarla.

Fue Arsène Lupin quien dio noticias de la carta. Una breve nota apareció publicada en el *Écho de France*, que tenía el honor de ser su órgano de comunicación oficial y del cual aparentemente era uno de los principales accionistas. En la nota, se anunciaba que Lupin había puesto en manos de Detinan, su abogado y asesor legal, la carta que monsieur Bessy le había escrito a él personalmente.

Aquello provocó una explosión de risas. ¡Arsène Lupin tenía un

abogado! Arsène Lupin, respetando las reglas establecidas, había nombrado para representarlo a un miembro del colegio de abogados.

La prensa al completo se dirigió rápidamente a ver al influyente diputado Detinan, un hombre de una gran integridad y buen espíritu, un poco escéptico, felizmente contradictorio.

Detinan nunca había tenido el placer de conocer a Arsène Lupin, hecho que lamentaba profundamente, pero acababa de recibir sus instrucciones y, muy emocionado por el honor de haber sido elegido, pretendía defender firmemente los derechos de su cliente. Por lo tanto, abrió el dosier recién constituido, y, sin rodeos, mostró la carta del comandante. Demostraba sin lugar a dudas la cesión del boleto, pero no mencionaba el nombre del comprador. Simplemente decía: «Mi querido amigo».

«“Mi querido amigo” soy yo», añadió Arsène Lupin en una nota adjunta a la carta del comandante. «Y la mejor prueba es que tengo la carta».

El enjambre de periodistas se abalanzó inmediatamente sobre Gerbois, que no paraba de repetir:

—«Mi querido amigo» soy yo. Arsène Lupin robó la carta del comandante con el billete de lotería.

—¡Que lo demuestre! —respondió Lupin a los periodistas.

—Así debe ser, ya que robó el escritorio —exclamó Gerbois frente a los mismos periodistas.

A lo que Lupin respondió:

—¡Que lo demuestre!

Así se desenvolvió la encantadora fantasía que representaba el espectáculo del duelo público entre los dos dueños del número 514, serie 23, de las idas y venidas de los periodistas, de la sangre fría demostrada por Arsène Lupin frente a la aflicción del pobre Gerbois.

Los periódicos estaban plagados de las lamentaciones de ese hombre infeliz. Anunciaba su desgracia con una ingenuidad conmovedora.

—Entiéndanme, caballeros. Ese granuja me ha robado la dote de Suzanne. Personalmente, no me importa. Pero es por Suzanne. ¡Un millón! ¡Diez veces cien mil francos! Estaba seguro de que el escritorio contenía un tesoro.

Fue en vano comentar que su adversario no estaba al tanto de la presencia del billete de lotería al llevarse el mueble, y que además nadie podía predecir que aquel boleto fuera a ganar el premio.

—¡Sí que lo sabía! —se quejó—. De lo contrario, ¿por qué se habría molestado en llevarse este miserable mueble?

—Por alguna razón que desconocemos, pero ciertamente no para apoderarse de un trozo de papel que entonces no valía más que la modesta suma de veinte francos.

—¡Un millón! Lo sabía... ¡Lo sabe todo! No conocen a ese

sinvergüenza. No les ha robado un millón de francos.

Aquel intercambio podría haber durado mucho tiempo, pero doce días después, Gerbois recibió una misiva de parte de Arsène Lupin marcada como «confidencial». La leyó cada vez más preocupado:

Señor:
La galería se está divirtiendo a nuestra costa. ¿No crees que ha llegado el momento de ponernos serios? Por mi parte, estoy firmemente decidido.

La situación es la siguiente: está en mi poder un boleto sobre el que no tengo derecho y tú tienes derecho sobre un boleto que no está en tu poder. Así que no podemos hacer nada el uno sin el otro.

Tú no me vas a ceder tus derechos ni yo te voy a entregar el boleto.

¿Qué podemos hacer?

Solo veo una salida: dividir el botín. Medio millón para ti; medio millón para mí. ¿No te parece justo? ¿Acaso este juicio salomónico no satisface la necesidad de justicia de ambos?

Es una solución justa e inmediata. No puedes permitirte el lujo de rebatir esta oferta, sino que las circunstancias te obligan a ceder. Te doy tres días para pensártelo.
El viernes por la mañana, espero leer en los anuncios del
Écho de France *una nota discreta dirigida al señor Ars*.
Lup. en la que se exprese en términos velados la aceptación pura y simple de la oferta que propongo. Así, recuperarás inmediatamente el billete y podrás cobrar el millón,
del que deberás enviarme quinientos mil francos de la manera que te explicaré más adelante.

En caso de no aceptar, he dispuesto lo necesario para que el resultado sea el mismo. Pero, además de los problemas muy serios que te causaría tal obstinación, te costará veinticinco mil francos en concepto de gastos suplementarios.

Por favor, acepta mis mayores respetos.

Arsène Lupin

Exasperado, Gerbois cometió el gran fallo de mostrar esta carta y dejar que la copiaran. Su indignación lo llevaba a hacer tonterías.

—¡Nada! ¡No va a tener nada! —exclamó ante la congregación de periodistas—. ¿Compartir lo que me pertenece? Nunca. Que rompa el boleto si quiere.

—Sin embargo, quinientos mil francos es mejor que nada.

—No se trata de eso, sino de mis derechos. Es algo que pienso demostrar ante los tribunales.

—¿Atacar a Arsène Lupin? Eso tengo que verlo.

—No, al Crédit Foncier. Tienen que entregarme el millón.

—¿Sin presentar el boleto o al menos una prueba de que lo compró?

—La prueba existe, ya que Arsène Lupin ha confesado que robó el escritorio.

—¿Bastará la palabra de Arsène Lupin en los tribunales?

—No importa, lo intentaré.

La galería se agitó. Se hicieron apuestas, algunas afirmaban que

Lupin reduciría a Gerbois y otras que cumpliría sus amenazas. Era inevitable sentir cierta aprensión, ya que las fuerzas eran tan desiguales entre los dos oponentes: uno tan descarado en su ataque, el otro machacado como una bestia perseguida.

El viernes, se abalanzaron sobre el *Écho de France* en busca de la quinta página que incluía los clasificados. No había ni una palabra dirigida a Ars. Lup. Gerbois respondía con su silencio a la propuesta de Arsène Lupin. Era una declaración de guerra.

Esa noche, los periódicos informaron sobre el secuestro de la señorita Gerbois.

Lo más divertido de lo que podríamos llamar los espectáculos de Arsène Lupin era el papel eminentemente cómico de la policía. Todo pasaba sin su conocimiento. Arsène hablaba, escribía, advertía, ordenaba, amenazaba, ejecutaba, como si no existiera ningún jefe de la Sûreté, ni agentes, ni comisarios, ni cualquiera que pudiera obstaculizar sus propósitos. No les otorgaba el menor valor. No contaban como obstáculo.

Y, sin embargo, la policía hacía todo lo posible. Cuando se trataba de Arsène Lupin, todo el mundo se alteraba, entraba en cólera, le hervía la sangre, desde el más alto cargo al más raso. Era el enemigo, un enemigo que se burlaba, los provocaba, los despreciaba o, peor aún, los ignoraba.

¿Qué hacer frente a un enemigo como él?

Según el testimonio de la criada, Suzanne había salido de casa a las diez menos veinte. A las diez y cinco, al abandonar la escuela secundaria, su padre no la vio en la acera donde solía esperarlo. Así que todo había sucedido en el transcurso del corto paseo de veinte minutos que recorría Suzanne de casa a la escuela secundaria, o al menos a las inmediaciones.

Dos vecinos afirmaron haberse cruzado con ella a trescientos metros de la casa. Una señora había visto a una chica caminando por la avenida cuya descripción se correspondía con ella. ¿Y después? Después, no se sabía nada más.

La buscaron por todas partes, preguntaron en la estación y a los trabajadores. No habían notado nada aquel día que pudiera relacionarse con el secuestro de una joven. Sin embargo, en Ville-d'Avray, un tendero declaró que había ayudado a repostar a un coche cerrado que llegaba de París. En el asiento iba el conductor y dentro, una dama rubia, extremadamente rubia, afirmó el testigo. Una hora más tarde, el coche regresaba de Versalles. Ciertos problemas del vehículo lo obligaron a disminuir la velocidad, lo que permitió al tendero percatarse de la presencia de otra dama, envuelta en chales y velos, junto a la mujer rubia ya mencionada. Sin duda era Suzanne Gerbois.

Pero entonces había que suponer que el secuestro había tenido lugar a plena luz del día, en un camino concurrido, en el mismo centro de la ciudad.

¿Cómo? ¿En qué lugar? No se oyó ni un grito, no se observó ningún movimiento sospechoso.

El vendedor dio la descripción del coche, una limusina de veinticuatro caballos de la casa Peugeon, de carrocería azul oscuro. Por si acaso, se informó a la directora del Grand-Garage, la señora Bob-Walthour, que se especializaba en secuestros en coche. De hecho, el viernes por la mañana había alquilado para el día una limusina Peugeon a una señora rubia que no había vuelto a ver.

—¿Y el conductor?

—Era un hombre llamado Ernest, se le contrató el día anterior con unas referencias excelentes.

—¿Está aquí?

—No, devolvió el coche y no ha vuelto.

—¿Sería posible encontrarlo?

—Ciertamente, podemos preguntar a quienes lo recomendaron. Aquí están sus nombres.

Fueron a visitar a aquellas personas, pero nadie conocía a ningún Ernest.

Así ocurrió con todas las pistas que la policía seguía para esclarecer el misterio, solo daban lugar a otras dudas, a otros rompecabezas.

Gerbois no tenía fuerzas para mantener una batalla que comenzaba de manera tan desastrosa para él. Inconsolable desde la desaparición de su hija, lleno de remordimiento, se rindió.

Apareció un breve anuncio en el *Écho de France* que todo el mundo comentó. Declaraba su rendición incondicional.

Tras cuatro días de guerra, había llegado la victoria.

Dos días más tarde, Gerbois visitó el Crédit Foncier y le dio al gobernador el billete con el número 514 de la serie 23. El gobernador se sorprendió.

—¿Lo tiene? ¿Se lo ha devuelto?

—Lo había traspapelado, aquí está —contestó Gerbois.

—Pero había dicho que se lo habían robado.

—Todo eso no fueron más que rumores y habladurías.

—De todas formas, todavía necesitaremos algún documento que lo corrobore.

—¿Será suficiente con la carta del comandante?

—Sin duda.

—Aquí está.

—Perfecto. Debe dejarnos estos documentos. Necesitamos quince días para proceder a la verificación. Lo avisaré en cuanto pueda venir a cobrar. Hasta entonces, creo que será mejor que no diga nada y

llevemos este asunto con la más absoluta discreción.

—Esa es mi intención.

Ni Gerbois ni el gobernador pronunciaron otra palabra. Pero hay secretos que salen a la luz sin necesidad de que se cometa ninguna indiscreción, y todo el mundo supo que Arsène Lupin había tenido la audacia de enviar de vuelta el boleto con el número 514, serie 23, a Gerbois. La noticia fue recibida con sorpresa y admiración. Definitivamente, se trataba de un jugador atrevido que lanzaba sobre la mesa una carta de semejante importancia, ¡el preciado boleto! Por supuesto, seguía en posición de superioridad, ya que le quedaba otra carta que restablecía el equilibrio. ¿Y si se escapaba la chica? ¿Y si conseguían rescatar a la rehén?

La policía era consciente del momento de debilidad del oponente y redobló sus esfuerzos. Arsène Lupin desarmado, debilitado por sus propios actos, atrapado en el engranaje de sus maquinaciones, sin ver ni un céntimo del codiciado millón. Ahora era el otro bando el que reía.

Pero había que encontrar a Suzanne y ni la encontraron ni se escapó.

Así que había que admitir que Arsène había ganado la primera ronda, pero la partida no había terminado todavía. Por desgracia, ahora llegaba la parte más difícil. Tenía retenida a la señorita Gerbois y solo la dejaría libre por quinientos mil francos. Pero ¿dónde y cómo se llevaría a cabo el intercambio? Para ello, era necesario organizar un punto de encuentro y luego, ¿qué impedía a Gerbois advertir a la policía y recuperar a su hija sin deshacerse del dinero?

Entrevistaron al profesor, que estaba muy deprimido y guardó silencio, reticente a pronunciar palabra alguna.

—No tengo nada que decir, estoy a la espera.

—¿Y la señorita Gerbois?

—La búsqueda continúa.

—Pero ¿le ha escrito Arsène Lupin?

—No.

—¿Lo confirma?

—No.

—Entonces es cierto. ¿Cuáles son sus instrucciones?

—No tengo nada que decir.

La atención se centró entonces en Detinan. Con el mismo resultado.

—El señor Lupin es mi cliente —contestó con un gesto serio—. Entenderán que estoy obligado a guardar el silencio más absoluto.

Tanto misterio irritaba a la galería. Obviamente, se habían llevado a cabo negociaciones en secreto. Arsène Lupin había dispuesto y apretado sus redes, mientras que la policía estableció una vigilancia día y noche para Gerbois. Todo el mundo comentaba hasta la saciedad

los tres únicos resultados posibles: arresto, triunfo o el abandono ridículo y lamentable del plan.

Pero la curiosidad del público solo pudo satisfacerse a medias, y toda la verdad acabó revelándose por primera vez exclusivamente en estas páginas.

El martes 12 de marzo, Gerbois recibió una notificación del Crédit Foncier en un sobre ordinario.

El jueves, a la una, cogió el tren en dirección a París. A las dos en punto, se le entregaron mil billetes de mil francos.

Mientras los revisaba y contaba uno por uno, sumido en un estado de agitación (¿No era ese dinero el rescate de Suzanne?), dos hombres charlaban en un coche estacionado a cierta distancia de la puerta principal. Uno de estos hombres tenía el pelo cano y una figura enérgica que contrastaba con su ropa y su apariencia de empleado medio. Era el inspector jefe Ganimard, el viejo Ganimard, el enemigo implacable de Lupin. Ganimard le dijo al sargento Folenfant:

—No falta mucho. En menos de cinco minutos, veremos a nuestro hombre de nuevo. ¿Está todo listo?

—Por supuesto.

—¿Cuántos somos?

—Ocho, incluyendo dos en bicicleta.

—Y yo que cuento por tres. Suficientes, pero no demasiados. Gerbois no se nos puede escapar bajo ningún concepto. Si eso pasa, se acabó; se encontrará con Lupin en el sitio que habrán acordado, recogerá a la chica por medio millón y habrá acabado todo.

—Pero ¿por qué no colabora con nosotros? Sería mucho más fácil. Y si contara con nosotros podría quedarse el millón entero.

—Sí, pero está asustado. Si intenta jugársela al otro, no verá a su hija.

—¿Qué otro?

—Él.

Ganimard pronunció esta palabra en un tono serio, algo temeroso, como si estuviera hablando de un ser sobrenatural cuyas garras ya había sentido cerrarse sobre él.

—Qué gracia —comentó el sargento Folenfant con sensatez—, nos hemos visto relegados a proteger a este caballero de sí mismo.

—Lupin siempre pone el mundo patas arriba. —Suspiró Ganimard.

Pasó un minuto.

—Atención —dijo.

Salió el señor Gerbois. Al final de la rue des Capucines, continuó avanzando por los bulevares del lado izquierdo. Caminaba con lentitud por delante de las tiendas, mirando los escaparates.

—Demasiado tranquilo —comentó Ganimard—. Alguien que va paseando con un millón en el bolsillo no muestra esa serenidad.

—¿Qué puede estar haciendo?

—Nada, por supuesto. Da igual, no me fío. Lupin es Lupin.

En ese momento, Gerbois se dirigió a un quiosco, cogió varios periódicos, se guardó el cambio, desplegó las hojas y, con los brazos bien extendidos, se puso a leer mientras caminaba a paso lento. De repente, se subió de un salto a un coche que estaba aparcado junto a la acera. Debía tener el motor en marcha porque se alejó rápidamente, giró por Madeleine y desapareció.

—¡Maldita sea! —exclamó Ganimard—. ¡Es uno de sus trucos!

Salió corriendo seguido de los otros hombres hacia Madeleine.

De pronto, se echó a reír. Al comienzo del bulevar de Malesherbes, el coche se había averiado y lo encontraron parado. Gerbois se había bajado.

—Rápido, Folenfant. Tal vez el chófer sea el tal Ernest.

Folenfant se encargó del conductor. Era un hombre llamado Gaston, empleado de la empresa de alquiler de carruajes. Diez minutos antes, un caballero le había parado y le había dicho «bajo presión» que esperara cerca del quiosco hasta que llegara otro caballero.

—Y el segundo cliente, ¿qué dirección le dio? —preguntó Folenfant.

—No me dio ninguna dirección. «Bulevar Malesherbes. Avenida de Messine. Doble propina», eso es todo.

Mientras tanto, Gerbois se había subido al primer coche que pasó por allí sin perder un minuto.

—Cochero, al metro Concorde.

El profesor se bajó en la plaza del Palais Royal, corrió hacia otro coche y dijo que lo llevaran hasta la plaza de la Bourse. Después, segundo viaje en metro y luego a la avenida de Villiers en un tercer coche.

—Cochero, al 25 de la rue Clapeyron.

El número 25 de la rue Clapeyron está separado del bulevar Batignolles por la casa que hace esquina. Subió al primer piso y llamó. Un caballero abrió la puerta.

—¿Vive aquí Detinan?

—Soy yo. Gerbois, sin duda.

—Exacto.

—Le esperaba, señor. Pase, por favor.

Cuando Gerbois entró en el despacho del abogado, el péndulo marcó las tres. Inmediatamente dijo:

—He llegado a la hora en punto. ¿No está aquí?

—Todavía no.

Gerbois se sentó, se secó la frente, miró su reloj como si no supiera la hora, y preguntó ansiosamente:

—¿Va a venir?

El abogado respondió:

—Justo me ha preguntado por lo que más curiosidad tengo de saber en el mundo. Jamás había sentido tanta impaciencia. En cualquier caso, si viene, se arriesga mucho, esta casa lleva quince días muy vigilada. No se fían de mí.

—Y de mí todavía menos. No estoy seguro de si los agentes que me seguían me han perdido la pista o no.

—Pero entonces...

—No sería culpa mía —exclamó el profesor—. No se me puede reprochar nada. Lo único que prometí fue que seguiría sus órdenes. Y eso he hecho. He obedecido ciegamente sus órdenes: recogí el dinero a la hora fijada por él y he venido hasta aquí siguiendo los pasos que me indicó. He cumplido escrupulosamente con mi parte, ya que el bienestar de mi hija depende de ello. El resto es cosa suya.

Y añadió, con la misma voz ansiosa:

—Traerá a mi hija, ¿verdad?

—Espero que sí.

—¿La ha visto?

—¿Yo? Claro que no. Simplemente, me pidió por carta que los recibiera a los dos, que despidiera al servicio antes de las tres, y que no dejara entrar a nadie en mi apartamento entre su llegada y su partida. De no estar de acuerdo con esta propuesta, me pidió que le advirtiera con un par de líneas en el *Écho de France*. Pero estoy encantado de hacerle un favor a Arsène Lupin, así que he accedido a todo.

Gerbois mostró su preocupación.

—¡Ay! ¿Cómo terminará todo esto?

Sacó los billetes de su bolsillo, los colocó sobre la mesa e hizo dos montones con la misma cantidad. Después, los dos hombres guardaron silencio. De vez en cuando, Gerbois se concentraba en escuchar. ¿Había llamado alguien?

Su ansiedad aumentaba a medida que pasaban los minutos y Detinan también mostraba un malestar casi doloroso.

Al final, el abogado perdió la sangre fría y se levantó bruscamente.

—No lo vamos a ver. ¿Qué podíamos esperar? ¡Sería una locura por su parte! Ha confiado en nosotros, somos personas honestas incapaces de traicionarlo. Pero el peligro no reside únicamente aquí.

Gerbois, destrozado, con las dos manos sobre los billetes, balbuceó:

—Dios mío, que venga, por favor. Que venga. Lo daría todo por recuperar a Suzanne.

La puerta se abrió.

—La mitad será suficiente, querido Gerbois.

En el umbral, había un joven elegantemente vestido. Gerbois reconoció de inmediato al individuo que se le había acercado en la tienda de antigüedades en Versalles. Se abalanzó sobre él.

—¿Y Suzanne? ¿Dónde está mi hija?

Arsène Lupin cerró la puerta con cuidado. Mientras se quitaba los guantes con un gesto de lo más tranquilo, le dijo al abogado:

—Querido amigo, jamás podré agradecerte lo suficiente la buena disposición con la que has accedido a defender mis derechos. No lo olvidaré nunca.

—Pero no has llamado, no he oído la puerta... —murmuró Detinan.

—Los timbres y las puertas son cosas que deben funcionar sin que se las escuche. Aquí estoy, eso es lo más importante.

—¡Mi hija! ¡Suzanne! ¿Qué le ha hecho? —repitió el profesor.

—Madre mía, profesor, qué prisa tienes —comentó Lupin—. No te apures, tu hija estará entre tus brazos dentro de muy poco tiempo.

Se paseó de un lado a otro de la habitación y después adoptó el tono de un gran señor despachando alabanzas.

—Gerbois, te felicito por la habilidad con la que has actuado hasta ahora. Si el coche no hubiera sufrido esa avería tan absurda, nos habríamos encontrado en la Estrella y le habríamos ahorrado a Detinan la molestia de esta visita. Pero bueno, estaba escrito... —Entonces vio los dos montones de billetes y exclamó—: ¡Perfecto! El millón está aquí. No perdamos el tiempo, pues. ¿Puedo?

—Pero la señorita Gerbois aún no ha llegado —protestó Detinan, que se colocó delante de la mesa.

—¿Y?

—Pues que… ¿no es indispensable su presencia?

—Claro, claro. Ya lo entiendo. Arsène Lupin solo inspira confianza a medias. Se embolsa medio millón y no hay ni rastro de la rehén. Mi querido abogado, me siento totalmente incomprendido. Debido a que el destino me ha empujado a llevar a cabo actos de naturaleza un tanto... especial, sospecháis de mi buena fe. ¡De mí! De mí, que soy todo escrupulosidad y delicadeza. Además, mi querido abogado, si tienes miedo, puedes abrir la ventana y pedir ayuda. Hay varios agentes en la calle.

—¿Eso cree?

Arsène Lupin abrió las cortinas.

—Creo que Gerbois ha sido incapaz de despistar a Ganimard. ¿Qué te decía? Ahí está mi viejo amigo.

—¿Cómo es posible? —exclamó el profesor—. Juro que...

—¿Que no me has traicionado? No lo dudo, pero tampoco hay que subestimar a esos hombres. Ahí veo a Folenfant y a Gréaume. ¡Y a Dieuzy! Mis buenos amigos, están todos.

Detinan lo miró con sorpresa. ¡Qué tranquilidad! Se rio con despreocupación, como si estuviera entreteniéndose con el juego y no hubiera ningún peligro que lo amenazara.

Aquella actitud tranquilizó al abogado incluso más que la presencia

de los agentes. Se apartó de la mesa donde estaban los billetes.

Arsène Lupin cogió un montón de billetes y luego el otro, separó veinticinco billetes de cada uno y le tendió los cincuenta a Detinan.

—La parte de los honorarios de Gerbois y la de Arsène Lupin, mi querido abogado. Te lo has ganado.

—No me debe nada —contestó Detinan.

—¿Cómo? Con todas las molestias que te hemos causado.

—Pero he disfrutado mucho con todo esto.

—Es decir, mi querido abogado, que no quieres aceptar nada de Arsène Lupin. Esto es lo que pasa cuando se tiene una mala reputación. —Suspiró.

Le ofreció los cincuenta mil francos al profesor.

—Como recuerdo de nuestro feliz encuentro, déjame darte esto: este será mi regalo de boda para la señorita Gerbois.

Gerbois cogió los billetes bruscamente, pero protestó:

—Mi hija no se va a casar.

—No se casará si te niegas a dar tu consentimiento, pero lo está deseando.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé que las chicas a menudo sueñan sin el permiso de sus padres. Afortunadamente, hay genios buenos llamados Arsène Lupin que descubren los secretos de estas almas encantadoras, escondidos en la parte de atrás de sus escritorios.

—¿No ha encontrado nada más? —preguntó Detinan—. Admito que tengo mucha curiosidad por saber por qué le interesó tanto este mueble.

—Motivos históricos, mi querido abogado. Aunque, contrariamente a la opinión de Gerbois, no contenía más tesoros que el billete de lotería, hecho que yo ignoraba. Pero llevaba mucho tiempo buscándolo. Este escritorio está hecho de madera de tejo y de caoba, decorado con capiteles de hojas de acanto. Fue encontrado en la pequeña y discreta casa de Boulogne en la que vivía Marie Walewska. En uno de los cajones, lleva la inscripción: «Dedicado a Napoleón, emperador de los franceses, por su fiel sirviente, Mancion». Y, a continuación, estas palabras, grabadas con la punta de un cuchillo: «A ti, Marie». Después, Napoleón lo copió para la emperatriz Josefina, de modo que el escritorio admirado en Malmaison[1] no era más que una copia imperfecta del que ahora forma parte de mi colección.

El profesor se quejó:

—De haberlo sabido en la tienda, se lo habría cedido sin ningún problema.

Arsène Lupin respondió, entre risas:

—Y además habrías tenido la ventaja apreciable de haberte quedado para ti solo el billete con el número 514, serie 23.

—Lo que habría evitado que organizara todo esto para secuestrar a mi hija.

—¿Todo esto?

—Este secuestro...

—Pero, mi querido caballero, se equivoca. La señorita Gerbois no ha sido secuestrada.

—¡Que mi hija no ha sido secuestrada!

—En absoluto. Un secuestro implica violencia. Sin embargo, vino conmigo como rehén por su propia voluntad.

—¡Por su propia voluntad! —repitió Gerbois, confundido.

—¡Y casi a petición suya además! Una joven inteligente como la señorita Gerbois que, además, alberga una pasión inevitable en su alma, jamás se habría negado a hacer todo lo posible por asegurar su dote. Te juro que resultó fácil hacerle entender que no había otra manera de superar tu terquedad.

Detinan se estaba divirtiendo mucho.

—Pero imagino que lo más difícil sería que se prestara a escucharlo —comentó—. No concibo que la señorita Gerbois se dejara abordar.

—No por mí, no. Ni siquiera tengo el honor de conocerla. Alguien de mi círculo inició amablemente las negociaciones.

—La dama rubia del automóvil, sin duda —interrumpió Detinan.

—Exacto. Desde el primer encuentro cerca de la escuela secundaria, todo quedó resuelto. Desde entonces, la señorita Gerbois y su nueva amiga han estado viajando y han visitado Bélgica y Holanda de la manera más agradable e informativa para una joven como ella. Lo demás te lo puede explicar en persona.

Llamaron a la puerta del vestíbulo con tres golpes rápidos, después con un golpe aislado, seguido de otro de la misma índole.

—Es ella —dijo Lupin—. Mi querido abogado, si no te importa...

El abogado se dirigió rápidamente a la puerta.

Entraron dos jóvenes; una se lanzó a los brazos de Gerbois y la otra se acercó a Lupin. La segunda muchacha era alta, de figura armoniosa y rostro muy pálido, con el cabello rubio de un tono brillante, separado en dos mitades onduladas y sueltas. Vestida de negro, sin otro adorno que un collar de azabache de cinco vueltas, mostraba una elegancia refinada.

Arsène Lupin le dedicó unas palabras, después se dirigió a la señorita Gerbois:

—Quiero pedirte perdón por todo lo que te he hecho pasar, pero espero que no hayas sido demasiado infeliz...

—¿Infeliz? Al contrario, he sido muy feliz, excepto por haber tenido que dejar a mi pobre padre.

—Bien está lo que bien acaba, pues. Dale otro abrazo y aprovecha esta excelente oportunidad para hablarle de tu primo.

—¿Mi primo? ¿Qué quiere decir? No lo entiendo.

—Claro que sí. Tu primo Philippe, ese joven cuyas cartas guardas con tanto celo.

Suzanne se ruborizó, perdió la compostura y, finalmente, se lanzó de nuevo a los brazos de su padre como le había sugerido Lupin.

Lupin los observó con una expresión amable.

—¡Qué recompensa es hacer el bien! Qué imagen tan conmovedora. Padre feliz, hija feliz. ¡Y poder decir que esta felicidad es obra del trabajo de Lupin! Bendecirán tus actos y tu nombre será transmitido de generación en generación. ¡Oh, la familia! La familia. —Se dirigió a la ventana—. ¿Sigue ahí Ganimard? Seguro que le gustaría mucho ser testigo de estas encantadoras muestras de cariño. Pero no, ya no está. No hay nadie, ni él ni los demás. ¡Diablos! La situación es cada vez más grave. No me sorprendería nada que ya estuvieran en el portal, en la casa del conserje tal vez. ¡O incluso en las escaleras!

Gerbois hizo un movimiento repentino. Ahora que había recuperado a su hija, veía la situación desde una perspectiva diferente. El arresto de su oponente significaba medio millón para él. Instintivamente, dio un paso... Como por casualidad, Lupin se interpuso en su camino.

—¿Adónde vas, Gerbois? ¿A defenderme? ¡Qué amable! Pero no te molestes. Además, te juro que sentirán más vergüenza que yo.

Y continuó reflexionando en voz alta:

—Al fin y al cabo, ¿qué saben? Que estás aquí, tal vez en compañía de la señorita Gerbois, porque deben haberla visto llegar junto a una dama desconocida. Pero ¿yo? No lo saben. ¿Cómo iba a entrar en una casa que registraron esta mañana desde el sótano hasta el ático? No, con toda probabilidad están esperando para atraparme al vuelo. ¡Pobres míos! A menos que adivinen que he enviado yo a la mujer desconocida y que asuman que ella es la encargada de hacer el intercambio... En cuyo caso estarán preparados para detenerla cuando se marche.

Se oyó llamar al timbre.

Con un movimiento repentino, Lupin inmovilizó a Gerbois y le dijo con voz seca y convincente:

—Quieto ahí. Piensa en tu hija y sé razonable, de lo contrario... En cuanto a ti, Detinan, tengo tu palabra.

Gerbois se quedó clavado en su sitio. El abogado no se movió.

Sin prisa, Lupin cogió su sombrero. Tenía un poco de polvo y lo cepilló con la parte posterior de la manga.

—Mi querido abogado, si alguna vez me necesitas... Mis mejores deseos, señorita Suzanne. Y mi más cordial saludo a Philippe.

Sacó de su bolsillo un pesado reloj con doble caja de oro.

—Señor Gerbois, son las tres y cuarenta y dos minutos. A las tres y cuarenta y seis, te autorizo a salir de este salón, ni un minuto antes,

¿entendido?

—Pero van a entrar a la fuerza —dijo Detinan, sin poder evitarlo.

—Te olvidas de la ley, mi querido abogado. Ganimard nunca se atrevería a violar la casa de un ciudadano francés. Tendríamos tiempo incluso para una excelente partida de *bridge*. Pero perdonadme, parecéis un poco turbados los tres, y no me gustaría abusar...

Colocó el reloj sobre la mesa, abrió la puerta del salón y se dirigió a la mujer rubia:

—¿Estás lista, querida amiga?

Se apartó a un lado, le dedicó un último saludo muy respetuoso a la señorita Gerbois, salió y cerró la puerta a sus espaldas.

Le oyeron decir en voz alta en el vestíbulo:

—Buenos días, Ganimard, ¿qué tal estás? Dale recuerdos a la señora Ganimard. Un día de estos, iré a invitarla a almorzar. Adiós, Ganimard.

Volvieron a llamar al timbre de manera brusca y violenta, después se oyeron varios golpes y voces en el descansillo.

—Las tres y cuarenta y cinco —balbuceó Gerbois.

Unos segundos después, salió al vestíbulo con decisión. Lupin y la dama rubia ya no estaban allí.

—¡Padre, no lo hagas! ¡Espera! —exclamó Suzanne.

—¿Que espere? ¡Estás loca! Ese granuja no se merece ninguna consideración. ¿Y el medio millón?

Abrió la puerta.

Ganimard se apresuró a entrar.

—La mujer, ¿dónde está? ¿Y Lupin?

—Estaba aquí. Está aquí.

Ganimard lanzó un grito triunfal:

—¡Lo tenemos! La casa está rodeada.

—¿Y la escalera del servicio? —comentó Detinan.

—La escalera del servicio conduce al patio, y ahí solo hay una salida, la puerta grande, que está vigilada por diez hombres.

—Pero no ha entrado por la puerta grande, así que no se marchará por ese camino.

—¿Por dónde entonces? —respondió Ganimard—. ¿Se va a esfumar en el aire?

Apartó una cortina y vio un largo pasillo que conducía a la cocina. Ganimard lo siguió corriendo y comprobó que la puerta de la escalera del servicio estaba cerrada con doble vuelta.

Desde la ventana, llamó a uno de los agentes:

—¿Habéis visto a alguien?

—No, a nadie.

—Muy bien —exclamó—. Entonces están en el apartamento. Se habrán escondido en una de las habitaciones. Es materialmente

imposible que hayan escapado. Ay, Lupin, me has engañado en otras ocasiones, pero esta vez tendré mi venganza.

A las siete de la tarde, Dudouis, jefe de la Sûreté, se presentó en la rue Clapeyron, ya que le parecía extraño no tener noticias. Interrogó a los agentes que vigilaban el edificio y después fue a casa de Detinan, quien lo llevó a su habitación. Allí vio a un hombre, o más bien dos piernas que no paraban de moverse sobre la alfombra, mientras que el torso al que pertenecían había desaparecido en la oscuridad de la chimenea.

—¡Hola! ¡Hola! —gritaba una voz asfixiada.

Una voz más lejana que venía de arriba le respondió:

—¡Hola! ¡Hola!

Dudouis exclamó entre risas:

—Ganimard, ¿qué estás haciendo ahí metido?

El detective salió de las entrañas de la chimenea. Tenía la cara ennegrecida, la ropa cubierta de hollín y los ojos le brillaban, febriles; estaba irreconocible.

—Lo estoy buscando —gimió.

—¿A quién?

—A Arsène Lupin. A Arsène Lupin y a su amiga.

—Ya veo. Pero ¿por qué crees que se esconden en el conducto de la chimenea?

Ganimard se levantó, colocó la mano ennegrecida sobre la manga de su superior y exclamó furiosamente:

—¿Dónde quieres que estén, jefe? Tienen que estar en alguna parte. Son personas como usted y como yo, de carne y hueso. No han podido esfumarse así como así.

—No, pero han desaparecido.

—¿Por dónde? La casa está rodeada. Hay agentes hasta en el tejado.

—¿Y la casa de al lado?

—No hay comunicación con ella.

—¿Los apartamentos en los otros pisos?

—Conozco a todos los inquilinos; no vieron a nadie y no oyeron a nadie.

—¿Estás seguro de que los conoces a todos?

—A todos. El conserje responde por ellos. Además, para mayor precaución, puse a un hombre en cada uno de los apartamentos.

—Entonces es imposible no ponerles las manos encima.

—Eso es lo que digo, jefe, eso es lo que digo. Así será, porque ambos están aquí. ¡Es imposible que hayan salido! Tranquilo, jefe, si no es esta noche, los atraparé mañana. Me quedaré aquí a dormir si hace falta.

Y así fue. Durmió allí esa noche, y al día siguiente también, y al día siguiente también. Y tras pasar tres días y tres noches completos, no

solo no había descubierto el paradero del escurridizo Lupin y su compañera, sino que ni siquiera había encontrado la más mínima pista que le permitiera establecer la más mínima hipótesis.

Pero aun así, la opinión que se había formado desde el primer momento no cambió.

—Mientras no haya rastro de su huida, significa que siguen aquí.

Es posible que en el fondo no estuviera del todo convencido. Pero no quería admitirlo. No, no, y mil veces no, un hombre y una mujer no pueden desvanecerse como si fueran unos genios malvados salidos directamente de los cuentos infantiles. Así que continuó con sus búsquedas e investigaciones sin perder la esperanza por completo, como si confiara en encontrarlos escondidos en algún rincón impenetrable, camuflados entre las piedras de la casa.

2

EL DIAMANTE AZUL

El 27 de marzo, en el número 134 de la avenida Henri-Martin, en el pequeño inmueble que había heredado de su hermano seis meses antes, el viejo general barón de Hautrec, embajador en Berlín bajo el Segundo Imperio, dormía en un cómodo sillón mientras la dama de compañía le leía y la hermana Auguste le calentaba la cama y preparaba la lámpara de noche.

A las once, la monja, que excepcionalmente debía regresar al convento de su comunidad y pasar la noche cerca de la madre superiora, se lo comunicó a la dama de compañía:

—Señorita Antoinette, he terminado mi trabajo por hoy, me marcho.

—Muy bien, hermana.

—No se olvide de que la cocinera se ha marchado y se queda sola en el hotel, con el mayordomo.

—No se preocupe por el barón. Yo duermo en la habitación de al lado y siempre dejo la puerta abierta.

La monja se marchó. Un momento después, Charles, el mayordomo, vino a recibir órdenes. El barón estaba despierto y respondió él mismo:

—Las mismas instrucciones de siempre, Charles: comprueba si el timbre eléctrico funciona bien en tu habitación y, si se produce cualquier llamada, corre a buscar al médico.

—Mi general sigue preocupado.

—Sí, las cosas no van del todo bien. Señorita Antoinette, ¿por dónde íbamos en nuestra lectura?

—¿El señor barón no se va a la cama?

—Claro que no. Siempre me acuesto muy tarde, y además no necesito a nadie.

Veinte minutos más tarde, el anciano soñaba de nuevo y Antoinette salió despacio, de puntillas.

En ese momento, Charles estaba cerrando con cuidado todas las persianas de la planta baja, como hacía siempre.

En la cocina, echó el cerrojo de la puerta que daba al jardín y en el vestíbulo echó además la cadena de seguridad. Luego, regresó a su habitación en la buhardilla del tercer piso y se fue a la cama.

Habría pasado una hora aproximadamente cuando, de repente, se

levantó de un salto de la cama, ya que sonaba el timbre. El timbrazo duró mucho tiempo, tal vez unos siete u ocho segundos de manera ininterrumpida.

«Bueno», se dijo Charles mientras se iba espabilando, «seguro que es otro de los caprichos del barón».

Se vistió, bajó rápidamente por las escaleras, se detuvo delante de la puerta y llamó, como tenía por costumbre. No hubo respuesta. Entró.

—Vaya —murmuró—, no hay luz. ¿Por qué diablos la han apagado? —En voz baja, dijo—: ¿Señorita?

No hubo respuesta.

—¿Está aquí, señorita? ¿Qué pasa? ¿Se encuentra mal el barón?

El mismo silencio seguía reinando a su alrededor, un silencio pesado que le oprimía. Avanzó dos pasos adelante y golpeó una silla con el pie. Al contacto, se dio cuenta de que estaba volcada. Inmediatamente, su mano se topó con otros objetos en el suelo: una pequeña mesita, un biombo. Preocupado, se acercó a la pared y, palpando, encontró el botón eléctrico. Lo encendió.

En mitad de la habitación, entre la mesa y el armario con espejo, yacía el cuerpo de su señor, el barón de Hautrec.

—¿Cómo? No es posible —balbuceó.

No sabía qué hacer. Se quedó allí quieto, con los ojos muy abiertos, contemplando el desorden, las sillas volcadas, un gran candelabro de cristal roto en mil pedazos, el reloj de péndulo tirado sobre el mármol de la chimenea, todas las pruebas que indicaban una lucha horrible y desesperada. El mango de un estilete de acero brillaba no lejos del cadáver. La hoja estaba manchada de sangre. Del borde de la cama colgaba un pañuelo con manchas rojas.

Charles gritó de terror: el cuerpo a sus pies se estiró en un esfuerzo supremo y después se encogió sobre sí mismo; tras dos o tres estertores, llegó su final.

Se inclinó sobre el cuerpo. Tenía una herida en el cuello de la que fluía la sangre que se coagulaba formando manchas negras en la alfombra. El rostro conservaba una expresión de terror extremo.

—Lo han matado —balbuceaba—. Lo han matado.

Luego, se estremeció ante la idea de otro posible crimen. ¿No dormía la dama de compañía del barón en la habitación contigua? ¿La habría matado también el asesino?

Empujó la puerta, la habitación estaba vacía. Llegó a la conclusión de que Antoinette había sido secuestrada o de que se habría marchado antes del crimen.

Regresó a la habitación del barón. Cuando sus ojos se posaron sobre el escritorio, notó que este mueble permanecía intacto.

Es más, en la mesa, junto al llavero y la cartera que el barón depositaba allí todas las noches, vio un puñado de monedas de oro.

Charles cogió la billetera y desplegó los bolsillos. Uno de ellos contenía billetes. Los contó: había trece billetes de cien francos.

Aquella situación le superaba; de manera instintiva, mecánica, sin que su pensamiento participara en ordenar el gesto de la mano, cogió los trece billetes, los escondió en su chaqueta, corrió escaleras abajo, abrió el cerrojo, quitó la cadena, cerró la puerta y huyó por el jardín.

Charles era un hombre honesto. Se detuvo nada más salir por la puerta, el frío aire nocturno y la lluvia le golpeaban el rostro. Ahora era capaz de ver la verdadera naturaleza del acto cometido y se horrorizó.

Paró a un taxi que pasaba.

—Camarada, vaya a la comisaría y traiga al comisario. ¡Rápido! Han matado a un hombre.

El cochero azotó su caballo. Pero cuando Charles quiso volver a casa, no pudo: él mismo había cerrado la puerta y no se podía abrir desde el exterior.

Por otro lado, era inútil llamar, ya que no había nadie más en la casa.

Así que caminó por los jardines que daban a la avenida, en el lado de la Muette, una alegre frontera de arbustos verdes y bien cortados. Pasó casi una hora hasta la llegada de la policía. Finalmente, pudo contarle al comisario los detalles del crimen y entregarle los trece billetes.

Mientras tanto, llamaron a un cerrajero que, con gran dificultad, logró forzar la puerta del jardín y la puerta que daba al vestíbulo. El comisario de policía subió y tras un breve vistazo le dijo al mayordomo:

—Me habías dicho que la habitación estaba completamente patas arriba.

Se dio la vuelta. Charles estaba clavado en el umbral, como hipnotizado. ¡Todos los muebles habían vuelto a su lugar habitual! La mesita estaba de pie entre las dos ventanas, las sillas estaban bien colocadas y el reloj de péndulo daba la hora desde el centro de la repisa de la chimenea. Los trozos del candelabro habían desaparecido.

—El cadáver... El barón... —tartamudeaba, presa del estupor.

—Por cierto —exclamó el comisario—, ¿dónde está la víctima?

Se acercó a la cama. Apartó a un lado la gran sábana bajo la cual descansaba el general barón de Hautrec, exembajador francés en Berlín. Estaba cubierto por su abrigo militar, adornado con la cruz de honor.

Tenía el rostro tranquilo. Los ojos, cerrados.

El mayordomo balbuceó:

—Alguien ha estado aquí.

—¿Por dónde han entrado?

—No lo sé, pero alguien ha estado aquí durante mi ausencia. Escúcheme. Había una daga de acero muy fina en el suelo. Y un pañuelo manchado de sangre. Pero ya no queda nada, se lo han llevado todo y alguien ha ordenado la habitación.

—¿Quién haría eso?

—¡El asesino!

—Pero encontramos todas las puertas cerradas.

—No habrá salido de la casa.

—Entonces debe seguir aquí todavía porque has estado delante de la casa todo este tiempo.

El mayordomo reflexionó un momento y después dijo, lentamente:

—Eso es, eso es. No me he alejado de la puerta. Sin embargo...

—Veamos. ¿Quién fue la última persona que viste con el barón?

—La señorita Antoinette, la dama de compañía.

—¿Qué ha sido de ella?

—Su cama no estaba deshecha, así que ha debido aprovechar la ausencia de la hermana Auguste para salir también. Hecho que no me sorprende, es una muchacha joven y bonita.

—Pero ¿cómo iba a salir?

—Por la puerta.

—¡Habías echado el cerrojo y habías puesto la cadena!

—Ha debido salir antes de que yo lo cerrara todo.

—¿Y el crimen se cometió después de su partida?

—Por supuesto.

Registraron la casa de arriba abajo, desde el desván hasta las bodegas; pero el asesino había huido. ¿Cómo? ¿En qué momento? ¿Había sido él o un cómplice quien había regresado a la escena del crimen para retirar cualquier detalle que pudiera comprometerlo? Esas eran las preguntas que la policía debía resolver.

A las siete se presentó el médico forense, a las ocho el jefe de la Sûreté. Después llegó el turno del fiscal de la República y del juez de instrucción. Además de estos funcionarios, la casa fue invadida por agentes de policía, inspectores, periodistas, el sobrino del barón de Hautrec y otros miembros de la familia.

Se llevó a cabo una búsqueda exhaustiva; se estudió la posición del cadáver según los recuerdos de Charles, se interrogó a la hermana Auguste en cuanto llegó. Pero no descubrieron nada nuevo. A lo sumo, la hermana Auguste se sorprendió al enterarse de la desaparición de Antoinette Bréhat. Había contratado a la joven doce días antes tras recibir excelentes recomendaciones, y se negaba a creer que hubiera abandonado al paciente que le habían confiado para salir por ahí sola por la noche.

—Especialmente porque, en ese caso, ya habría regresado —comentó el juez de instrucción—. Por lo tanto, volvemos al mismo

punto: ¿qué ha sido de ella?

—En mi opinión —dijo Charles—, creo que fue secuestrada por el asesino.

La hipótesis era plausible y ciertos hechos la confirmaban.

El jefe de la Sûreté se pronunció.

—¿Secuestrada? Es algo probable, según indican los hechos.

—No es que sea probable —dijo una voz—, sino que es algo absolutamente opuesto a los hechos, a los resultados de la investigación, en definitiva a las evidencias.

La voz era áspera, el acento era brusco, y nadie se sorprendió al comprobar que se trataba de Ganimard. En nadie más tolerarían un tono semejante.

—Ah, eres tú, Ganimard —exclamó Dudouis—. No te había visto.

—Llevo aquí dos horas.

—¿Así que te interesa algo más aparte del billete 514, serie 23, el caso de la rue Clapeyron, la dama rubia y Arsène Lupin?

—Ja, ja. —Se rio el veterano detective—. No me atrevería a decir que Lupin no tiene nada que ver con el caso que tenemos entre manos. Pero olvidémonos del asunto del billete de lotería por un momento y tratemos de desentrañar este nuevo misterio.

Ganimard no es uno de esos célebres detectives cuyos métodos crean escuela y cuyo nombre quedará inmortalizado en los anales de la justicia. Carece de esos destellos de genio que caracterizan la obra de Dupin, Lecoq y Sherlock Holmes. Sin embargo, hay que admitir que posee cualidades superiores de observación, sagacidad, perseverancia e incluso intuición. Su mérito reside en trabajar con independencia absoluta. Nada le perturba ni le influye, excepto quizás la especie de fascinación que Arsène Lupin ejerce sobre él. En cualquier caso, su papel aquella mañana no carecía de relevancia y el juez de instrucción apreció enormemente su colaboración.

—En primer lugar —comenzó a decir—, quiero pedirle al señor Charles que sea muy claro en un punto: ¿estaban todos los objetos que vio volcados o descolocados la primera vez, exactamente, en su lugar habitual en su segunda visita?

—Exactamente.

—Por lo tanto, es obvio que la persona que los volvió a colocar debe estar familiarizada con la ubicación de esos objetos.

La observación sacudió a los asistentes. Ganimard continuó:

—Otra pregunta, Charles. Le despertó el timbre. ¿Quién cree que lo llamó?

—El señor barón, por supuesto.

—Pero ¿cuándo pudo hacerlo sonar?

—Después de la lucha, en el momento de la muerte.

—Imposible, ya que lo encontró tendido, inconsciente, a más de

cuatro metros de distancia del botón de llamada.

—Entonces debió haber llamado durante la lucha.

—Imposible, ya que el timbre, como ha dicho, sonó de manera continua e ininterrumpida durante siete u ocho segundos. ¿Cree que el agresor le habría permitido llamar al timbre de esa manera?

—Entonces fue antes del ataque.

—También bastante improbable, ya que nos ha dicho que el lapso de tiempo entre que sonara el timbre y su llegada a la habitación no fue de más de tres minutos. Por lo tanto, si el barón hubiera llamado antes, nos vemos obligados a concluir que la lucha, el asesinato, la agonía y la huida del asesino tuvieron lugar en ese corto espacio de tiempo de tres minutos. Repito, es imposible.

—Sin embargo, alguien llamó —dijo el juez de instrucción—. Si no fue el barón, ¿quién fue?

—El asesino.

—¿Con qué propósito?

—Ignoro su propósito, pero al menos el hecho de que llamara nos indica que sabía que el timbre se comunicaba con la habitación de un sirviente. Ahora, ¿quién podría conocer este detalle, sino alguien de la casa?

El círculo de sospechosos se redujo. En unas pocas frases rápidas, claras y lógicas, Ganimard se llevaba la cuestión a su terreno y la lógica del pensamiento del viejo inspector estaba clara, por lo que pareció bastante natural que el juez de instrucción concluyera:

—En resumen, sospechas de Antoinette Brehat.

—No sospecho de ella, la acuso.

—¿La acusas de ser cómplice?

—La acuso de asesinar al general barón de Hautrec.

—¡No puede ser! ¿Con qué pruebas?

—El mechón de pelo que he descubierto en la mano derecha de la víctima, pegado a su propia piel, ya que se había clavado las uñas.

Les mostró los pelos; eran de un color rubio luminoso que brillaban como hilos de oro. Charles susurró:

—Es el pelo de la señorita Antoinette. No cabe duda.

Y añadió:

—Y hay algo más. Creo que el cuchillo que no vi la segunda vez le pertenecía. Lo usaba para cortar las páginas de los libros.

Siguió un largo y terrible silencio, como si el crimen se volviera todavía más horrible al haber sido cometido por una mujer. El juez de instrucción habló:

—Hasta que dispongamos de otra información, supongamos que Antoinette Bréhat asesinó al barón. Todavía nos queda explicar cómo pudo escapar después del crimen, volver después de la marcha de Charles y salir, de nuevo, antes de que llegara el comisario. ¿Tienes

alguna teoría sobre eso, Ganimard?

—Ninguna.

—¿Entonces?

Ganimard parecía avergonzado. Finalmente, habló, no sin un esfuerzo evidente:

—Lo único que puedo decir es que aquí encuentro el mismo procedimiento que con el billete de lotería número 514; el mismo fenómeno que podríamos denominar la facultad de desaparecer. Antoinette Bréhat ha aparecido y desaparecido en esta casa tan misteriosamente como Arsène Lupin entró en la casa de Detinan y se escapó en compañía de la dama rubia.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no puedo evitar ver una conexión en estas coincidencias, cuanto menos extrañas: la hermana Auguste contrató a Antoinette Bréhat hace doce días, es decir, el día después de que la dama rubia se me escapara entre los dedos. En segundo lugar, el cabello de la dama rubia era exactamente del mismo color y tiene ese brillo metálico con reflejos dorados que encontramos aquí.

—Entonces, según tus suposiciones, Antoinette Bréhat...

—No es otra que la dama rubia.

—¿Y que Lupin, por lo tanto, está detrás de ambos casos?

—Eso creo.

Esta declaración fue recibida entre carcajadas. Al jefe de la Sûreté le parecía una suposición de lo más divertida.

—¿Lupin? Siempre Lupin. Lupin está en todo, en todas partes.

—Está donde está —respondió Ganimard, enfadado.

—Sin embargo, debe tener razones para estar en esos lugares —observó Dudouis—. En este caso no veo ningún motivo. No han roto el escritorio ni robaron el billetero. Incluso hay dinero sobre la mesa.

—Sí —exclamó Ganimard—, pero ¿y el famoso diamante?

—¿Qué diamante?

—¡El diamante azul! El famoso diamante que formaba parte de la corona real de Francia y que el duque de Aumale le dio a Léonide Lebrun y, a la muerte de Léonide, compró el barón de Hautrec como recuerdo de la brillante actriz a la que amó apasionadamente. Es una de esas cosas que un viejo parisino como yo no olvida.

—Es obvio que todo quedaría explicado si no encontramos el diamante azul aquí —dijo el juez de instrucción—. Pero ¿dónde buscar?

—En el dedo del barón —contestó Charles—. Siempre llevaba el diamante azul en la mano izquierda.

—Le he mirado la mano —afirmó Ganimard, acercándose a la víctima— y, como se puede ver, solo lleva un anillo de oro.

—Mire en la palma de la mano —le indicó el mayordomo.

Ganimard desplegó los dedos de la mano rígida. El engaste se había vuelto hacia el interior y en el centro de dicho engaste brillaba el diamante azul.

—Demonios —murmuró Ganimard absolutamente asombrado—. No entiendo nada.

—¿Imagino que ahora ya dejarás de sospechar del pobre Lupin? —se burló Dudouis.

Ganimard se tomó su tiempo para reflexionar y luego sentenció:

—Cuando no entiendo nada es precisamente cuando más sospecho de Arsène Lupin.

Tales fueron los hechos establecidos por la policía al día siguiente en lo que se refiere a este misterioso crimen. Constataciones vagas e incoherentes a las que ningún descubrimiento posterior aportó ninguna coherencia ni certidumbre. Las idas y venidas de Antoinette Bréhat seguían siendo absolutamente inexplicables, al igual que las de la dama rubia; además, tampoco se sabía quién era aquella misteriosa criatura de cabello dorado que había asesinado al barón de Hautrec y que no se había llevado de su dedo el fabuloso diamante de la corona real de Francia.

Y, sobre todo, la curiosidad que despertaba aquel caso elevaba todavía más la preocupación sobre el crimen, cosa que exasperaba a la opinión pública.

Los herederos del barón de Hautrec solo podían beneficiarse de tal notoriedad. Organizaron en la misma casa de la avenida Henri-Martin una exposición de los muebles y otros objetos que iban a venderse en la sala de subastas de Drouot & Co. Entre muebles modernos y de gusto mediocre y otros objetos sin valor artístico, en el centro de la sala, sobre una base de terciopelo granate, protegido por una cúpula de cristal y custodiado por dos agentes, brillaba el anillo del diamante azul.

Un diamante magnífico, enorme, de pureza incomparable, y de ese azul indefinido que el agua clara recibe del cielo que refleja, de ese azul que uno adivina en la blancura de las sábanas. Hay quien lo admiraba, quien se extasiaba. Otros observaban con miedo la habitación de la víctima, el lugar en el que había yacido el cadáver, el suelo despojado de su alfombra ensangrentada y especialmente las paredes infranqueables por las que había pasado la criminal. Algunos se aseguraron de que el mármol de la chimenea no se movía, que una u otra moldura del espejo no ocultara un resorte que lo abriera. Se imaginaban agujeros abiertos, bocas de túneles, conexiones secretas con las alcantarillas y las catacumbas.

La venta del diamante azul tuvo lugar en Drouot. La multitud estaba apretujada y se asfixiaba, y la fiebre de la subasta rozó la locura.

A la venta asistieron todos los que suelen aparecer en eventos

similares en París; quienes compran y quienes quieren hacer creer que pueden comprar; banqueros, artistas, damas de todos los mundos, dos ministros, un tenor italiano, un rey en el exilio que, para consolidar su crédito, se dio el lujo de pujar, con gran aplomo y voz vibrante, hasta cien mil francos. ¡Cien mil francos! Podría ofrecer esa suma sin comprometerse. El tenor italiano arriesgó ciento cincuenta, un miembro de la Comédie-Française subió hasta ciento setenta y cinco mil francos.

Cuando la oferta alcanzó los doscientos mil francos, los competidores aficionados se rindieron. A los doscientos cincuenta mil, solo quedaban dos: Herschmann, el famoso financiero, rey de las minas de oro, y la condesa de Crozon, la rica estadounidense cuya colección de diamantes y piedras preciosas era famosa.

—Doscientos sesenta mil. Doscientos setenta mil. Doscientos setenta y cinco. Ochenta —iba diciendo el subastador, mientras miraba sucesivamente a los dos competidores—. Doscientos ochenta mil para la señora... ¿Alguien más?

—Trescientos mil —añadió Herschmann.

Silencio. Todas las miradas estaban sobre la condesa de Crozon. Estaba de pie, sonriente, pero con una palidez que reflejaba su turbación. Se apoyaba en la parte posterior de la silla que tenía delante. En realidad, ella y todos los asistentes sabían cuál sería el resultado del duelo: lógica e inevitablemente la balanza se inclinaría en beneficio del financiero, pues podía sustentar sus caprichos con una fortuna incalculable. Sin embargo, la condesa hizo otra oferta:

—Trescientos cinco mil.

Otro silencio. Todas las miradas se dirigieron ahora al rey de las minas a la espera de que contrarrestara la puja. No cabía duda de que su contraoferta llegaría, fuerte, brutal, definitiva.

No sucedió nada. Herschmann permaneció impasible, con los ojos fijos en una hoja de papel que sujetaba en la mano derecha, mientras que la otra sostenía un sobre roto.

—Trescientos cinco mil —repitió el subastador—. A la una. A las dos. Todavía queda tiempo. ¿Nadie ofrece nada? Repito. A la una. A las dos.

Herschmann no se movió. Un último silencio. El martillo cayó.

—Cuatrocientos mil —exclamó Herschmann, sobresaltado, como si el sonido del martillo lo hubiera sacado de su estupor.

Demasiado tarde. La adjudicación era irrevocable.

La gente se arremolinó a su alrededor. ¿Qué había pasado? ¿Por qué no había hablado antes?

Se echó a reír.

—No sé lo que ha pasado. Por todos los cielos. Me he distraído durante un segundo…

—¿Cómo es posible?

—Acabo de recibir una carta.

—Y la carta ha sido suficiente para...

—Para distraer mi atención, sí, durante un momento.

Ganimard estaba allí. Había venido a presenciar la venta del anillo. Se acercó a uno de los muchachos del servicio.

—Has sido tú quien ha entregado la carta al señor Herschmann, ¿verdad?

—Sí.

—¿De parte de quién?

—De una dama.

—¿Dónde está?

—¿Dónde? Espere, déjeme ver. Sí, está ahí. Es esa señora con un velo grueso.

—¿La que se marcha?

—Sí.

Ganimard corrió hacia la puerta y vio a la señora que bajaba por las escaleras. Corrió tras ella. Un mar de gente le hizo detenerse cerca de la entrada y, cuando consiguió salir afuera, no la encontró.

Regresó a la sala, se acercó a Herschmann, se presentó y le preguntó por la carta. Herschmann se la entregó. Contenía estas simples palabras en una escritura apresurada, a lápiz, en una caligrafía que el financiero no conocía:

El diamante azul trae desgracias. Recuerda lo que le pasó al barón de Hautrec.

Las vicisitudes del diamante azul no acabaron ahí. Aunque se había hecho famoso por el asesinato del barón de Hautrec y por los incidentes en Drouot, seis meses después alcanzó una notoriedad aún mayor. De hecho, el verano siguiente, la condesa de Crozon sufrió el robo de la preciosa joya que tanto le había costado conseguir.

Resumamos este curioso caso, cuyos emocionantes y dramáticos incidentes nos han apasionado y sobre el que ahora se me permite arrojar algo de luz.

En la noche del 10 de agosto, los invitados del señor y la señora de Crozon se reunieron en la sala de estar del magnífico castillo con vistas a la bahía del Somme. Había música. La condesa se sentó al piano y colocó sus joyas en un pequeño joyero cerca del instrumento, entre las que se encontraba el anillo del barón de Hautrec.

Una hora después, el conde se retiró junto con sus dos primos, llamados de Andelle, y la señora de Réal, una amiga íntima de la condesa de Crozon, se quedó sola con Bleichen, cónsul austriaco, y su esposa.

Conversaron durante un rato y después la condesa apagó una

lámpara grande colocada en la mesa de la sala de estar. Al mismo tiempo, Bleichen apagó las dos lámparas del piano. Hubo un momento de oscuridad un tanto aterrador, luego el cónsul encendió una vela y los tres se retiraron a sus habitaciones. Pero, tan pronto como llegó a su habitación, la condesa recordó sus joyas y envió a su criada a buscarlas. Cuando la criada regresó con las joyas, las colocó sobre la chimenea sin que la condesa las examinara. Al día siguiente, la señora de Crozon se dio cuenta de que faltaba un anillo, el anillo del diamante azul.

Informó a su marido y llegaron a la conclusión inmediata de que la criada estaba por encima de toda sospecha y que el culpable solo podía ser Bleichen.

El conde notificó el hecho al comisario de policía de Amiens, quien inició una investigación y discretamente organizó la vigilancia más estricta para que el cónsul austriaco no pudiera vender ni enviar el anillo.

El castillo estaba rodeado de detectives día y noche.

Pasaron dos semanas sin ningún incidente. Bleichen anunció su partida. Ese día se presentó una denuncia contra él. El comisario intervino oficialmente y ordenó el examen de su equipaje. En una caja pequeña cuya llave siempre llevaba el cónsul, encontraron un vial de jabón y, en la botella, el anillo.

La señora Bleichen se desmayó. Su marido fue detenido.

Todavía se recuerda la línea de defensa adoptada por el acusado. Solo podía explicar la presencia del anillo entre sus objetos personales como un acto de venganza por parte de Crozon.

—El conde es una persona muy brusca y hace muy infeliz a su esposa. Tuve una larga conversación con ella y le aconsejé encarecidamente que se divorciara. El conde se enteró y se vengó colocando el anillo entre mis pertenencias.

El conde y la condesa mantuvieron los cargos contra él. Entre la explicación que dieron ellos y la del cónsul, ambas posibles e igualmente probables, el público solo tenía que elegir. No se descubrió ningún hecho nuevo que inclinara la balanza. Tras un mes de chismes, conjeturas e investigaciones, no se consiguió ni un solo elemento de certeza.

Aburridos por tanto ruido, incapaces de presentar las pruebas que mostraran su culpabilidad y que habrían justificado su acusación, el señor y la señora de Crozon solicitaron que se enviara desde París a un agente de la Sûreté capaz de desentrañar los hilos enredados de esta misteriosa madeja. Enviaron a Ganimard.

Durante cuatro días, el veterano inspector jefe puso la casa patas arriba buscando indicios, chismorreó, paseó por el parque, tuvo largas conversaciones con la criada, con el conductor, con los jardineros, con

los empleados de las oficinas de correos vecinas, visitó los apartamentos ocupados por los Bleichen, por los primos de Andelle y la señora de Réal. Después, una mañana, desapareció sin avisar a sus anfitriones.

Pero una semana después recibieron este telegrama:

> *Les ruego que vengan mañana viernes, a las cinco en punto, al salón de té japonés, rue Boissy-d'Anglas. Ganimard*

Exactamente a las cinco del viernes, su coche se detuvo frente al número 9 de la rue Boissy-d'Anglas. Sin pronunciar una palabra a modo de explicación, el viejo inspector que los esperaba en la acera los llevó al primer piso del salón de té japonés.

En una de las salas se encontraron a dos personas que Ganimard les presentó:

—Señor Gerbois, profesor de la escuela secundaria de Versalles, a quien, como recordaran, Arsène Lupin robó medio millón. Léonce de Hautrec, sobrino y único heredero del barón de Hautrec.

Los cuatro se sentaron. Unos minutos más tarde, llegó una quinta persona. Era el jefe de la Sûreté.

Dudouis parecía estar de mal genio. Saludó y dijo:

—¿Cuál es el problema ahora, Ganimard? Recibí tu mensaje telefónico en la comisaría. ¿Es en serio?

—Muy en serio, jefe. Dentro de una hora, los dos últimos casos a los que me asignaron llegarán a buen término aquí. Me pareció que su presencia era indispensable.

—¿Y es necesaria la presencia de Dieuzy y Folenfant, a quienes he visto abajo, cerca de la puerta?

—Sí, jefe.

—¿Para qué? ¿Vas a hacer un arresto? ¡Menuda puesta en escena! Vamos, Ganimard, estoy ansioso por oírlo.

Ganimard dudó un momento, luego se pronunció con la obvia intención de causar impresión en sus oyentes:

—En primer lugar, quiero decir que Bleichen no tuvo nada que ver con el robo del anillo.

—Oh —exclamó Dudouis—, es una declaración muy osada y seria.

—¿A este descubrimiento ha dedicado todos sus esfuerzos? —preguntó el conde.

—En absoluto. Al día siguiente del robo, el azar llevó a tres de sus invitados al pueblo de Crécy en una excursión en coche. Mientras que dos de ellos fueron a visitar el famoso campo de batalla, la tercera persona se pasó apresuradamente por la oficina de correos y envió una pequeña caja, sellada de acuerdo con la normativa, y declarada por un valor de cien francos.

—No veo nada extraño en eso —comentó el conde.

—Tal vez le parecerá más extraño que esta persona, en lugar de dar su verdadero nombre, hizo el envío bajo el nombre de Rousseau y que el destinatario, un tal señor Beloux, residente en París, se trasladó esa misma tarde tras recibir la caja, es decir, el anillo.

—Supongo que se refiere a uno de mis primos —preguntó el conde.

—No se trata de los caballeros.

—¿La señora de Réal, entonces?

—Sí.

La condesa lanzó un grito de asombro.

—¿Acusa a mi amiga, la señora de Réal?

—Quiero hacerle una pregunta, señora —dijo Ganimard—. ¿Asistió la señora de Réal a la venta del diamante azul?

—Sí, pero por su cuenta. No fuimos juntas.

—¿Le aconsejó comprar el anillo?

La condesa se lo pensó durante un momento.

—Sí, de hecho, incluso creo que fue ella quien me habló del anillo por primera vez.

—Tomo nota de su respuesta, que demuestra claramente que fue la señora de Réal quien le habló primero de este anillo y la animó a comprarlo.

—Pero mi amiga es incapaz...

—Perdóneme, pero ¿acaso la señora de Réal no es solo una conocida y no su amiga íntima, como han comentado los periódicos? De ser su amiga, eso alejaría todas las sospechas. Solo la conoce desde el invierno pasado. Sin embargo, puedo probar que todo lo que le ha contado sobre sí misma, su vida pasada y sus parientes es absolutamente falso; que Blanche de Réal no existía antes de conocerla y que ha dejado de existir.

—¿Y qué más?

—¿Y qué más? —repitió Ganimard.

—Sí, toda esta historia es muy curiosa, pero ¿qué tiene que ver con nuestro caso? Si la señora de Réal se llevó el anillo, algo que no se ha probado todavía, ¿por qué lo escondió en el polvo de pasta de dientes de Bleichen? ¡Qué cosas! Cualquiera que se tomara la molestia de robar el diamante azul, se lo quedaría. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Yo, nada, pero le responderá la señora de Réal.

—¿Entonces existe?

—Existe sin existir. Lo explicaré en pocas palabras. Hace tres días, mientras leía el periódico que leo todos los días, vi al principio de la lista de extranjeros, en Trouville, «Hotel Beaurivage: señora de Réal, etc.». Como comprenderá, esa misma noche fui a Trouville e interrogué al director del hotel. A partir de la descripción y otra

información que recibí, comprobé que dicha señora de Réal era la persona que estaba buscando, pero se había marchado del hotel dejando como dirección el número 3 de la rue du Colisée, en París. Antes de ayer fui a esa dirección y me enteré de que allí no había ninguna señora de Réal, pero sí existía una Madame Réal que vivía en el segundo piso y que actuaba como corredora de diamantes y que a menudo estaba ausente. Había regresado de un viaje la noche anterior. Ayer, la llamé y, bajo un nombre falso, me ofrecí a actuar como intermediario con ciertos amigos míos en posición de adquirir piedras de valor. Ella va a reunirse conmigo hoy aquí para llevar a cabo ese arreglo.

—¡Cómo! ¿Espera que venga aquí?

—A las cinco y media.

—¿Y está seguro?

—¿De que es la señora de Réal del castillo de Crozon? Tengo pruebas irrefutables. Pero, escuchad. La señal de Folenfant.

Se escuchó un silbato y Ganimard se levantó bruscamente.

—No hay tiempo que perder. Señor y señora de Crozon, tengan la amabilidad de pasar a la habitación de al lado. Usted también, señor de Hautrec. Y usted también, Gerbois. La puerta permanecerá abierta y, a la primera señal, le pediré que intervenga. Quédate, jefe, por favor.

—¿Y si llega alguien más? —comentó Dudouis.

—No. Este establecimiento es nuevo y el dueño es amigo mío. No dejará que nadie nos moleste, excepto la mujer rubia.

—¡La dama rubia! ¿Se refiere a ella?

—La mismísima dama rubia, jefe. Cómplice y amiga de Arsène Lupin, la misteriosa dama rubia contra la que tengo pruebas convincentes, pero contra quien también quiero reunir los testimonios de todos aquellos a quien ha robado, aquí presentes.

Se asomó por la ventana.

—Ya viene. Está entrando por la puerta. No puede escapar. Folenfant y Dieuzy vigilan la puerta. La dama rubia es nuestra, jefe.

Casi inmediatamente apareció una mujer en el umbral, alta, delgada, muy pálida de cara y con el cabello de un dorado intenso.

Tal emoción embargó a Ganimard, que permaneció en silencio, incapaz de articular palabra. Estaba allí, delante de él, a su disposición. Qué victoria sobre Arsène Lupin. Menuda venganza. Y, al mismo tiempo, la victoria le parecía tan fácil que se preguntó si la dama rubia no se le escaparía entre los dedos debido a uno de esos milagros que habitualmente solían ocurrir durante las hazañas de Arsène Lupin.

Sin embargo, ella permaneció de pie junto a la puerta, sorprendida por aquel silencio, y miró a su alrededor sin ocultar su preocupación.

«¡Se va a marchar! ¡Desaparecerá!», pensaba Ganimard, aterrado.

Se colocó bruscamente entre ella y la puerta. La mujer se dio la vuelta para salir.

—No, no —le dijo—. ¿Por qué se va?

—No entiendo qué significa todo esto. Déjeme...

—No hay razón para marcharse, señora, y, por el contrario, sí hay muchas para que se quede.

—Pero...

—Es inútil. No va a salir.

Pálida, se sentó en una silla y balbuceó:

—¿Qué quiere de mí?

Ganimard había ganado. Tenía a la dama rubia. Se controló antes de hablar:

—Permítame presentarle a este amigo del que le he hablado. Está ansioso por comprar joyas, sobre todo diamantes. ¿Ha conseguido el que me prometió?

—No, no. No lo sé. No lo recuerdo.

—Pero... Piénselo bien. Alguien a quien conoce debía traerle un diamante de color... «Muy parecido al diamante azul», le dije entre risas, y me respondió: «Exactamente, espero tener justo lo que busca». ¿Se acuerda?

Ella no respondió. Dejó caer un pequeño bolso que llevaba en la mano. Lo recogió rápidamente y lo abrazó contra el pecho. Le temblaban las manos.

—Venga —dijo Ganimard—, veo que no confía en nosotros, señora de Réal. Voy a predicar con el ejemplo correcto y le voy a mostrar lo que tengo.

Sacó un papel de su cartera, lo desplegó, y mostró un mechón de pelo.

—Es un mechón del cabello de Antoinette Bréhat, desgarrado por el barón y oculto en su mano muerta. Se lo he enseñado a la señorita Gerbois, quien reconoció el color del cabello de la dama rubia, el mismo color que el suyo, por cierto. Exactamente el mismo color.

Madame Réal lo miró desconcertada, como si realmente no entendiera el significado de sus palabras. Ganimard prosiguió:

—Y aquí hay dos botellas de perfume, sin etiqueta, es verdad, y vacías, pero todavía conservan el olor. Así que la señorita Gerbois pudo reconocer esta misma mañana la fragancia de dicha dama rubia que fue su compañera de viaje durante dos semanas. Una de estas botellas proviene de la habitación que ocupaba la señora de Réal en el castillo de Crozon y la otra de la habitación que ocupó en el Hotel Beaurivage.

—¿De qué está hablando? La dama rubia... El castillo de Crozon...

Sin responder, el inspector colocó cuatro hojas alineadas en la mesa.

—Veamos —continuó—. En estas cuatro hojas tengo muestras de la caligrafía de Antoinette Bréhat, otra de la señora que escribió al banquero Herschmann durante la venta del diamante azul, otra de la señora de Réal, durante su estancia en Crozon, y la cuarta es suya, señora. Es su nombre y su dirección escritos por su mano y dadas al portero del Hotel Beaurivage en Trouville. Si compara las cuatro caligrafías, son idénticas.

—¡Qué locura es esta! ¡Está loco! ¿Qué significa todo esto?

—Significa, señora —exclamó Ganimard gesticulando con las manos —, que la dama rubia, amiga y cómplice de Arsène Lupin, no es otra que usted.

Empujó la puerta de la sala de al lado, se abalanzó sobre Gerbois, lo cogió por los hombros y lo arrastró hasta colocarlo frente a la señora de Réal.

—Gerbois, ¿reconoce a la persona que se llevó a su hija y a la que vio en la casa del señor Detinan?

—No.

Se produjo una especie de conmoción que sacudió a todo el mundo. Ganimard se tambaleó.

—¿No? ¿Cómo es posible? Piénselo, por favor.

—Ya lo he pensado. La señora también es rubia, de tez pálida como ella, pero no se parece en nada.

—No me lo puedo creer. Un error así es inaceptable. Señor de Hautrec, ¿reconoce a Antoinette Bréhat?

—Vi a Antoinette Bréhat en casa de mi tío, no es ella.

—Y la señora tampoco es la señora de Réal —afirmó el conde de Crozon.

Fue el golpe de gracia. Ganimard quedó aturdido y no se movió ni un milímetro; permaneció con la cabeza agachada y los ojos esquivos. No quedaba nada de sus elucubraciones. El edificio de su teoría se desmoronó. Dudouis se levantó.

—Le debemos una disculpa, señora, ha habido una confusión lamentable que le pido que perdone. Sin embargo, desde su llegada, he notado que muestra una actitud extraña y no entiendo bien qué le pasa.

—Dios mío, señor, tenía miedo. Llevo en el bolso más de cien mil francos en diamantes y la conducta de su compañero no resulta nada tranquilizadora.

—Pero ¿qué hay de sus continuas ausencias?

—Lo requiere mi trabajo.

Dudouis no tenía nada que responder. Se volvió hacia su subordinado.

—Tu investigación ha sido muy superficial, Ganimard, y tu conducta hacia esta dama es realmente deplorable. Mañana vendrás a mi oficina

para explicarme todo esto.

La entrevista había terminado y el jefe de la Sûreté estaba listo para marcharse cuando se produjo un hecho verdaderamente desconcertante. La señora de Réal se volvió hacia Ganimard y dijo:

—Si no me equivoco, entiendo que usted es Ganimard.

—Sí.

—Entonces, esta carta debe ser para usted. La he recibido esta mañana con la dirección que puede ver. «Justin Ganimard, en las buenas manos de Madame Réal.» Pensé que era una broma, ya que no conocía a nadie con ese nombre, pero sin duda el corresponsal desconocido sabía de nuestro encuentro.

Justin Ganimard sintió las extrañas ganas de coger la carta y romperla, pero no se atrevió a hacerlo en presencia de su superior, así que abrió el sobre. La carta contenía estas palabras que leyó en un tono casi inaudible:

> *Había una vez una dama rubia, un Lupin y un Ganimard. Pero el malvado Ganimard quería lastimar a la bonita dama rubia y el bueno de Lupin no podía permitirlo. Así que el bueno de Lupin, ansioso por que la dama rubia entablara una relación de amistad con la condesa de Crozon, hizo que adoptara el nombre de la señora de Réal, que es la única, o casi, comerciante honesta de cabello dorado y pálida tez. Y el bueno Lupin se dijo: «Si al malvado Ganimard le da por seguir la pista de la dama rubia, me resultará muy útil que se desvíe siguiendo la pista de la honesta comerciante». Sabia precaución que ha dado buenos frutos. Una pequeña nota enviada al periódico del malvado Ganimard, una botella de perfume olvidada intencionadamente por la verdadera dama rubia en el Hotel Beaurivage, el nombre y la dirección de Madame Réal escrito por la auténtica dama rubia real en los registros del hotel, y todo listo. ¿Qué te parece, Ganimard? Quería contarte la verdadera historia de este asunto, sabiendo que serás el primero en reírte. Esta situación es de lo más divertida y he disfrutado mucho.*
>
> *Gracias, querido amigo, y mis más sinceros recuerdos al excelente señor Dudouis.*
>
> *Arsène Lupin*

—¡Lo sabe todo! —se quejó Ganimard, que no tenía ningunas ganas de reírse de nada—. Sabe incluso cosas que no le he contado a nadie. ¿Cómo podía saber que iba a invitarte a venir, jefe? ¿Cómo podía saber que había encontrado la primera botella de perfume? ¿Cómo pudo averiguar esas cosas?

Dio un pisotón y se revolvió el pelo presa de la desesperación más trágica.

Dudouis sintió lástima por él.

—Vamos, Ganimard, consuélate. Trataremos de hacerlo mejor la próxima vez.

Y el jefe de la Sûreté se marchó acompañado por Madame Réal.

Pasaron diez minutos en los que Ganimard leyó y releyó la carta de Arsène Lupin. En un rincón, el señor y la señora de Crozon, el señor de

Hautrec y el señor Gerbois mantenían un debate animado. Finalmente, el conde se acercó al inspector y le dijo:

—De todo esto se desprende que no estamos más cerca de la verdad que antes.

—Perdone, pero mi investigación ha revelado que la dama rubia es la heroína indiscutible de estas aventuras y que Lupin la dirige. Es un gran paso.

—Un gran paso que nos resulta inútil. De hecho, incluso enturbia todavía más el problema. La dama rubia mata para robar el diamante azul, pero no lo roba. Después lo roba y se lo da a otra persona para deshacerse de él.

—No puedo explicarlo.

—Lo entiendo, pero tal vez alguien podría hacerlo.

—¿Qué quiere decir?

El conde dudó, pero la condesa habló con sinceridad:

—Solo hay otro hombre que en mi opinión sería capaz de enfrentarse a Lupin y salir victorioso. Señor Ganimard, ¿tiene alguna objeción con que contratemos los servicios de Herlock Sholmes en este caso?

A Ganimard le molestó la pregunta.

—No, pero... No acabo de entender que...

—Tanto misterio me desconcierta. Quiero descubrir la verdad. Gerbois y Hautrec buscan lo mismo y hemos acordado mandar a buscar al célebre detective inglés.

—Tiene razón, señora —respondió el inspector con una lealtad que no carecía de mérito—, tiene razón. El viejo Ganimard no es capaz de vencer a Arsène Lupin. ¿Lo conseguirá Herlock Sholmes? Eso espero, ya que siento la mayor admiración por él. Sin embargo, es poco probable.

—¿Es poco probable que lo consiga?

—Esa es mi opinión. Puedo prever de antemano el resultado de un duelo entre Herlock Sholmes y Arsène Lupin. El inglés será derrotado.

—En cualquier caso, ¿podemos contar con su ayuda?

—Por supuesto, señora. Le ofrezco toda mi ayuda sin reservas.

—¿Conoce su dirección?

—Sí, Parker street, 219.

Esa misma noche, el señor y la señora de Crozon retiraron su denuncia contra el cónsul Bleichen y enviaron una carta conjunta a Herlock Sholmes.

3

HERLOCK SHOLMES DESATA LAS HOSTILIDADES

Qué desean los caballeros?

—Cualquier cosa —respondió Arsène Lupin, como si no le interesara demasiado la comida—. Lo que quiera, pero nada de carne ni alcohol.

El camarero se marchó, con desdén.

—¿Es que todavía eres vegetariano? —pregunté.

—Más que nunca —respondió Lupin.

—¿Por gusto? ¿Por creencia? ¿Por costumbre?

—Por higiene.

—¿Y nunca cometes ningún desliz?

—Por supuesto, cuando me mezclo con el mundo, para no llamar la atención.

Estábamos cenando cerca de la Gare du Nord, en el fondo de un pequeño restaurante donde Arsène Lupin me había convocado. Con frecuencia me mandaba un telegrama por la mañana pidiéndome que me encontrara con él en algún rincón de París. Siempre se mostraba generoso con sus historias inagotables, feliz con la vida, con una actitud sencilla y agradable, y siempre con alguna anécdota inesperada, un recuerdo, la historia de una aventura que no conocía.

Aquella noche en particular parecía encontrarse en un estado más animado de lo habitual. Se reía y charlaba con su singular animación y esa fina ironía tan característica de él, un sarcasmo ligero y sin amargura, espontáneo. Fue un placer verlo así y no pude resistir el deseo de decírselo.

—Sí —exclamó—. Tengo días en los que todo me parece delicioso, cuando la vida me parece un tesoro infinito que nunca lograré agotar. Y, sin embargo, Dios sabe que llevo una existencia descuidada.

—Demasiado tal vez.

—El tesoro es infinito, de verdad. Puedo gastarme y desperdiciarme, puedo arrojar mis fuerzas y mi juventud a los cuatro vientos y verla reemplazada por una fuerza aún más joven y más viva. Además, mi vida es de lo más agradable. Solo tengo que desear ser algo para serlo de la noche a la mañana; orador, fabricante, político. Aunque te juro que nunca tendré tal deseo. Soy Arsène Lupin. Arsène Lupin seguiré

siendo. He buscado en vano en la historia para encontrar un destino comparable al mío, una vida más llena o más intensa... ¿La de Napoleón? Sí, tal vez. Pero luego Napoleón, hacia el final de su carrera, durante la campaña francesa, cuando Europa lo aplastó, se preguntaba en vísperas de cada batalla si no sería la última.

¿Hablaba en serio? ¿O estaba bromeando? El tono de su voz se iba volviendo más animado a medida que avanzaba.

—Ahí reside todo, ¿entiendes? En el peligro. ¡En la continua sensación de peligro! Respirarlo como el aire que respiramos, discernir cómo sopla a tu alrededor, ruge, espera, se acerca. Y, en medio de la tormenta, mantener la calma... y no tropezar. De lo contrario, estás perdido. Solo hay una sensación igual: la del conductor en una carrera automovilística. Pero la carrera dura solo unas horas y mi carrera dura toda la vida.

—Qué lirismo —exclamé—. ¿Y deseas que crea que no tienes ningún motivo particular para haber adoptado una vida tan emocionante?

Sonrió.

—Vamos —dijo—, eres un buen psicólogo. Claro que hay otro motivo.

Se sirvió un gran vaso de agua fresca, se lo bebió y me dijo:

—¿Has leído *Le Temps* hoy?

—No.

—Herlock Sholmes ha cruzado el Canal esta tarde y ha llegado alrededor de las seis.

—¡Maldición! Y ¿por qué?

—Un viajecito a invitación de los Crozon, el sobrino de Hautrec y los Gerbois. Se encontraron en la Gare du Nord y después se reunieron con Ganimard. Ahora mismo los seis estarán charlando.

A pesar de la fuerte tentación de hacerlo, nunca me permitiría cuestionar a Arsène Lupin sobre su vida privada, a menos que sacara el tema él mismo. No hago concesiones en cuanto a esta reserva que me impongo a mí mismo. Hasta aquel momento, aún no se había pronunciado su nombre, al menos oficialmente, en relación con el diamante azul. Así que esperé. Continuó con su relato:

—*Le Temps* también ha publicado una entrevista con el excelente Ganimard, según la cual una cierta dama rubia, que se supone que es mi amiga, ha asesinado al barón de Hautrec y ha intentado robar a la señora de Crozon su famoso anillo. Y, por supuesto, me acusa de ser el instigador de esos crímenes.

No pude evitar sentir un ligero estremecimiento. ¿Era posible? ¿Debía creer que, acostumbrado a un estilo de vida ligado al robo, una evolución lógica de los acontecimientos había llevado a este hombre a cometer semejante crimen? Lo observé. Parecía muy tranquilo, sus ojos miraban con tanta franqueza.

Estudié sus manos: estaban perfiladas con una delicadeza infinita, eran unas manos realmente inofensivas, las manos de un artista.

—Ganimard no sabe lo que dice —murmuré.

—No, no, Ganimard tiene mucha inteligencia, a veces incluso le llega la inspiración —protestó.

—¡Inspiración!

—Sí, sí. Por ejemplo, esta entrevista es un golpe magistral. Primero, anuncia la llegada de su rival inglés para advertirme y dificultarme las cosas; después, indica el punto exacto al que han llegado sus conclusiones sobre el asunto, para que Sholmes no obtenga crédito por el trabajo ya llevado a cabo por Ganimard. Es una buena táctica.

—Sea como sea, son dos adversarios con los que lidiar, ¡y vaya adversarios!

—Pero uno no cuenta.

—¿Y el otro?

—¿Sholmes? Admito que es un enemigo digno, pero eso es exactamente lo que me apasiona y el motivo de que me veas de un humor tan alegre. En primer lugar, se trata de una cuestión de autoestima. Me complace saber que me consideran digno de la atención del célebre detective inglés. Después, piensa en el placer que debe sentir un luchador como yo frente a la idea de un duelo contra Herlock Sholmes. Por fin voy a tener que emplearme a fondo; lo conozco y sé que me va a disputar cada paso.

—Es un oponente fuerte.

—Muy fuerte. Como detective, no creo que haya existido o que nunca vaya a existir uno igual. Solo que yo tengo una ventaja sobre él y es que él ataca y yo me defiendo. Mi papel es más fácil. Además... —Sonrió de manera imperceptible y terminó su frase—: También conozco su forma de pelear y él no conoce la mía. Y le he reservado algunos trucos nuevos que le darán algo en lo que pensar.

Tamborileó sobre la mesa con los dedos y pronunció algunas frases más, como deleitándose.

—Arsène Lupin contra Herlock Sholmes. Francia contra Inglaterra. ¡Por fin Trafalgar será vengado! ¡Ah, el bribón! No sospecha que estoy preparado y si Lupin espera tu llegada...

Se detuvo de repente, sacudido por un ataque de tos, y escondió la cara tras la servilleta, como si algo se le hubiera atascado en la garganta.

—¿Una miga de pan? —le pregunté—. Bebe un poco de agua.

—No, no es eso —respondió con voz sofocada.

—¿Entonces?

—La necesidad de aire.

—¿Quieres que abramos la ventana?

—No, mejor salgo. Rápido, dame el abrigo y el sombrero, voy a...

—¿Qué pasa?

—Los dos caballeros que acaban de entrar. Mira el más alto. Cuando salgamos, mantente a mi izquierda para que no pueda verme.

—¿El que se ha sentado detrás de ti?

—Sí. Por razones personales, prefiero... Te lo explicaré, fuera.

—Pero ¿quién es?

—Herlock Sholmes.

Hizo un esfuerzo desesperado por controlarse, como si se avergonzase de su agitación. Dejó la servilleta a un lado, se bebió un vaso de agua y me dijo, sonriendo, totalmente recuperado:

—Es gracioso, ¿verdad? No me altero fácilmente, pero esta visita inesperada...

—¿Qué temes? Nadie puede reconocerte después de todas tus transformaciones. Incluso yo mismo, cada vez que te veo, me parece que estoy delante de una persona diferente.

—Él me reconocerá —comentó Arsène Lupin—. Solo me ha visto una vez, pero sentí que había visto hasta lo más profundo de mí, no solo mi apariencia siempre cambiante, sino quien soy realmente. Y además... No esperaba encontrármelo aquí. Qué encuentro tan particular, en este pequeño restaurante.

—Bueno —le dije—, ¿salimos?

—No, no.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo mejor sería actuar abiertamente y confiar en él...

—No lo dirás en serio.

—Absolutamente, sí. Además de que tendría ventaja al interrogarlo, podría descubrir lo que sabe. Ah, espera, tengo la sensación de que tiene los ojos fijos en mi cuello, en mis hombros... Está buscando, intenta recordar dónde los ha visto antes.

Reflexionó un momento. Advertí que se dibujaba una sonrisa maliciosa en la comisura de sus labios; entonces, respondiendo, creo, a un capricho de su naturaleza impulsiva en lugar de a la necesidad de la situación, se levantó abruptamente, se dio la vuelta y con una reverencia y un aire alegre dijo:

—Qué casualidad. Qué afortunado soy. Déjame presentarte a un amigo mío...

Por un momento el inglés quedó desconcertado; luego hizo un movimiento instintivo, listo para lanzarse sobre Arsène Lupin, que negó con la cabeza.

—No es lo más adecuado. Eso por no mencionar que el movimiento sería incómodo y bastante inútil.

El inglés miró a derecha e izquierda, como si estuviera buscando ayuda.

—Eso tampoco servirá —añadió Lupin—. Además, ¿estás seguro de

que serás capaz de ponerme las manos encima? Vamos, muéstrame algo de deportividad.

En aquella ocasión, mostrar su deportividad no resultaba nada tentador. Sin embargo, parecía que el inglés sopesó la situación y le pareció la mejor opción porque se levantó ligeramente y dijo en un tono frío:

—El señor Wilson, mi amigo y colaborador.

—Arsène Lupin.

El estupor de Wilson le pareció hilarante. Tenía los ojos y la boca muy abiertos, dos rasgos que ocupaban su rostro lozano, con la piel brillante y estirada como una manzana, y alrededor de la cual crecían el pelo y la barba como cortas briznas de hierba, duras y vigorosas.

—Wilson, deberías ocultar tu asombro ante un encuentro que es de lo más natural del mundo —se burló Herlock Sholmes.

—¿Por qué no lo detienes? —balbuceó Wilson.

—Por si no te has dado cuenta, Wilson, este caballero está colocado entre la puerta y yo, a solo unos pasos de la salida. Conseguiría escapar antes de que me diera tiempo a hacer nada.

—No dejes que eso te detenga —comentó Lupin.

Rodeó la mesa y se sentó para que el inglés estuviera entre la puerta y él, poniéndose así a su merced.

Wilson miró a Sholmes para ver si le estaba permitido admirar aquel acto de coraje sin sentido. El inglés permaneció impasible.

—Camarero —dijo un momento después. El muchacho se acercó rápidamente—. Unos refrescos, cerveza y *whisky* —pidió Sholmes.

Se había firmado el tratado de paz, hasta nuevo aviso. Poco después, los cuatro hombres conversaban de una manera aparentemente amistosa sentados a la misma mesa.

Herlock Sholmes es un hombre normal y corriente. Parece un burgués valiente de unos cincuenta años que se ha pasado la vida en una oficina, llevando los libros de contabilidad. No había nada que lo distinguiera de un ciudadano londinense medio, ni sus patillas rojizas, ni su barbilla afeitada, ni su aspecto ligeramente pesado; nada, excepto sus ojos tremendamente agudos, vivos y penetrantes.

Pero es Herlock Sholmes; es decir, una especie de fenómeno resultado de una combinación de intuición, capacidad de observación, clarividencia e ingenio. Uno podría pensar que la naturaleza se había divertido al crear un ser que es la combinación de los dos policías más extraordinarios que la imaginación ha concebido, el Dupin de Edgar Poe, y el Lecoq de Gaboriau; de ese material concibió a un nuevo detective, más extraordinario y sobrenatural que ninguno de ellos. Y al escuchar el relato de estas hazañas que lo han hecho famoso en todo el universo, uno realmente se pregunta si él, este Herlock Sholmes, no es también un personaje legendario, un héroe ficticio nacido de la mente

de un gran novelista como Conan Doyle, por ejemplo.

Cuando Arsène Lupin le preguntó sobre la duración de su estancia, inmediatamente llevó la conversación a su terreno.

—Mi estancia depende de ti, monsieur Lupin.

—Oh —exclamó el otro, riéndose—. Si depende de mí, te pediría que volvieras esta misma noche.

—Esta noche es un poco temprano, pero espero poder volver en ocho o diez días.

—¿Tanta prisa tienes?

—Tengo muchos casos a los que atender; como el robo del Banco Anglo-Chino, el secuestro de lady Eccleston... Pero ¿no crees que pueda zanjar mis asuntos en una semana, monsieur Lupin?

—Ciertamente, si concentras tus esfuerzos en el misterio del diamante azul. Además, es el tiempo que necesito para tomar mis precauciones en caso de que la solución a ese asunto te dé ciertas ventajas peligrosas para mi seguridad.

—Exacto —dijo el inglés—. Tengo la intención de adquirir esas ventajas en el espacio de ocho a diez días.

—¿Y arrestarme en el undécimo, tal vez?

—El décimo, como mucho.

Lupin reflexionó y negó con la cabeza:

—Difícil, difícil...

—Difícil, sí, pero posible, por lo tanto, hecho seguro.

—Absolutamente seguro —añadió Wilson, como si él mismo hubiera elaborado claramente la larga serie de operaciones que llevarían a su colaborador al resultado anunciado.

Herlock Sholmes sonrió.

—Wilson sabe muy bien lo que dice y puede dar fe —continuó—. Obviamente, no cuento con todas las cartas, ya que estos casos ya tienen varios meses de antigüedad. Me falta cierta información y pistas en las que estoy acostumbrado a basar mis investigaciones.

—Como manchas de barro y ceniza de cigarrillos —dijo Wilson, con un aire de importancia.

—Pero además de las notables conclusiones del señor Ganimard, tengo a mi disposición todos los artículos escritos sobre este asunto, todas las observaciones recogidas y, a partir de ahí, algunas ideas personales sobre el tema.

—Algunas ideas a las que hemos llegado tras diversos análisis o hipótesis —agregó Wilson, en tono sentencioso.

—¿Considerarías una indiscreción que te preguntara qué opinión te has formado sobre el caso? —dijo Arsène Lupin en ese tono diferente que utilizaba con Sholmes.

Ver a aquellos dos hombres enfrentados cara a cara, con los codos sobre la mesa, discutiendo seria y tranquilamente como si tuvieran que

resolver un problema arduo o llegar a un acuerdo sobre algún hecho polémico resultaba de lo más emocionante. Y era también de una ironía mayúscula que ambos disfrutaban profundamente, como diletantes y artistas. Wilson, por su parte, no daba crédito.

Herlock llenó su pipa lentamente, la encendió, y dijo:

—Creo que este caso es infinitamente menos complejo de lo que parece a primera vista.

—Mucho menos, sí —repitió Wilson, fiel eco de su compañero.

—Digo el caso porque, en mi opinión, solo hay uno. La muerte del barón de Hautrec, la historia del anillo, y, no olvidemos, el misterio del número 514, serie 23, son solo diferentes fases de lo que podría llamarse el rompecabezas de la dama rubia. Ahora bien, según creo, se trata simplemente de descubrir el vínculo entre estos tres episodios de la misma historia, el hecho que demuestra la unidad de los tres acontecimientos. Ganimard, cuyo juicio es un poco superficial, ve esta unidad de la desaparición en la capacidad de poder ir y venir sin ser vistos. Pero esa teoría no me satisface.

»Entonces, en mi opinión —declaró Sholmes—, la característica común de estas tres aventuras es su diseño y propósito obvios, aunque haya pasado desapercibido hasta ahora, que no es otro que llevar el asunto al campo previamente elegido por ti. Por tu parte, hay algo más que un plan, una necesidad, una condición *sine qua non* para el éxito.

—¿Podrías entrar en algunos detalles?

—Ciertamente. Por ejemplo, desde el principio del conflicto con Gerbois, ¿no es obvio que el apartamento de Detinan es el lugar elegido donde todas las partes deben reunirse? En tu opinión, era el único lugar seguro y organizaste el encuentro allí con la dama rubia y la señorita Gerbois, se podría decir que incluso públicamente.

—La hija del profesor —precisó Wilson.

—Ahora, consideremos el caso del diamante azul. ¿Has tratado de apropiarte de él desde que lo adquirió el barón de Hautrec? No. Pero el barón se instala en casa de su hermano y, seis meses más tarde, llega la intervención de Antoinette Bréhat y el primer intento. El diamante se te escapa y se anuncia a bombo y platillo la venta que tendrá lugar en la sala de subastas Drouot. ¿Será una subasta libre? ¿Conseguirá el *amateur* más rico adquirir la joya? En absoluto. Justo cuando el banquero Herschmann está a punto de hacerse con él, una señora le pasa una carta de advertencia y es la condesa de Crozon, preparada e influenciada por la misma dama, quien compra el diamante. ¿Desaparecerá inmediatamente el diamante? No, careces de los medios. Así que hay que esperar. La condesa se instala por fin en su castillo, justo lo que esperabas. El anillo desaparece.

—Para reaparecer en el polvo de pasta de dientes del cónsul Bleichen, algo muy extraño —objetó Lupin.

—¡Qué tontería! —exclamó Herlock, que golpeó la mesa con el puño—. No me cuentes bobadas. Vale que los más ingenuos se hayan dejado engañar, pero yo soy un viejo zorro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir...

Sholmes guardó silencio durante un momento, como si quisiera aprovechar el efecto. Por fin, continuó:

—El diamante azul que se encontró en el polvo de pasta de dientes es falso. El verdadero lo guardaste tú.

Arsène Lupin permaneció en silencio durante un momento y luego, con los ojos fijos en el inglés, respondió con calma:

—Qué hombre más notable.

—¡Notable! —exclamó Wilson, con cara de admiración.

—Sí —confirmó Lupin—. Has arrojado luz sobre este gran misterio. Ninguno de los jueces de instrucción, ninguno de los periodistas especializados que se han involucrado en este caso se ha acercado tanto a la verdad. Es una maravillosa muestra de intuición y lógica.

—¡Bah! —respondió el inglés, halagado por el elogio de un experto como él—. Bastaba con reflexionar un poco.

—Bastaba con saber reflexionar, y pocos saben. Pero ahora que se va reduciendo el abanico de suposiciones y el terreno está despejado...

—Bueno, ahora, solo tengo que averiguar por qué las tres aventuras terminaron en la rue Clapeyron, 25, en la avenida Henri-Martin, 134 y entre las paredes del castillo de Crozon. Ahí se encuentra la respuesta. El resto no es más que palabrería y farsas infantiles. ¿No crees?

—Sí, eso creo.

—En este caso, Lupin, ¿me equivoco al repetir que en diez días habré concluido mi trabajo?

—Sí, en diez días conocerás toda la verdad.

—Y acabarás arrestado.

—No.

—¿No?

—Para que me arresten, es necesario que se dé una combinación de circunstancias tan inverosímil, una serie de terribles coincidencias tan inesperadas, que no contemplo esa posibilidad.

—Lo que no consiguen las circunstancias ni las coincidencias lo pueden la voluntad y la obstinación de un hombre, monsieur Lupin.

—Eso si la voluntad y la obstinación de otro hombre no le presentan un obstáculo invencible a este propósito, monsieur Sholmes.

—No hay obstáculo invencible, Lupin.

Intercambiaron una mirada profunda, sin provocación por parte de ninguno de los dos, sino tranquila y audaz. El choque de dos espadas que se cruzaban. Un enfrentamiento claro y franco.

—Ya era hora —exclamó Lupin—, ¡por fin un adversario digno del

nombre! Y no es otro que Herlock Sholmes. Nos lo vamos a pasar bien.

—¿No tienes miedo? —preguntó Wilson.

—Casi, mi querido Wilson —dijo Lupin al levantarse—, y la prueba de ello es que estoy a punto de retirarme de manera apresurada, de lo contrario correría el riesgo de ser cazado. ¿Diez días entonces, Sholmes?

—Diez días. Estamos a domingo. El miércoles a las ocho habrá terminado todo.

—¿Y yo acabaré entre rejas?

—Sin duda alguna.

—Caramba, con lo que me gusta a mí la vida tranquila, sin problemas, disfrutando de un gran interés por los asuntos del mundo, el desprecio comprensible de la policía y la impresión reconfortante de contar con la estima general. ¡Todo esto tendrá que cambiar! Veré la otra cara de la moneda. Después del sol viene la lluvia. Se acabaron las risas. Adiós.

—Deprisa —dijo Wilson con gran preocupación debido a aquel individuo que inspiraba tanto respeto a Sholmes—. No podemos perder ni un segundo.

—Ni un segundo, Wilson, eso es cierto; solo el tiempo suficiente para decirte lo feliz que me siento por este encuentro y cuánto envidio al maestro por contar con un colaborador tan valioso como tú.

Se saludaron cortésmente, como dos adversarios que no comparten ningún odio, pero a quienes el destino obliga a luchar sin piedad. Lupin me agarró del brazo y me sacó fuera.

—¿Qué te parece, querido muchacho? Los extraños acontecimientos de hoy te darán material suficiente para un capítulo de lo más interesante en las memorias que estás preparando sobre mí.

Cerró la puerta del restaurante y se detuvo unos pasos más allá.

—¿Fumas?

—No, pero creo que tú tampoco.

—No, yo tampoco.

Encendió un cigarrillo con un fósforo que sacudió varias veces en un esfuerzo por apagarlo. Pero tiró el cigarrillo inmediatamente, corrió al otro lado de la calle y se unió a dos hombres que acababan de salir de entre las sombras, como si respondieran a una señal. Habló con ellos durante unos minutos en la acera opuesta y luego regresó a mi lado.

—Te ruego que me perdones, este maldito Sholmes me va a dar problemas. Pero te aseguro que aún no ha terminado con Arsène Lupin. Va a descubrir qué es lo que me calienta la sangre. Adiós... El inefable Wilson tiene razón, no tengo ni un minuto que perder.

Se alejó rápidamente.

Así terminó aquella extraña velada, o al menos la parte de ese día en el que estuve involucrado, porque durante las horas que siguieron

tuvieron lugar muchos otros sucesos que han llegado a mi conocimiento gracias a las confidencias de los otros invitados a esa cena.

En el mismo momento en el que Lupin se marchó, Herlock Sholmes se levantó de la mesa y miró su reloj.

—Las nueve menos veinte. A las nueve tengo que reunirme con el conde y la condesa en la estación.

—¡Vamos, pues! —exclamó Wilson, que se terminó dos vasos de *whisky* de un trago.

Salieron.

—Wilson, no mires atrás. Creo que nos están siguiendo, así que vamos a actuar como si no pasara nada. Wilson, dame tu opinión: ¿por qué estaba Lupin en este restaurante?

Wilson no dudó.

—Para comer.

—Wilson, cuanto más trabajamos juntos, más me doy cuenta de la continuidad de tu progreso. Madre mía, cada vez llegas a conclusiones más increíbles.

Oculto entre las sombras, Wilson se ruborizó de placer. Sholmes continuó:

—Para comer. Muy bien, y, después de eso, probablemente, para asegurarse de si voy al castillo de Crozon, como anunció Ganimard en su entrevista. Para no decepcionarlo, acudiré como espera de mí, pero como también necesito ganarle tiempo, no iré.

—¡Ah! —exclamó Wilson, que no acababa de entenderlo.

—Tú, amigo mío, camina por esta calle, toma un coche, dos, tres coches. Regresa más tarde a recoger las maletas que dejamos en la consigna y ve rápidamente al Elysée Palace.

—¿Y cuando llegue?

—Pedirás una habitación, te quedarás a pasar la noche y esperarás mis instrucciones.

Wilson, orgulloso del importante papel que le había sido asignado, se marchó. Herlock Sholmes cogió su billete y se dirigió a la estación a coger el tren exprés de Amiens, en el que el conde y la condesa de Crozon ya estaban instalados.

Los saludó sin más parafernalias, encendió su pipa y fumó tranquilamente, de pie en el pasillo.

El tren tembló y se puso en marcha. Diez minutos después, se sentó junto a la condesa y le dijo:

—¿Lleva el anillo, señora?

—Sí.

—Por favor, préstemelo.

Lo cogió y lo examinó.

—Como sospechaba, es un diamante reconstituido.

—¿Reconstituido?

—Es un nuevo proceso que consiste en someter el polvo de diamante a temperaturas muy altas hasta que se derrite y luego se moldea para crear una sola piedra.

—¿Cómo? Mi diamante es verdadero.

—Su diamante sí, pero este no es el suyo.

—¿Dónde está el mío?

—En manos de Arsène Lupin.

—¿Y este diamante, entonces?

—Es el que sustituyeron por el suyo y metieron en la botella de Bleichen, donde lo encontró.

—¿Así que es falso?

—Absolutamente falso.

La condesa estaba abrumada, disgustada, y callaba mientras que su marido no paraba de darle vueltas al diamante, escudriñándolo con un aire incrédulo. Al final, tartamudeó:

—¿Cómo es posible? ¿Por qué no se limitaron a robarlo? ¿Cómo lo hicieron?

—Eso es precisamente lo que voy a averiguar.

—¿En el castillo de Crozon?

—No, yo me bajaré en Creil y volveré a París. Ahí es donde se va a jugar la partida entre Arsène Lupin y yo. Podríamos asestar nuestros golpes en un lugar u otro, pero prefiero que Lupin crea que estoy de viaje.

—Pero...

—¿Qué más le da, señora? Lo esencial es el diamante, ¿no?

—Sí.

—Bueno, no se preocupe. Me he enfrentado a compromisos mucho más difíciles antes. Confíe en Herlock Sholmes, le devolveré el diamante real.

El tren disminuyó la velocidad. Se metió el diamante falso en el bolsillo y abrió la puerta. El conde exclamó:

—¡Ese es el lado equivocado del tren!

—De esta manera, si Lupin me tiene vigilado, me perderán la pista. Adiós.

Un empleado del tren protestó en vano y el inglés se dirigió a la oficina del director de la estación. Cincuenta minutos más tarde, se subió a un tren que lo llevó de vuelta a París un poco antes de la medianoche.

Cruzó la estación corriendo, volvió a entrar por el bar-restaurante, salió por otra puerta y se subió a un taxi.

—Conductor, rue Clapeyron.

Tras llegar a la conclusión de que no le habían seguido, detuvo el coche al principio de la calle y procedió a examinar con detenimiento

la casa del señor Detinan y las dos casas adyacentes. Con pasos iguales, midió algunas distancias y tomó algunas notas y números en su cuaderno.

—Conductor, avenida Henri-Martin.

En la esquina de la avenida y la rue de la Pompe, pagó el taxi, caminó por la calle hasta el número 134, y volvió a iniciar las mismas operaciones frente a la antigua casa del barón de Hautrec y las dos casas contiguas, midiendo el ancho de las respectivas fachadas y calculando la profundidad de los pequeños jardines delanteros.

La avenida estaba desierta y sumida en la oscuridad bajo las cuatro hileras de árboles entre los cuales, a intervalos considerables, algunas farolas de gas luchaban en vano para iluminar las espesas sombras. Una de ellas arrojaba una luz tenue sobre una porción de la casa y Sholmes vio el cartel «En alquiler» colgado de la reja, los dos caminos descuidados que rodeaban el pequeño césped y los grandes ventanales desnudos de la casa deshabitada.

«Supongo que desde la muerte del barón no hay inquilinos», se dijo. «¡Ay! Si pudiera entrar y hacer una primera visita».

En cuanto se le ocurrió la idea trató de ponerla en marcha. Pero ¿cómo? La altura de la reja la hacía imposible de escalar, así que se sacó del bolsillo una linterna eléctrica y una llave esquelética que siempre llevaba encima. Para su gran sorpresa, vio que una de las hojas de la puerta estaba entreabierta. Entró en el jardín con cuidado de que la puerta no se cerrara a sus espaldas, pero no había dado ni tres pasos cuando se detuvo. Había visto una luz pasar por una de las ventanas del segundo piso.

Vio pasar la luz por una segunda ventana y por una tercera, pero no pudo distinguir nada más excepto una silueta esbozada en las paredes de las habitaciones. Del segundo piso el resplandor descendió al primero, y durante mucho tiempo vagó de habitación en habitación.

«¿Quién diablos está deambulando a la una de la mañana por la casa donde asesinaron al barón de Hautrec?», se preguntó Herlock, profundamente interesado.

Solo había una manera de averiguarlo, y era entrar en la casa él mismo. No lo dudó. Pero el hombre debió haberlo visto al cruzar la franja de luz que lanzaba la farola de gas para llegar hasta el portón, porque el resplandor de repente se desvaneció y Herlock Sholmes no lo volvió a ver. Con cuidado, empujó la puerta. También estaba abierta. Al no oír ningún ruido, avanzó por el pasillo a oscuras, se encontró con el pie de las escaleras y subió al primer piso. El mismo silencio, la misma oscuridad.

Al llegar al rellano, entró en una habitación y se acercó a la ventana por la que se colaba una luz débil desde el exterior. Al mirar afuera vio al hombre, que sin duda había descendido por otra escalera y había

salido por otra puerta; se deslizó a la izquierda, junto a los arbustos que bordeaban el muro de separación entre los dos jardines.

—Demonios —exclamó Sholmes—, se me va a escapar.

Se apresuró a bajar las escaleras y se lanzó a la calle para intentar cortar la retirada del hombre. Pero no vio a nadie y tardó unos segundos en distinguir entre los arbustos una masa más oscura que parecía moverse.

El inglés reflexionó durante un momento. ¿Por qué el hombre no había escapado cuando lo tenía todo a su favor? ¿Se había quedado para observar los movimientos del intruso que lo había descubierto en mitad de sus misteriosos actos?

«En cualquier caso, no es Lupin. Él es más hábil», pensó. «Será alguien de su banda».

Pasaron unos largos minutos. Herlock no se movió, tenía la mirada fija en el adversario quien, a su vez, estaba vigilando al detective. Pero, como el adversario tampoco se movía y el inglés no era un hombre dado a la inacción, comprobó que no hubiera ningún problema con su revólver, desenfundó su navaja y avanzó hacia el enemigo con esa fría osadía y ese desprecio por el peligro que lo hacían tan temible.

Oyó un ruido seco: el individuo estaba cargando su arma. Herlock se lanzó de repente sobre el matorral. El otro no tuvo tiempo de darse la vuelta, el inglés se había abalanzado sobre él. Se enzarzaron en una lucha violenta y desesperada en la que Herlock adivinó los esfuerzos del hombre por quitarle el cuchillo. Pero Sholmes, ansioso ante la idea de una victoria que sentía cercana, deseoso por ganar la primera batalla ante aquel cómplice de Arsène Lupin, luchó con una fuerza y determinación inusuales. Derribó a su adversario, lo sostuvo bajo el peso de su cuerpo y lo inmovilizó clavándole los dedos de una mano en la garganta como una garra; con la mano libre buscó la linterna, apretó el botón e iluminó la cara de su prisionero.

—¡Wilson! —gritó, aterrorizado.

—Herlock Sholmes —balbuceó con la voz débil y sofocada.

Durante mucho tiempo permanecieron en silencio, sin intercambiar una palabra, ambos destrozados, con el cerebro vacío. La bocina de un automóvil rompió el silencio. Un ligero viento agitaba las hojas. Sholmes no se movió, los cinco dedos seguían pegados a la garganta de Wilson, que respiraba cada vez más débil.

Y de improviso Herlock, abrumado por la ira, soltó la garganta de su amigo y lo sacudió con frenesí sujetándolo por los hombros.

—¿Qué haces aquí? ¡Respóndeme! ¿Qué haces aquí? ¿Te dije que te escondieras en los arbustos y me espiaras?

—¿Espiarte? —gimió Wilson—. Pero si no sabía que eras tú.

—¿Entonces? ¿Qué haces aquí? Se suponía que debías irte a la

cama.

—Me fui a la cama.

—¡Tenías que dormir!

—Y lo hice.

—¡No debías despertarte!

—Pero tu nota...

—¿Mi nota?

—Sí, me la trajo un mensajero al hotel de tu parte.

—¿De mi parte? ¿Estás loco?

—Te lo juro.

—¿Dónde está esa nota?

Su amigo le entregó una hoja de papel, que leyó a la luz de su linterna, con asombro:

> *Wilson, sal de la cama y ven enseguida a la avenida Henri-Martin. La casa está vacía. Entra, inspecciona, elabora un plan exacto y vuelve a la cama.*
>
> *Herlock Sholmes*

—Estaba midiendo las habitaciones —dijo Wilson—, cuando vi una sombra en el jardín. Se me ocurrió una idea...

—Esconderte en las sombras... La idea fue excelente, pero la próxima vez —le dijo Sholmes, mientras ayudaba a su compañero a levantarse—, cuando recibas una nota de mi parte, asegúrate primero de que no hayan falsificado mi caligrafía, Wilson.

—Pero entonces —dijo Wilson, que comenzaba a darse cuenta de lo ocurrido—, ¿la nota no me la enviaste tú?

—¡Claro que no!

—¿Quién entonces?

—Arsène Lupin.

—Pero ¿con qué propósito la escribió?

—Oh, eso no lo sé y es exactamente lo que me preocupa. ¿Por qué diablos se tomó la molestia de despertarte? Si me la hubiera enviado a mí, lo entendería, pero te la ha enviado a ti. Me pregunto qué interés tendrá.

—Debo volver al hotel.

—Yo también, Wilson.

Llegaron a la puerta. Wilson, que iba al frente, cogió un barrote y tiró de ella.

—¿La has cerrado?

—Claro que no, la dejé entreabierta.

—Pero...

Herlock tiró también de la reja, y luego, alarmado, examinó la cerradura. Lanzó una maldición:

—¡Por todos los...! ¡Está cerrada con llave!

Sacudió la puerta con todas sus fuerzas y, al darse cuenta de la

futilidad de sus esfuerzos, dejó caer los brazos, desanimado, y murmuró con voz entrecortada:

—Ahora me lo explico todo, ha sido él. Sabía que me bajaría del tren en Creil y preparó esta pequeña trampa en caso de que viniera para comenzar mi investigación esta noche. Además, tuvo la amabilidad de enviarme un compañero para compartir mi cautiverio. Todo organizado para hacerme perder un día, y, tal vez también para demostrarme que es mejor que me ocupe de mis propios asuntos.

—Entonces, ¿quieres decir que somos sus prisioneros?

—Tú lo has dicho. Herlock Sholmes y Wilson son los prisioneros de Arsène Lupin. La aventura no empieza con buen pie, pero no, no puede ser que...

Una mano se posó sobre su hombro, la mano de Wilson.

—Ahí arriba, mira. Una luz...

En efecto, una de las ventanas del primer piso estaba iluminada.

Ambos corrieron a la casa, cada uno subió por una escalera y llegaron al mismo tiempo a la entrada de la habitación iluminada. En el medio de dicha habitación ardía lo que quedaba de una vela. A su lado había una cesta que contenía una botella, los muslos de un pollo asado y media hogaza de pan.

Sholmes se echó a reír.

—Qué detalle, nos ha traído la cena. Es el palacio de las maravillas. ¡Como un cuento de hadas! Vamos, Wilson, no pongas esa cara como si fueras a un funeral. Todo esto es muy gracioso.

—¿Seguro? Porque yo no le veo la gracia —comentó Wilson.

—Sí, estoy seguro —exclamó Sholmes, con un tono alegre demasiado excéntrico para resultar natural—. Nunca he visto nada más gracioso. Menuda comedia, qué maestro de la ironía es Arsène Lupin. Te empuja a hacer el ridículo con la máxima gracia y delicadeza. No cambiaría mi lugar en esta fiesta ni por todo el oro del mundo. Wilson, mi viejo amigo, me apenas. ¿Me vas a hacer el feo? ¿No es mejor mostrar esa nobleza de carácter que se eleva por encima de las desgracias? ¿De qué te quejas? Ahora mismo podrías tener mi daga en la garganta, o yo la tuya en la mía, porque eso era lo que buscaba. Eso no se le hace a un amigo.

Logró, gracias al humor y al sarcasmo, reanimar al pobre Wilson y que se comiera un muslo de pollo y se bebiera una copa de vino. Pero cuando la vela se consumió y se prepararon para pasar la noche allí, sobre el parqué, con la pared como única almohada, el lado doloroso y ridículo de aquella situación se les hizo evidente. Y su sueño fue triste.

A la mañana siguiente, Wilson se despertó, rígido y frío. Un ligero ruido atrajo su atención: Herlock Sholmes, arrodillado en el suelo, observaba con la lupa las motas de polvo; encontró marcas de tiza blanca, casi borrada, que formaban algunas cifras que anotó en su

cuaderno.

Acompañado por Wilson, que se interesó profundamente por aquella tarea, examinó cada habitación y encontró marcas de tiza similares en otras dos. Observó, además, dos círculos en los paneles de roble, una flecha en el revestimiento y cuatro cifras en cuatro peldaños de las escaleras.

Después de una hora, Wilson le dijo:

—Los números son exactos, ¿no?

—Eso no lo sé —respondió Herlock, a quien tales descubrimientos le habían devuelto su buen estado de ánimo—, pero significan algo.

—Es bastante obvio que representan el número de láminas en el suelo —añadió Wilson.

—¡Ah!

—Sí. En cuanto a los dos círculos, indican que los paneles son falsos, como se puede determinar fácilmente, y la flecha apunta en la dirección en que se mueven los paneles.

Herlock Sholmes lo miró, asombrado.

—Ah, pero, mi buen amigo, ¿cómo sabes todo esto? Tu clarividencia hace casi que me avergüence.

—Es muy sencillo —dijo Wilson, henchido de orgullo—. Fui yo quien dibujó las marcas anoche, de acuerdo a sus instrucciones... Bueno, según las instrucciones de Lupin, ya que fue él quien escribió la carta.

Wilson corría en aquel momento un peligro más terrible que durante su lucha con Sholmes entre los arbustos, quien sentía un feroz deseo de estrangularlo. Se controló, esbozó una mueca que quería ser una sonrisa y dijo:

—Perfecto, perfecto. Un trabajo excelente y que nos ayuda mucho. ¿Has aplicado tu admirable espíritu analítico y de observación sobre otros aspectos del misterio? Me vendrían muy bien tus deducciones.

—No, no he llegado más lejos.

—Qué pena. El principio prometía. Pero, puesto que eso es todo, también podemos marcharnos.

—¡Irnos! ¿Cómo?

—De la forma en la que salen todas las personas honestas: por la puerta.

—Está cerrada.

—La abriremos.

—¿Cómo?

—Por favor, llama a esos dos policías que pasean por la avenida.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Es muy humillante. ¿Qué dirán cuando se sepa que tú, Herlock Sholmes, y yo, Wilson, hemos sido prisioneros de Arsène Lupin?

—¿Qué esperas, querido amigo? Se reirán con todas sus ganas —contestó Herlock, con la voz seca y el rostro contraído—. Pero no podemos fijar nuestro domicilio en esta casa.

—¿Y no vas a intentar nada?

—Nada.

—Sin embargo, el hombre que nos trajo la cesta de comida no cruzó el jardín cuando llegó, ni cuando se fue. Así que hay otra salida. Vamos a buscarla y no tendremos que pedir ayuda a los agentes.

—Muy bien razonado. Pero te olvidas de que toda la policía de París la ha estado buscando durante seis meses y que yo mismo, mientras tú dormías, he revisado la casa de arriba abajo. Mi querido Wilson, Arsène Lupin es un adversario al que no estamos acostumbrados. No deja rastro a su paso.

A las once en punto, Herlock Sholmes y Wilson fueron liberados y llevados a la comisaría más cercana, donde el comisario, después de haberlos interrogado a conciencia, los dejó marchar con una afectación exasperante.

—Siento mucho lo que les ha sucedido, caballeros. Van a tener una opinión muy pobre de la hospitalidad francesa. Dios mío, ¡menuda noche deben haber pasado! Ese sinvergüenza de Lupin no respeta a nadie.

Un coche los llevó al Elysée Palace. En la recepción, Wilson pidió la llave de su habitación.

Tras buscarla insistentemente, el empleado respondió, muy sorprendido:

—Señor, ha dejado la habitación.

—¿Yo? ¿Cómo dice?

—Recibimos su carta esta mañana, nos la dio su amigo.

—¿Qué amigo?

—El caballero que nos dio su carta. Espere, todavía lleva adjunta su tarjeta de visita. Aquí están.

Wilson las cogió. Era sin duda una de sus tarjetas de visita y la carta estaba escrita de su puño y letra.

—Por el amor de Dios —murmuró—, este es otro de sus trucos.

Y añadió con nerviosismo:

—¿Y el equipaje?

—Su amigo se lo llevó.

—¿Y se lo dio?

—Por supuesto, nos autorizó a hacerlo en su carta.

—Por supuesto... por supuesto.

Salieron del hotel sin rumbo fijo recorriendo los Campos Elíseos, en silencio, a paso lento. Un bonito sol de otoño iluminaba la avenida. El aire era suave y agradable.

En la rotonda, Herlock encendió su pipa y siguió caminando. Wilson

exclamó:

—No te entiendo, Sholmes, qué tranquilo estás. Se burlan de ti, juegan contigo como un gato juega con un ratón... ¡y no dices ni una palabra!

Sholmes se detuvo y le dijo:

—Wilson, estoy pensando en tu tarjeta de visita.

—¿Y?

—Veamos. Estamos ante un hombre que, en previsión de un posible enfrentamiento con nosotros, ha obtenido muestras de tu escritura y de la mía, y lleva una de tus tarjetas preparada en su cartera. ¿Te das cuenta de lo que significan tanta precaución, perspicacia, método y organización?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, Wilson, que para enfrentarse a un enemigo tan bien preparado y tan bien equipado, y para derrotarlo, uno debe ser... Bueno, uno debe ser yo. Y, sin embargo, como has visto, Wilson, he perdido la primera ronda —agregó riéndose.

A las seis, el *Écho de France*, en su edición vespertina, publicó estas líneas:

Esta mañana, el señor Thenard, comisario de policía del distrito dieciséis, ha dejado en libertad al señor Herlock Sholmes y al señor Wilson, encerrados por Arsène Lupin en la residencia del fallecido barón de Hautrec, donde pasaron una noche excelente.

También desprovistos de sus maletas, presentaron una denuncia contra Arsène Lupin.

Arsène Lupin, quien, por el momento, solo les ha enseñado una pequeña lección, les ruega a estos caballeros que no lo obliguen a tomar medidas más drásticas.

—Bueno —dijo Herlock Sholmes, estrujando el periódico—, qué boberías. Ese es el único reproche que le hago a Lupin, es un poco demasiado infantil. La impresión de la galería le importa en gran medida. Tiene mucho de tunante.

—Entonces, Herlock, ¿seguimos igual de tranquilos?

—Seguimos igual de tranquilos —contestó Sholmes con un tono en el que retumbaba la ira más espantosa—. ¿De qué sirve alterarme? ¡Estoy muy seguro de que reiré el último!

4

LUZ EN LA OSCURIDAD

Por muy temperado que sea el carácter de alguien, y Sholmes es uno de esos hombres frente a quienes la desgracia tiene poco o nada de fuerza, hay circunstancias en las que incluso los más intrépidos sienten la necesidad de reunir todas sus fuerzas antes de enfrentarse de nuevo a las posibilidades de una batalla.

—Hoy me lo voy a tomar de vacaciones —dijo.

—¿Y yo?

—Tú, Wilson, irás a comprar ropa para reponer nuestro armario. Mientras tanto, voy a descansar.

—Descansa, Sholmes. Yo vigilo.

Wilson pronunció estas palabras con toda la importancia de un centinela de guardia en los puestos avanzados y, por lo tanto, expuesto a los peores peligros. Expandió el pecho. Sus músculos se estiraron. Con una mirada astuta, examinó el espacio de la pequeña habitación de hotel en la que habían establecido su morada.

—Vigila, Wilson. Aprovecharé esta oportunidad para preparar una línea de ataque más apropiada a los métodos del enemigo al que nos enfrentamos. Wilson, nos equivocamos con Lupin. Tenemos que volver a empezar desde el principio.

—E incluso antes de eso, si es posible. Pero ¿disponemos de tiempo suficiente?

—Nueve días, viejo camarada. Nos sobran cinco.

El inglés pasó toda la tarde fumando y durmiendo. No inició su nuevo plan de ataque hasta el día siguiente.

—Wilson, estoy listo, ahora vamos a caminar.

—Vamos —exclamó Wilson, lleno de ardor marcial—. Admito que siento un hormigueo en las piernas.

Sholmes llevó a cabo tres largas entrevistas: primero con el señor Detinan, cuyo apartamento estudió con todo detalle; con Suzanne Gerbois, a quien había enviado un telegrama para que acudiera a su encuentro y había interrogado sobre la dama rubia; finalmente, con la hermana Auguste, que se había retirado al convento de la Visitación desde el asesinato del barón de Hautrec.

Durante cada visita, Wilson esperaba afuera y al terminar

preguntaba:

—¿Satisfecho?

—Muy satisfecho.

—No me cabe duda de que vamos por el camino correcto. Vámonos.

Caminaron mucho. Visitaron las dos casas adyacentes a la del fallecido en la avenida Henri-Martin, luego fueron a la rue Clapeyron y, mientras examinaba la fachada del número 25, Sholmes habló:

—Es obvio que hay pasadizos secretos que conectan todas estas casas, pero hay algo que no entiendo...

Por primera vez, desde lo más profundo de su interior, Wilson dudó de la omnipotencia de su brillante colaborador. ¿Por qué hablaba tanto y hacía tan poco?

—¿Por qué? —exclamó Sholmes, respondiendo a los pensamientos más íntimos de Wilson—. Porque hay que trabajar en las tinieblas, al azar, y en lugar de extraer la verdad de hechos precisos, se debe extraer del propio cerebro y luego comprobar si se ajusta bien a los acontecimientos.

—Pero ¿qué hay de los pasajes secretos?

—¿Qué quieres que te diga? Incluso si supiera dónde están, si descubriera el que permitió a Lupin entrar en casa de su abogado, o el que siguió la dama rubia después del asesinato del barón de Hautrec, ¿habría avanzado algo? ¿Tendría entonces las armas necesarias para atacarlo?

—Vamos a atacarlo igual —exclamó Wilson.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando saltó hacia atrás con un grito alarmado. Algo había caído a sus pies; una bolsa medio llena de arena que podría haberles lastimado gravemente.

Sholmes miró hacia arriba, unos obreros estaban trabajando en un andamio colgado en el balcón del quinto piso.

—Qué suerte hemos tenido —exclamó—. Un paso más allá y estos torpes nos habrían dejado caer la pesada bolsa en la cabeza. Es como si...

Se interrumpió, luego, de repente, echó a correr hacia la casa, subió los cinco pisos, llamó, irrumpió en el apartamento para la gran sorpresa y alarma del mayordomo y salió al balcón. No había nadie.

—¿Y los obreros que estaban aquí? —le preguntó al mayordomo.

—Acaban de irse.

—¿Por dónde?

—Por la escalera de servicio.

Sholmes se asomó por la ventana. Vio a dos hombres saliendo de la casa, con sus bicicletas en la mano. Se subieron a ellas y desaparecieron.

—¿Cuánto tiempo llevan trabajando en este andamio?

—¿Esos? Solo desde esta mañana. Eran nuevos.

Sholmes se reunió con Wilson.

Juntos regresaron al hotel envueltos por una sensación de melancolía; este segundo día terminó en un triste silencio.

Al día siguiente, el mismo programa. Se sentaron en el mismo banco de la avenida Henri-Martin, para la gran desesperación de Wilson, a quien no le parecía nada divertido montar una guardia interminable vigilando las tres casas.

—¿Qué esperas, Sholmes? ¿Que Lupin salga de la casa?

—No.

—¿Que aparezca la dama rubia?

—No.

—¿Entonces?

—Entonces estoy esperando a que ocurra algo, por muy pequeño que sea, que me sirva como punto de partida.

—¿Y si no sucede?

—En este caso, algo sucederá en mí, una chispa que encenderá el fuego.

Solo un incidente bastante desagradable rompió la monotonía de la mañana.

Un caballero avanzaba por la avenida cuando su caballo se desvió y se chocó contra el banco donde estaban sentados, de modo que golpeó el hombro de Sholmes con la grupa.

—¡Ja! —bromeó—, un poco más y me habría roto el hombro.

El caballero se peleaba con el caballo. El inglés sacó su revólver y apuntó, pero Wilson lo agarró del brazo bruscamente.

—¡Estás loco, Herlock! ¿Qué vas a hacer? ¿Matar al hombre?

—Suéltame, Wilson. Suéltame.

Se enzarzaron en una lucha durante la cual el caballero dominó al caballo y lo azuzó.

—Ahora, puedes disparar —dijo Wilson, triunfalmente, cuando el jinete estaba a cierta distancia.

—Pero, qué idiota. ¿No entiendes que era cómplice de Arsène Lupin?

Sholmes estaba temblando de rabia. Wilson, lastimoso, balbuceó:

—¿Qué dices? ¿Ese hombre?

—Cómplice de Lupin, como los trabajadores que nos tiraron la bolsa a la cabeza.

—No me lo puedo creer.

—Aunque no te lo creas, solo había una manera de probarlo.

—¿Matando a ese caballero?

—No, matando a su caballo, simplemente. De no ser por ti, tendría a uno de los cómplices de Lupin. ¿Entiendes la estupidez de tus actos?

Pasaron una tarde sombría durante la que no se dirigieron ni una palabra.

A las cinco, mientras paseaban arriba y abajo por la rue Clapeyron, con cuidado de mantenerse alejados de las casas, tres jóvenes trabajadores que pasaban por la calle cantando, cogidos del brazo, chocaron con ellos al no querer separarse para seguir su camino. Sholmes, que estaba de mal humor, se enfrentó a ellos. Sholmes se colocó en posición de boxeador, lanzó un puñetazo al pecho, otro golpe a la cara, y así sometió a dos de sus adversarios que, sin insistir más, se marcharon junto a su compañero.

—¡Ah! —exclamó—, qué bien me ha sentado. Tenía los nervios de punta. Muy buen trabajo.

Pero al ver a Wilson apoyado contra la pared, le preguntó:

—¿Qué te pasa, viejo camarada? Estás pálido.

El viejo camarada le enseñó el brazo que le colgaba inerte y balbuceó:

—No sé lo que me pasa, me duele el brazo.

—¿Te duele el brazo? ¿En serio?

—Sí, el brazo derecho.

A pesar de sus esfuerzos, no consiguió levantar el brazo. Herlock le tocó suavemente primero, luego con más intensidad «para comprobar el grado exacto de dolor», según le dijo. El grado exacto de dolor era tal que se preocupó y tuvo que llevarlo a una farmacia cercana donde Wilson casi se desmaya.

El farmacéutico y sus ayudantes se apresuraron a ayudarlo. Descubrieron que tenía el brazo roto y que debía ir inmediatamente al hospital a que lo examinara un cirujano. Mientras esperaba, desvistieron al paciente quien, presa del dolor, no podía dejar de gritar.

—Muy bien, muy bien, perfecto —dijo Sholmes, a quien le habían encargado sujetarle el brazo—. Un poco de paciencia, mi viejo camarada. En cinco o seis semanas estarás bien de nuevo. Pero me las pagarán esos bribones. Ya lo verás. Especialmente él, Lupin, porque esto es cosa suya... No tengo ninguna duda. Te juro que si alguna vez...

Se interrumpió abruptamente y dejó caer el brazo, causando a Wilson tal explosión de dolor que el pobre desgraciado se desmayó de nuevo. Sholmes se dio una palmada en la frente y dijo:

—Wilson, tengo una idea. ¿No será posible que...?

No se movió, tenía la mirada fija, y luego susurró poco a poco la frase:

—Claro, eso es. Todo se explicaría así. Estamos buscando lejos lo que tenemos tan cerca. Madre mía, ya sabía yo que lo único que necesitábamos era pensar. ¡Oh, mi querido Wilson! Esto te va a encantar.

Dejó súbitamente a su viejo amigo, salió a la calle de un salto y corrió hacia el número 25.

En una de las piedras, en la parte superior derecha de la puerta, leyó esta inscripción:

«Destange, arquitecto, 1875».

En el número 23, la misma inscripción.

De momento, no había nada inusual en aquello. Pero ¿qué leería en la avenida Henri-Martin?

Pasó un coche.

—Cochero, a la avenida Henri-Martin, 134, al galope.

De pie en el carruaje, animó al caballo y ofreció algunos incentivos al chófer.

—¡Vamos, más rápido! ¡Más rápido!

Qué gran ansiedad sintió al llegar a la esquina de la rue de la Pompe. ¿Había descubierto por fin parte de la verdad?

En una de las piedras de la casa del difunto barón leyó las palabras: «Destange, arquitecto, 1874».

En los edificios vecinos, la misma inscripción: «Destange, arquitecto, 1874».

El impacto de las emociones que aquello le despertó fue tal que se derrumbó en el coche durante unos minutos, temblando de alegría. ¡Por fin, un pequeño rayo de luz se abría paso en la oscuridad!

En el vasto bosque sombrío en el que se entrecruzaban mil caminos, había descubierto la primera pista del sendero seguido por el enemigo.

Entró en una oficina de correos y pidió que le comunicaran por teléfono con el castillo de Crozon. La condesa respondió a la llamada.

—¿Hola? ¿Es usted, señora?

—Señor Sholmes, ¿verdad? ¿Va todo bien?

—Muy bien, pero el tiempo apremia. Por favor, dígame simplemente una cosa.

—Lo escucho.

—¿Cuándo se construyó el castillo de Crozon?

—Se quemó hace treinta años y tuvieron que reconstruirlo.

—¿Quién lo reconstruyó? ¿En qué año?

—Hay una inscripción en la parte delantera de la casa que dice: «Lucien Destange, arquitecto, 1877».

—Gracias, señora, eso es todo. Adiós.

Se marchó, murmurando:

—Destange, Lucien Destange... Ese nombre no me resulta desconocido.

Vio una sala de lectura pública, entró, consultó un diccionario de biografía moderna y copió la entrada dedicada a Lucien Destange, nacido en 1840, Gran Premio de Roma, oficial de la Legión de Honor, autor de varios libros valiosos sobre arquitectura, etc.

Luego, volvió a la farmacia y desde allí se dirigió al hospital al que habían llevado a Wilson. En su cama de tortura, con el brazo atrapado

en una férula y temblando de fiebre, el viejo camarada divagaba:

—¡Victoria, victoria! —gritó Sholmes—. He encontrado un extremo del hilo.

—¿Qué hilo?

—El que hay que desenmarañar para llegar a la victoria. A partir de ahora caminaré sobre terreno firme siguiendo huellas, pistas...

—¿Ceniza de cigarrillos? —preguntó Wilson, reanimado por la curiosidad.

—¡Y muchas otras cosas! Piénsalo, Wilson. He encontrado el misterioso vínculo entre las diferentes aventuras de la dama rubia. ¿Por qué eligió Lupin las tres casas donde se desarrollaron estas tres aventuras?

—Sí, ¿por qué?

—Porque estas tres casas, Wilson, fueron construidas por el mismo arquitecto. ¿Crees que fue fácil de adivinar? Por supuesto, pero ¿quién lo habría pensado?

—Nadie excepto tú.

—Excepto yo, que ahora sé que el mismo arquitecto, al combinar planos similares, ha hecho posible la ejecución de tres golpes distintos, aparentemente milagrosos, pero que en realidad son simples y fáciles.

—¡Qué alegría!

—Y ya era hora, viejo camarada, estaba empezando a perder la paciencia. Ya estamos en el cuarto día.

—De diez.

—Cómo pasa el tiempo.

No paraba quieto, estaba emocionado y más alegre de lo habitual.

—No, pero cuando pienso que estos bribones podrían haberme atacado en la calle y haberme roto el brazo como te hicieron a ti. ¿Qué te parece, Wilson?

Wilson se estremeció ante aquella horrible idea.

Sholmes continuó:

—Debemos sacar provecho de esta lección. Wilson, nuestro gran error fue luchar contra Lupin a cara descubierta y dejarnos expuestos a sus ataques. No ha sido todo malo, ya que solo se las arregló para llegar a ti...

—Y he acabado con un brazo roto —gimió Wilson.

—Podrían haber sido los dos. Pero basta de fanfarronadas. A plena luz del día y vigilado, estoy derrotado. En las sombras y con libertad de movimientos, tengo ventaja sin importar cuáles son las fuerzas del enemigo.

—Ganimard podría ayudarte.

—Nunca. El día en el que pueda decir «Ahí está Arsène Lupin, aquí es donde se aloja y así es cómo atraparlo», iré a ver a Ganimard y lo mandaré a una de las dos direcciones: su residencia en la rue

Pergolèse, o la taberna suiza, en la plaza Châtelet. Pero hasta entonces, trabajaré solo.

Se acercó a la cama, puso la mano sobre el hombro de Wilson, sobre el hombro enfermo naturalmente, y le dijo con gran afecto:

—Cuídate, mi viejo camarada. A partir de ahora, tu papel consiste en mantener ocupados a los dos o tres hombres de Arsène Lupin que esperarán en vano que vuelva a preguntar por tu salud para encontrar mi rastro. Confío en ti para esta misión.

—Gracias por confiar en mí —contestó Wilson—. Haré todo lo posible para cumplir con mi cometido concienzudamente. Entonces, ¿ya no vas a volver?

—¿Para qué? —preguntó con frialdad Sholmes.

—Claro, claro. Voy avanzando lo mejor que puedo. Pero hazme un último favor, Herlock. ¿Puedes darme de beber?

—¿De beber?

—Sí, tengo sed, y con la fiebre...

—¡Pues claro! En seguida.

Toqueteó dos o tres botellas, vio un paquete de tabaco, se encendió la pipa y, de repente, como si no hubiera escuchado la petición de su amigo, se marchó mientras su viejo camarada rogaba por un vaso de agua.

—¡El señor Destange!

El criado miró de la cabeza a los pies al individuo a quien acababa de abrir la puerta de la casa, el magnífico edificio que hace esquina en la plaza Malesherbes y la rue Montchanin. A la vista de aquel pequeño hombre de pelo gris, mal afeitado, y cuyo abrigo largo de color negro y de dudosa limpieza encajaba con las extravagancias de un cuerpo que la naturaleza había deshonrado singularmente, le respondió con el desdén apropiado a la situación:

—El señor Destange puede estar o no estar. Depende. ¿El señor tiene su tarjeta?

El señor no tenía su tarjeta, pero tenía una carta de presentación, y el criado tuvo que mostrársela al señor Destange, quien dio la orden de que le llevara al recién llegado.

Le acompañó a una enorme sala circular que ocupaba una de las alas del edificio y cuyas paredes estaban forradas de libros. El arquitecto le dijo:

—¿Es usted el señor Stickmann?

—Sí, señor.

—Mi secretario me ha avisado de que está enfermo y le envía para continuar con el catálogo general de libros que comenzó bajo mi dirección, y especialmente el catálogo de libros alemanes. ¿Está familiarizado con este tipo de trabajo?

—Sí, señor, muy familiarizado —contestó Stickmann con un fuerte acento alemán.

Alcanzaron un acuerdo rápidamente y el señor Destange, sin más demora, comenzó a trabajar con su nuevo secretario.

Herlock Sholmes había conseguido acceder a la casa.

Para escapar de la vigilancia de Lupin y entrar en la vivienda que habitaban Lucien Destange y su hija Clotilde, el ilustre detective había tenido que sumergirse en lo desconocido, recurrir a estratagemas, congraciarse al favor y la confianza de una multitud de personajes escondido tras los nombres más variopintos; en resumen, vivir durante cuarenta y ocho horas una vida de lo más complicada.

Había recopilado la siguiente información: Destange, que se había apartado de sus negocios debido a su mala salud y ganas de descansar, vivía entre los muchos libros sobre arquitectura que había acumulado. No le interesaba ningún otro placer más allá de la contemplación y el manejo de aquellos viejos volúmenes polvorientos.

En cuanto a su hija Clotilde, se la consideraba una persona excéntrica. Estaba siempre encerrada, como su padre, pero en otra parte de la casa, de la que nunca salía.

«Todo esto», se dijo mientras anotaba los títulos de los libros que le dictaba el señor Destange, «no es en absoluto nada decisivo, pero es un buen paso adelante. Es posible incluso que no descubra la solución a ninguno de estos emocionantes problemas: ¿Destange es socio de Arsène Lupin? ¿Todavía se ven? ¿Hay algún documento relacionado con la construcción de los tres edificios? ¿Acaso no podré descubrir gracias a dichos documentos la dirección de otros edificios similarmente amañados que Lupin se habría reservado para él y su banda?».

¡Destange, cómplice de Arsène Lupin! Este venerable hombre, un oficial de la Legión de Honor, trabajando mano a mano con un ladrón; la hipótesis era absurda. Además, aunque admitiera dicha complicidad, ¿cómo podría haber previsto Destange treinta años antes los golpes de Arsène Lupin cuando no era más que un bebé?

¡No importa! El inglés era implacable. Con su estilo prodigioso, y ese instinto que nunca le fallaba, sintió que estaba inmerso en lo más profundo de un extraño misterio. Había tenido esa impresión desde que entró por primera vez en la casa y, sin embargo, no era capaz de definir los motivos en los que basaba sus sospechas.

En la mañana del segundo día aún no había descubierto nada interesante. A las dos, vio por primera vez a Clotilde Destange, que vino a buscar un libro de la biblioteca. Era una mujer de unos treinta años, morena, de movimientos lentos y silenciosos, y cuyo rostro mantenía esta expresión de indiferencia que es característica de las personas que viven una vida aislada. Intercambió algunas palabras con

Destange, y se retiró sin siquiera haber mirado a Sholmes.

La tarde se arrastró, monótona. A las cinco, Destange anunció que iba a salir. Sholmes se quedó solo en la galería circular que se había construido con vistas a la rotonda. Poco a poco iba oscureciendo. Se dispuso a marcharse él también cuando oyó un ligero sonido y, al mismo tiempo, sintió que había alguien en la habitación. Pasaron largos minutos y de repente se estremeció: una sombra emergió de la penumbra, cerca de él, en el balcón. ¿Era posible? ¿Cuánto tiempo llevaba allí aquel misterioso visitante? ¿Y por dónde había venido?

El hombre bajó por las escaleras y se dirigió hacia un gran armario de roble. Sholmes observaba escondido detrás de las telas que colgaban junto a la rampa de la galería, de rodillas, y vio al hombre que rebuscaba entre los papeles que había en el armario. ¿Qué estaba buscando?

De pronto, se abrió la puerta y la señorita Destange entró con energía, diciéndole a alguien que la seguía:

—¿Así que has decidido no salir, padre? En ese caso, voy a encender... Un momento, no te muevas...

El hombre extraño cerró el armario y se escondió tras el marco de un ventanal; se cubrió con las cortinas. ¿Cómo era posible que la señorita Destange no lo hubiera visto? ¿No lo había oído? Con total tranquilidad, encendió las luces y dejó pasar a su padre. Se sentaron el uno al lado del otro. Cogió un volumen que había traído y comenzó a leer.

—¿Tu secretario se ha marchado ya? —dijo un momento después.

—No. Es que...

—¿Todavía estás contento? —continuó, como si no estuviera al tanto de la enfermedad del secretario y de que había sido sustituido por Stickmann.

—Sí, sí.

La cabeza de Destange se balanceaba ligeramente de un lado al otro. Se había quedado dormido.

La muchacha estaba leyendo. Transcurrió un momento y una de las cortinas de la ventana se apartó a un lado; el hombre se deslizó a lo largo de la pared hacia la puerta, un movimiento que lo obligó a pasar por detrás de Destange, pero frente a Clotilde, de tal manera que Sholmes pudo verlo claramente. Era Arsène Lupin.

El inglés se estremeció de alegría. Sus cálculos eran correctos, se había adentrado en el corazón mismo de aquel misterioso asunto y Lupin estaba en el lugar previsto.

Sin embargo, Clotilde no se movió, aunque resultaba bastante improbable que no se hubiera percatado de los movimientos del intruso. Lupin casi había llegado a la puerta y había estirado el brazo hacia el pomo cuando rozó una mesa pequeña con el abrigo y un

objeto cayó. Destange se despertó sobresaltado. Arsène Lupin se colocó delante de él, sombrero en mano, sonriendo.

—Maxime Bermond —exclamó Destange con alegría—, mi querido Maxime. ¿Qué te trae por aquí?

—El deseo de verte, también a la señorita Destange.

—¿Así que ya has vuelto del viaje?

—Ayer.

—¿Y te quedarás a cenar?

—No, voy a cenar a un restaurante con unos amigos.

—Entonces, ¿mañana? Clotilde insiste en que vengas mañana. Ah, mi querido Maxime. He estado pensando en ti estos días.

—¿De verdad?

—Sí, he estado guardando mis viejos papeles en el armario y he encontrado nuestra última cuenta.

—¿Qué cuenta?

—La de la avenida Henri-Martin.

—¿Cómo? ¿Guardaste esos papeles? ¿Para qué?

Luego, los tres salieron de la sala y continuaron su conversación en un pequeño salón que daba a la rotonda a través de un gran ventanal.

«¿Es Lupin?», se dijo Sholmes, invadido de repente por la sombra de la duda.

Sí, obviamente, era él, pero también era otro hombre que se parecía a Arsène Lupin en ciertos aspectos, y, sin embargo, mantenía su propia individualidad, sus rasgos personales, su mirada, su color de pelo...

Trajeado, con corbata blanca y una camisa que le contorneaba el pecho, hablaba con ligereza contando historias que hacían reír a Destange y dibujaban sonrisas en los labios de Clotilde. Esas sonrisas parecía ser la recompensa que buscaba Arsène Lupin, que se mostraba encantado de conseguir su objetivo. La reacción de la muchacha le hizo redoblar su ingenio y su alegría y el rostro de Clotilde, ante el sonido de aquella voz feliz y clara, se iluminó y perdió esa expresión fría que le daba un aspecto poco amable.

«Se quieren», pensó Sholmes, «pero ¿qué demonios puede haber en común entre Clotilde Destange y Maxime Bermond? ¿Sabe que Maxime es Arsène Lupin?».

Estuvo escuchando con ansia hasta las siete, sacando provecho incluso de las palabras más insignificantes. Luego, con infinitas precauciones, descendió y cruzó al lado de la habitación donde no era probable que lo vieran desde el salón.

Fuera, Sholmes se aseguró de que no hubiera ningún coche ni carruaje esperando y se marchó cojeando por el bulevar Malesherbes. Al llegar a una calle adyacente, se puso el abrigo que había cargado en el brazo, alteró la forma de su sombrero, se enderezó y, así transformado, regresó al lugar que había elegido para esperar, con los

ojos fijos en la puerta de la residencia Destange.

Arsène Lupin salió prácticamente en ese momento y se dirigió hacia el centro de París por rue de Constantinople y rue de Londres. A cien pasos detrás de él caminaba Herlock.

¡Deliciosos minutos para el inglés! Olfateaba el aire con avidez, como un buen perro sabueso que huele un rastro fresco. Le parecía tremendamente encantador seguir así a su adversario. Ya no era él quien estaba siendo vigilado, sino Arsène Lupin, el invisible Arsène Lupin. Lo sujetaba con su mirada, por así decirlo, como si lo tuviera atado por lazos que no podían romperse y disfrutaba mirando a su presa, que le pertenecía, entre los transeúntes.

Pero pronto observó una circunstancia extraña en el espacio entre él y Arsène Lupin; se dio cuenta de que varias personas se movían en la misma dirección, en particular dos hombres corpulentos con sombreros redondos en la acera izquierda, otros dos en la acera derecha con gorras y cigarrillos en los labios.

Tal vez era una simple coincidencia, pero Sholmes se sorprendió todavía más al observar que los cuatro hombres se detuvieron cuando Lupin entró en una tienda de tabaco; y más aún cuando se marcharon al mismo tiempo que él, pero por separado, cada uno por su lado de la calle en Chaussée d'Antin.

«Maldición», pensó Sholmes, «lo están siguiendo».

La idea de que otros seguían los pasos de Arsène Lupin, que otros disfrutarían no de la gloria, ya que eso no le preocupaba, sino del inmenso placer, del afán de reducir, solo, al enemigo más formidable que jamás había conocido, lo exasperó. Sin embargo, era imposible equivocarse, los hombres tenían ese aire distante y demasiado natural de aquellos que quieren pasar desapercibidos al ajustar su ritmo al de otra persona.

—¿Sabe Ganimard más de lo que dice? —susurró Sholmes—. ¿Está jugando conmigo?

Le dieron ganas de abordar a una de las cuatro personas con el fin de hablar con él, pero a medida que se acercaba al bulevar, la multitud se iba volviendo más densa y temía perder de vista a Lupin. Así que apretó el ritmo. Llegó justo a tiempo para ver a Lupin subir los escalones del restaurante húngaro en la esquina de la rue Helder. La puerta del restaurante estaba abierta de tal manera que Sholmes, sentado en un banco al otro lado del bulevar, lo vio sentarse a una mesa lujosamente servida, decorada con flores, y en la que ya había tres caballeros trajeados y dos damas de gran elegancia, que le dieron la bienvenida con gran simpatía.

Herlock buscó a los cuatro individuos y los percibió entre una multitud de personas que escuchaban a una orquesta gitana que tocaba en un café vecino. Curiosamente, no parecían prestar atención

a Arsène Lupin, sino más bien a la gente que lo rodeaba.

De repente, uno de ellos sacó un cigarrillo de su bolsillo y se acercó a un caballero con un sombrero alto y rojo. El caballero mostró su cigarro y a Sholmes le dio la impresión de que hablaron incluso más de lo necesario para encender un pitillo. Finalmente, el caballero subió los escalones de la entrada y echó un vistazo al restaurante. Cuando vio a Lupin, se acercó y habló un momento con él, luego tomó asiento en una mesa contigua. Sholmes reconoció a este caballero, que no era otro que el jinete de la avenida Henri-Martin.

Entonces lo entendió todo. No solo no estaban siguiendo a Arsène Lupin, sino que estos hombres formaban parte de su banda. Velaban por su seguridad. Eran sus guardaespaldas, sus satélites, su atenta escolta. Dondequiera que el peligro amenazara a Lupin, sus cómplices estaban allí, listos para advertirle, para defenderlo. Los cuatro hombres eran sus cómplices. El caballero del abrigo era su cómplice.

El inglés se estremeció. ¿Alguna vez lograría capturar a aquel individuo inaccesible? ¡Qué poder ilimitado poseía tal organización, dirigida por alguien como él!

Rasgó una hoja de su cuaderno, escribió a lápiz algunas líneas, la metió en un sobre y le dijo a un muchacho de unos quince años que estaba sentado en el banco junto a él:

—Toma, muchacho; coge un coche y llévale esta carta al cajero de la taberna suiza, plaza Châtelet. Y rápido.

Le dio una moneda de cinco francos. El chico desapareció.

Pasó una media hora. La multitud había aumentado y Sholmes solo podía distinguir ocasionalmente a los acólitos de Lupin. Entonces alguien se le acercó y le susurró al oído:

—Bueno, ¿qué pasa, Sholmes?

—¿Eres tú, Ganimard?

—Sí, recibí tu nota en la taberna. ¿Qué pasa?

—Está ahí.

—¿Qué dices?

—Ahí, en el restaurante. Si te inclinas a la derecha, ¿lo ves?

—No.

—Le está sirviendo champán a la dama.

—Pero ese no es él.

—Es él.

—Pero te digo que... Ah, sin embargo... Sí que podría ser. Ay, el sinvergüenza, cómo se le parece —murmuró Ganimard ingenuamente—. ¿Y los demás, son cómplices?

—No, la mujer de su lado es lady Cliveden, la otra es la duquesa de Cleath, y, delante de él, el embajador de España en Londres.

Ganimard dio un paso adelante. Herlock lo retuvo.

—¡Qué imprudencia! Estás solo.

—Él también.

—No, tiene hombres en el bulevar que están vigilando. Eso sin contar con ese caballero dentro del restaurante.

—Y yo tendré a todo el restaurante y a todos los camareros de mi lado cuando coja a Arsène Lupin del cuello y anuncie su nombre.

—Prefiero contar con la ayuda de unos cuantos agentes.

—Así solo conseguirás advertir a los amigos de Arsène Lupin, Sholmes. No tenemos otra opción.

Tenía razón; Sholmes lo sabía. Era mejor aprovechar la oportunidad que les brindaban aquellas circunstancias excepcionales.

Simplemente le dio este consejo a Ganimard:

—Oculta tu identidad el mayor tiempo posible.

Y él mismo se deslizó detrás de un quiosco sin perder de vista a Arsène Lupin que, en el restaurante, se inclinó hacia la mujer de su lado, charlando y sonriendo.

El inspector cruzó la calle con las manos en los bolsillos, como un hombre que camina decidido. Pero cuando llegó a la acera opuesta, giró rápidamente y subió los escalones del restaurante de un salto.

Se escuchó un silbido estridente. Ganimard chocó contra el *maître* del restaurante que de repente se había plantado en la puerta y lo rechazó con indignación, como lo habría hecho con un intruso cuya presencia sería la vergüenza del restaurante. Ganimard se tambaleó. En ese mismo momento salió el caballero del abrigo. Se puso de parte del inspector y discutió violentamente con el *maître* del restaurante, ambos aferrándose a Ganimard; uno lo sostenía, el otro lo empujaba, de tal manera que, a pesar de todos sus esfuerzos, a pesar de sus furiosas protestas, el desafortunado fue expulsado a la calle.

En seguida los rodeó una multitud. Dos policías, atraídos por el ruido, trataron de dispersar a la muchedumbre, pero encontraron una resistencia misteriosa y no fueron capaces de avanzar entre los hombros que los presionaban y las espaldas que les bloqueaban el camino.

Pero, de súbito, como por arte de magia, la multitud se dispersó. El *maître* del restaurante, reconociendo su error, se disculpó profusamente, el caballero del abrigo cesó en sus esfuerzos de defender al detective, la multitud se marchó, los agentes se alejaron, Ganimard se apresuró a la mesa a la que los seis invitados estaban sentados. Solo había cinco. Miró a su alrededor, no había más salida que la puerta principal.

—La persona que estaba sentada aquí —gritó a los cinco invitados, que lo miraban atónitos—. Sí, erais seis. ¿Dónde está la sexta persona?

—¿Destro?

—¡No, Arsène Lupin!

Un camarero se acercó y dijo:

—Ese caballero acaba de subir al entresuelo.

Ganimard se apresuró.

En el entresuelo había varios comedores y una escalera privados que conducía al bulevar.

—No sirve de nada buscarlo ahora —murmuró Ganimard—. Estará ya lejos.

Pero no estaba muy lejos, a doscientos metros como mucho, en el ómnibus Madeleine-Bastille que avanzaba tranquilamente al trote de sus tres caballos; cruzó la plaza de Opéra y se dirigió al bulevar Capucines. Dos tipos robustos estaban charlando en la plataforma.

En el piso de arriba, un anciano dormitaba; era Herlock Sholmes.

Con la cabeza inclinada y mecida por el movimiento del vehículo, el inglés murmuraba:

—Si mi valiente camarada Wilson me viera, estaría orgulloso de su colaborador. Era fácil prever que el juego estaba perdido en cuanto el hombre silbó y que no se podía hacer nada más excepto vigilar las salidas para que nuestro hombre no escapara. Ciertamente, Lupin hace que la vida sea emocionante e interesante.

En la terminal, Herlock, agachado, vio a Arsène Lupin pasar por delante de sus guardaespaldas y le oyó decir: «A la Étoile».

«A la Étoile, perfecto, tenemos una cita. Allí estaré. Vamos a dejar que se suba a ese coche y seguiremos a los dos compañeros».

Los dos compañeros se fueron a pie, llegaron a la Étoile y llamaron a la puerta de una casa estrecha en el número 40 de la rue Chalgrin. En la esquina de aquella pequeña calle desierta, Sholmes pudo esconderse en la oscuridad de un recoveco.

Se abrió una de las dos ventanas de la planta baja y un hombre con sombrero redondo cerró las persianas. El travesaño se iluminó por encima de los paneles.

Pasados diez minutos, llegó un caballero a la misma puerta seguido inmediatamente de otro individuo. Por último, se detuvo un coche del que Sholmes vio salir a dos personas: Arsène Lupin y una dama envuelta en un abrigo y un velo grueso.

«La dama rubia, sin duda», se dijo Sholmes, mientras el taxi se alejaba.

Dejó pasar un momento, se acercó a la casa, se encaramó al alféizar de la ventana y, poniéndose de puntillas, pudo echar un vistazo a la habitación a través del hueco que quedaba por encima de las persianas.

Arsène Lupin, apoyado en la chimenea, hablaba animado. Los otros estaban agrupados a su alrededor, escuchándolo atentamente. Entre ellos, Sholmes reconoció al caballero de la capa y creyó reconocer también al *maître* del restaurante. En cuanto a la dama rubia, estaba sentada en una butaca de espaldas a la ventana.

«Es una especie de consejo», pensó. «Están preocupados por los acontecimientos de esta noche y sienten la necesidad de deliberar. ¡Arréstalos a todos de una vez!».

Uno de los cómplices avanzó hacia la puerta, así que el detective se tiró al suelo y se sumergió en las sombras. El caballero de la capa y el *maître* del hotel salieron de la casa. En cuanto se encendieron las luces del primer piso, alguien cerró las persianas. Después, se hizo la oscuridad en el piso de arriba y en el de abajo.

«Él y ella se han quedado en la planta baja», se dijo Herlock. «Los dos cómplices viven en el primer piso».

Esperó durante parte de la noche sin moverse, temiendo que Arsène Lupin se marchara durante su ausencia. A las cuatro, al ver a dos policías al otro extremo de la calle, se acercó a ellos, les explicó la situación y les encomendó que vigilaran la casa.

Luego, fue a casa de Ganimard en la rue Pergolèse y lo despertó.

—Todavía lo tengo.

—¿A Arsène Lupin?

—Sí.

—Si lo tienes igual que antes, mejor me vuelvo a la cama. Venga, vamos a la comisaría.

Se dirigieron a la rue Mesnil y, desde allí, a la casa del comisario Decointre. Luego, acompañados por media docena de agentes, regresaron a la rue Chalgrin.

—¿Alguna novedad? —preguntó Sholmes a los dos agentes.

—Nada.

El día comenzaba a clarear cuando, después de tomar las medidas necesarias para evitar la fuga, el comisario llamó y fue a interrogar a la conserje. Asustada por la invasión y temblando, la mujer respondió que no había inquilinos en la planta baja.

—¡Cómo que no hay ningún inquilino! —exclamó Ganimard.

—No; pero en el primer piso hay dos hombres llamados Leroux. Han amueblado el apartamento en la planta baja para sus familiares que viven en las provincias.

—¿Un caballero y una dama?

—Sí.

—¿Que vinieron con ellos anoche?

—Tal vez. Estaba dormida. Pero no lo creo, porque la llave está aquí, no me la pidieron.

Cogieron la llave y el comisario abrió la puerta del otro lado del vestíbulo. La planta baja constaba solo de dos habitaciones que estaban vacías.

—¡No es posible! —exclamó Sholmes—. Los vi a los dos.

El comisario se burló.

—No tengo ninguna duda, pero ya no están.

—Vamos a subir al primer piso. Deben estar allí.

—El primer piso está ocupado por los caballeros Leroux.

—Los interrogaremos.

Subieron por las escaleras y el comisario llamó. Al segundo golpe, un individuo, que era uno de los guardaespaldas, apareció en mangas de camisa, con aspecto furioso.

—¿Qué está pasando? ¿A qué viene todo esto? Hay gente durmiendo.

Pero de repente se interrumpió, confundido:

—¡Dios me perdone! No me lo puedo creer. ¿Acaso estoy soñando? ¡Decointre! ¡Y también Ganimard! ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Esta declaración fue recibida entre carcajadas. Ganimard se rio con un ataque incontrolable que le hizo doblarse por la mitad, con la cara roja.

—Tú eres Leroux —tartamudeó—. Qué gracia. Leroux, el cómplice de Arsène Lupin... Me muero. Y tu hermano, ¿dónde está?

—Edmond, ¿dónde estás? Tenemos visita de Ganimard.

Apareció otro hombre y su presencia redobló la alegría de Ganimard.

—¿Cómo es posible? ¡No tenía ni idea! Amigos míos, estáis en un buen lío. ¡Quién lo hubiera dicho! Afortunadamente, el viejo Ganimard está aquí para supervisarlo todo y, además, tiene amigos que lo ayudan. ¡Amigos que vienen de lejos!

Se giró hacia Sholmes y los presentó:

—Victor Leroux, inspector de la Sûreté, uno de los mejores de la brigada de hierro. Edmond Leroux, secretario jefe del servicio antropométrico.

5

UN SECUESTRO

Herlock Sholmes no dijo nada. ¿Cómo iba a protestar? ¿O acusar a los dos hombres? Era inútil. A falta de las pruebas que no poseía y sin tiempo para buscarlas, nadie le creería.

Crispado, con los puños apretados, solo pensaba en no mostrar su rabia y su decepción ante un Ganimard triunfal. Saludó respetuosamente a los hermanos Leroux, agentes del orden, y se retiró.

En el vestíbulo, se dirigió hacia una puerta baja que parecía la entrada a un sótano y recogió una pequeña piedra roja: era un granate.

Ya en la calle, se volvió y leyó cerca del número 40 de la casa esta inscripción: «Lucien Destange, arquitecto, 1877».

La misma inscripción en el número 42.

«Siempre la salida doble», pensó. «El 40 y el 42 están comunicados. ¿Por qué no caí en eso? Debería haberme quedado con los agentes anoche».

Les preguntó a los hombres:

—Dos personas salieron por esta puerta durante mi ausencia, ¿verdad?

Señaló a la puerta de la casa vecina.

—Sí, un caballero y una dama.

Cogió al inspector jefe del brazo y lo arrastró.

—Ganimard, has pasado un buen rato de risas y sin duda me perdonarás por los problemas que he causado.

—No hay nada que perdonar.

—¿No? Muy bien. Pero los mejores chistes tienen una vida corta y creo que esta ha llegado a su fin.

—Estoy de acuerdo.

—Estamos en el séptimo día y dentro de tres más es esencial que esté en Londres.

—¡Oh!

—Y allí estaré. Por favor, te ruego que estés preparado la noche del martes al miércoles.

—¿Para una excursión similar? —preguntó Ganimard, burlón.

—Sí, señor, del mismo tipo.

—¿Y cómo terminará?

—Con el arresto de Lupin.

—¿Eso crees?

—Lo juro por mi honor.

Sholmes se despidió y fue a descansar al hotel más cercano. Después, refrescado y con una confianza renovada en sí mismo, regresó a la rue Chalgrin, le deslizó dos monedas a la conserje, se aseguró de que los hermanos Leroux habían salido, descubrió que la casa pertenecía a un tal señor Harmingeat, y, provisto de una vela, bajó al sótano por la pequeña puerta junto a la que había recogido el granate.

Al final de las escaleras recogió otro igual.

«No me equivoqué», pensó. «Se comunican por aquí. Vamos a ver si mi llave maestra abre el sótano reservado para el inquilino de la planta baja. Sí, perfecto. Voy a echar un vistazo a estos casilleros de vino. ¡Oh! Hay algunos en los que se ha limpiado el polvo... Y huellas en el suelo».

Un ruido débil le hizo pararse a prestar atención y escuchar. Rápidamente, cerró la puerta, sopló la vela y se escondió detrás de una pila de cajas vacías. Unos segundos más tarde, observó que uno de los casilleros de hierro estaba girando lentamente arrastrando con él todo el pedazo de pared al que estaba unido. Se proyectó el resplandor de una linterna y apareció un brazo. Entró un hombre.

Caminaba doblado por la cintura, como si estuviera buscando algo. Palpaba el polvo con las yemas de los dedos y varias veces se levantó y tiró algo en una caja de cartón que sostenía con la mano izquierda. Luego, borró las huellas de sus pasos, así como las dejadas por Lupin y la dama rubia, y se acercó al casillero.

Lanzó un grito y cayó al suelo. Sholmes había saltado sobre él. El enfrentamiento duró cuestión de un segundo y, de la manera más simple del mundo, el hombre estaba tumbado en el suelo, con los tobillos atados y las muñecas esposadas.

El inglés se inclinó sobre él.

—¿Tienes algo que decir? ¿Me vas a contar lo que sabes?

El hombre respondió con una sonrisa tan irónica que Sholmes entendió la futilidad de su pregunta.

Así que se contentó con examinar los bolsillos del prisionero, pero solo encontró un montón de llaves, un pañuelo y la pequeña caja de cartón que el individuo había usado y que contenía una docena de granates similares a los que Sholmes había recogido. Un botín nada interesante.

Entonces, ¿qué iba a hacer con este hombre? ¿Esperar a que sus amigos vinieran a su rescate y entregarlos a la policía? ¿Para qué? ¿Qué ventaja le daría aquello contra Lupin?

Vaciló, pero al examinar la caja se decidió. Llevaba esta dirección: *Léonard, joyero, rue de la Paix*. Decidió dejar al hombre. Empujó el casillero, cerró el sótano y salió de la casa. Desde una oficina de correos, advirtió a Destange mediante un telegrama diciendo que iría al día siguiente. Luego, fue al joyero, a quien presentó los granates.

—La señora me envía por estas piedras. Se cayeron de una pieza que compró aquí.

Sholmes había dado en el clavo. El joyero respondió:

—Sí, la señora me llamó. Dijo que se pasaría ella.

A las cinco, Sholmes, apostado en la acera de enfrente, vio entrar en la joyería a una señora envuelta en un grueso velo con aspecto sospechoso. A través de la ventana pudo verla colocar sobre el mostrador una antigua joya adornada con granates.

La mujer se marchó casi de inmediato, hizo unos recados, subió por el lado de Clichy y caminó por calles que el inglés no conocía. El día iba oscureciendo. Siguiéndola de cerca y sin que la conserje lo advirtiera, entró en una casa de cinco plantas que ocupaba el ancho de dos edificios y que, en consecuencia, albergaba a incontables inquilinos. En el segundo piso se detuvo y entró. Dos minutos después, el inglés fue probando suerte una a una con las llaves del manojo que había cogido. La cuarta llave encajó en la cerradura.

A pesar de la oscuridad, percibió que las habitaciones estaban completamente vacías, como las de un apartamento deshabitado con todas las puertas abiertas. Pero al final de un pasillo se filtró el resplandor de una lámpara y, al acercarse de puntillas y mirar a través de la puerta de cristal que separaba la sala de estar de un dormitorio contiguo, vio a la señora del velo; se había quitado el sombrero y el vestido, los había colocado sobre el único asiento de la habitación y se había envuelto en un albornoz de terciopelo.

También la vio caminar hacia la chimenea y pulsar el botón de un timbre eléctrico. Inmediatamente, el panel a la derecha de la chimenea se movió y se deslizó lentamente detrás del panel contiguo.

En cuanto hubo espacio suficiente, la mujer cruzó y desapareció llevándose la lámpara.

El sistema era simple. Sholmes la imitó.

Se adentró a tientas en la oscuridad, pero inmediatamente sintió el contacto de algunos objetos suaves contra el rostro. Encendió un fósforo y constató que estaba en una habitación muy pequeña llena de vestidos y ropa colgados de perchas. Se abrió camino hasta llegar a una puerta que estaba cubierta con un tapiz, o al menos por la parte trasera de un tapiz. Al consumirse la cerilla, vio una luz que se colaba por el entramado suelto y desgastado de la vieja tela.

Así que miró.

La dama rubia estaba allí, delante de sus ojos, al alcance de su

mano.

Apagó la lámpara y encendió la luz. Era la primera vez que Sholmes pudo ver su rostro a plena luz. Se estremeció. La mujer a la que finalmente había llegado después de tantos desvíos y maniobras no era otra que Clotilde Destange.

Clotilde Destange, la asesina del barón de Hautrec y la ladrona del diamante azul. Clotilde Destange, la misteriosa amiga de Arsène Lupin. ¡La dama rubia por fin!

«Soy un completo zoquete», pensó. «No se me ocurrió conectar a las dos mujeres simplemente porque la amiga de Lupin es rubia y Clotilde, morena. ¡Como si la dama rubia pudiera seguir siendo rubia, después del asesinato del barón y el robo del diamante!».

Sholmes podía ver una parte de la habitación; un elegante salón decorado con hermosos tapices y adornos caros. Clotilde estaba sentada en un diván de caoba, colocado en un escalón bajo, y permanecía inmóvil, con la cabeza entre las manos. Un momento después, se dio cuenta de que estaba llorando. Grandes lágrimas resbalaban sobre sus pálidas mejillas, hacia su boca; caían gota a gota sobre el terciopelo de su corpiño. Iban seguidas de otras lágrimas, sin parar, como una fuente inagotable. Era un espectáculo de lo más triste ser testigo de aquella desesperación silenciosa y resignada, expresada en el lento fluir de las lágrimas.

Una puerta se abrió detrás de ella y entró Arsène Lupin.

Se miraron durante mucho tiempo, sin decir una palabra; luego, él se arrodilló delante de ella, apoyó su cabeza contra su pecho y la rodeó con los brazos; había en aquel gesto una profunda ternura y una gran lástima. No se movían. Un dulce silencio los unió y las lágrimas se volvieron menos abundantes.

—Ojalá hubiera podido hacerte feliz —murmuró.

—Soy feliz.

—No, estás llorando. Tus lágrimas me rompen el corazón, Clotilde.

A pesar de todo, el tono suave de su voz la calmó; lo escuchaba ansiosa de esperanza y felicidad. Una sonrisa suavizó su rostro, pero seguía siendo una sonrisa triste.

—No estés triste, Clotilde, no debes estar triste —le rogó él—. No tienes motivos.

Ella le mostró sus manos blancas, delicadas y suaves, y dijo seriamente:

—Mientras estas manos sean mis manos, estaré triste, Maxime.

—Pero ¿por qué?

—Estas manos han matado.

—Silencio —exclamó Maxime—. No pienses en eso. El pasado está muerto, el pasado no importa.

Y besó sus largas y pálidas manos; ella lo miró con una sonrisa más

animada, como si cada beso borrara un poco del horrible recuerdo.

—Ámame, Maxime, porque ninguna mujer te amará como yo. Para complacerte, he actuado, y todavía lo hago, no siguiendo tus órdenes, sino siguiendo tus deseos secretos. He hecho cosas contra las que mi voluntad y conciencia se rebelaron, pero no fui capaz de resistirme. Todo lo que hago, lo hago mecánicamente, porque te ayuda, porque lo deseas. Y estoy lista para hacerlo de nuevo mañana y siempre.

Él respondió con amargura:

—¡Ah! Clotilde, ¿por qué te involucré en mi vida aventurera? Debió haber permanecido el Maxime Bermond que amabas hace cinco años y no haberte hecho conocer al otro hombre que soy.

Ella contestó en voz baja:

—También amo a este otro hombre y no me arrepiento de nada.

—Sí, te arrepientes de tu vida pasada, la vida libre y feliz que disfrutabas.

—No me arrepiento de nada cuando estás aquí —dijo con pasión—. Todas las culpas y los crímenes desaparecen cuando te veo. Qué me importa ser infeliz lejos de ti, sufrir, llorar y odiar todo lo que hago. Tu amor lo borra todo. Lo acepto todo. Pero debes amarme.

—No te amo porque tengo que hacerlo, Clotilde. Te amo simplemente porque te amo.

—¿Estás seguro? —preguntó, confiada.

—Estoy seguro de mí tanto como de ti. Es solo que mi existencia es violenta y febril, y no puedo pasar tanto tiempo contigo como quisiera.

Ella se derrumbó.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algún nuevo peligro? ¡Dime!

—¡Oh! Nada serio aún. Pero...

—¿Pero?

—Está sobre nuestra pista.

—¿Sholmes?

—Sí. Fue él quien arrastró a Ganimard en aquel asunto en el restaurante húngaro. Fue él quien ordenó a los dos policías que vigilaran la casa en la rue Chalgrin. Tengo pruebas. Ganimard registró la casa esta mañana acompañado de Sholmes. Además...

—¿Además?

—Hay algo más. Uno de nuestros hombres está desaparecido. Jeanniot.

—¿El conserje?

—Sí.

—Pero lo envié esta mañana a la rue Chalgrin a recoger los granates que se me habían caído del broche.

—No hay duda de que Sholmes lo atrapó entonces.

—No puede ser, le entregaron los granates al joyero de la rue de la Paix.

—Entonces, ¿qué ha sido de él?

—¡Oh! Maxime, tengo miedo.

—No hay nada que temer, pero admito que la situación es muy grave. ¿Qué sabe? ¿Y dónde se esconde? Su fuerza reside en su aislamiento. No puedo dar con él.

—¿Qué vas a hacer?

—Actuar con extrema prudencia, Clotilde. Hace algún tiempo decidí cambiar mi residencia a un lugar más seguro que ya conoces, pero la intervención de Sholmes me ha llevado a hacerlo de inmediato. Cuando un hombre como él te sigue la pista, hay que reconocer que al final llegará a su destino. Así que lo he preparado todo. Pasado mañana, el miércoles, me mudaré. Al mediodía, estará todo listo. A las dos en punto, podré marcharme yo también después de retirar hasta el último rastro de nuestra residencia allí, algo nada insignificante. Hasta entonces...

—¿Hasta entonces?

—No debemos vernos y nadie debería verte, Clotilde. No salgas. No temo por mí, pero sí por ti. Me da miedo todo cuando se trata de ti.

—Es imposible que el inglés me encuentre.

—Todo es posible con él, y no me fío. Ayer, cuando casi me sorprendió tu padre, vine a inspeccionar el gabinete que contiene los viejos registros de Destange porque suponen un peligro. Nos acechan peligros por todas partes. Siento que el enemigo vaga entre las sombras y que está cada vez más cerca. Siento que nos está vigilando, que está lanzando sus redes a nuestro alrededor. Es una de esas intuiciones que nunca me engañan.

—En este caso —dijo ella—, vete, Maxime, y no pienses más en mis lágrimas. Seré fuerte, y esperaré a que desaparezca el peligro. Adiós, Maxime.

Le dio un largo beso y fue ella quien lo apartó suavemente. Sholmes escuchó el sonido de sus voces que se alejaban.

Con audacia, envalentonado por la necesidad misma de actuar contra lo que fuese, esa que le daba vida desde el día anterior, entró en una antesala al final de la cual había una escalera. Pero cuando se disponía a bajar, le llegó el sonido de una conversación desde el piso inferior y pensó que era preferible seguir por un pasillo circular que llevaba a otra escalera. Al final de esta, se sorprendió mucho al encontrarse en un entorno que tenía un aspecto familiar. Había una puerta parcialmente abierta por la que entró en una gran sala redonda. Era la biblioteca de Destange.

—¡Perfecto, espléndido! —murmuró—. Ahora lo entiendo todo. El salón de Clotilde, es decir, de la señora rubia, se comunica con uno de los apartamentos de la casa adyacente, y la salida de esa casa no está en la plaza Malesherbes, sino en una calle contigua, la rue

Montchanin, por lo que recuerdo... Estupendo. Ahora entiendo cómo Clotilde Destange puede encontrarse con su amante y al mismo tiempo dar la impresión de que nunca sale de su hogar. Y también me explico cómo Arsène Lupin fue capaz de hacer su misteriosa entrada en la galería anoche: el siguiente apartamento y esta biblioteca también deben estar comunicados. Otra casa amañada —concluyó—. Otra vez, sin duda, obra del arquitecto Destange. Debería aprovechar esta oportunidad para examinar el contenido del gabinete y documentarme sobre las otras casas amañadas.

Sholmes subió a la galería y se ocultó detrás de las cortinas de la balaustrada. Se quedó allí hasta el final de la noche. Un sirviente vino a apagar las lámparas. Una hora después, el inglés se dirigió hacia el gabinete a la luz de su linterna.

Como sabía, contenía los viejos papeles del arquitecto, archivos, planos, libros de contabilidad. También contenía una serie de registros, clasificados por orden de antigüedad.

Tomó alternativamente los de los últimos años e inmediatamente buscó la página del índice y, más concretamente, la letra H. Finalmente, tras encontrar el nombre Harmingeat, acompañado del número 63, se desplazó hasta la página 63 y leyó:

«Harmingeat, rue Chalgrin, 40».

Consultó los detalles de los trabajos llevados a cabo para instalar un horno para este cliente y en los márgenes, leyó esta nota:

«Ver el archivo M. B.».

—Eso es —dijo—, el archivo M. B. es el que necesito. Así podré comprobar la residencia actual de Lupin.

No descubrió este famoso archivo hasta bien entrada la segunda mitad de un registro, ya por la mañana.

Constaba de quince páginas: una estaba dedicada a Harmingeat en la rue Chalgrin; otra detallaba el trabajo hecho para Vatinel, propietario, rue Clapeyron, 25; otra estaba reservada para el barón de Hautrec, avenida Henri-Martin, 134; otra para el castillo de los Crozon, y las otras once para diferentes propietarios de París.

Sholmes copió la lista de once nombres y once direcciones, luego puso las cosas de nuevo en su lugar, abrió una ventana y saltó a la plaza desierta, sin olvidarse de cerrar las persianas.

Cuando llegó a su habitación en el hotel, encendió su pipa con la solemnidad que dedicaba a aquel acto y, rodeado de nubes de humo, estudió las conclusiones que podrían extraerse del archivo M. B., o mejor dicho, Maxime Bermond, alias Arsène Lupin.

A las ocho, envió este telegrama a Ganimard:

Pasaré esta mañana sin falta por la rue Pergolèse y te confiaré a una persona cuya captura es de suma importancia. En cualquier caso, asegúrate

de estar en casa esta noche y mañana miércoles hasta el mediodía y cuenta con unos treinta hombres a tu disposición.

Luego, eligió un coche en el bulevar cuyo conductor le gustó por su aspecto alegre e inteligente; le pidió que lo llevara a la plaza Malesherbes, cincuenta pasos más allá del edificio de Destange.

—Muchacho, para el coche —le dijo al conductor—. Súbete el cuello del abrigo porque hace un viento frío y espérame pacientemente. Arranca el motor dentro de una hora y media. En cuanto vuelva, iremos a la rue Pergolèse.

Mientras subía los escalones que conducían a la puerta, dudó por última vez. ¿Era un error por su parte dedicar su tiempo a los asuntos de la dama rubia mientras Arsène Lupin se preparaba para trasladarse? ¿No estaría mejor dedicarse a tratar de encontrar la morada de su adversario entre las once casas de su lista?

«Bah», se dijo. «Cuando la dama rubia sea mi prisionera, la situación estará bajo mi control». Y llamó al timbre.

Destange ya estaba en la biblioteca. Llevaban trabajando un rato y Sholmes buscaba un pretexto para subir a la habitación de Clotilde cuando entró la muchacha, saludó a su padre, se sentó en la pequeña sala de estar y se puso a escribir.

Desde donde estaba, Sholmes podía verla inclinada sobre la mesa, absorbida de vez en cuando en una meditación profunda, con la pluma en el aire y una expresión pensativa. Esperó, después cogió un libro y le dijo a Destange:

—La señorita Destange me pidió que le trajera este libro en cuanto lo encontrara.

Entró en la pequeña sala de estar y se colocó delante de Clotilde para que su padre no lo pudiera ver. Le dijo:

—Soy el señor Stickmann, el nuevo secretario de Destange.

—¡Ah! —exclamó ella, sin inmutarse—. ¿Así que mi padre ha cambiado de secretario?

—Sí, señorita, y me gustaría hablar con usted.

—Por favor, siéntese, señor, ya he terminado.

Añadió algunas palabras a su carta, la firmó, selló el sobre, ordenó sus papeles, cogió un teléfono, se puso en contacto con su costurera, le pidió que acelerara la confección de un abrigo de viaje que necesitaba urgentemente, y por último se dirigió a Sholmes:

—Estoy a su servicio. Pero ¿no sería mejor que nuestra conversación tuviera lugar delante de mi padre?

—No, señorita, y le rogaría que no levantara la voz. Es mejor que Destange no nos oiga.

—¿Para quién es mejor?

—Para usted, señorita.

—No admito una conversación que mi padre no pueda oír.

—Sin embargo, debe admitir esta.

Se pusieron de pie, mirándose fijamente a los ojos.

Ella le dijo:

—Hable, señor.

Todavía de pie, Sholmes comenzó a hablar:

—Perdóneme si me equivoco en ciertos puntos secundarios. Lo que garantizo es la exactitud general de los incidentes que voy a revelar.

—Vaya al grano, por favor. A los hechos.

Ante aquella repentina interrupción, sintió que la joven se había puesto en guardia, así que dijo:

—Muy bien, voy a ir al grano. Hace cinco años, su padre conoció a un joven llamado Maxime Bermond, que se presentó a él como empresario, o como arquitecto, no puedo especificarlo. Sin embargo, Destange acabó sintiendo afecto por este joven y, dado que su estado de salud ya no le permitía ocuparse de sus asuntos, confió a Bermond la ejecución de algunas órdenes que había aceptado de antiguos clientes y que parecían guardar relación con las habilidades de su colaborador.

Herlock hizo una pausa. Le pareció que la muchacha estaba cada vez más pálida. Sin embargo, la voz no le tembló lo más mínimo cuando dijo:

—No sé de qué me está hablando, señor, y sobre todo no veo qué interés puede tener todo esto para mí.

—Se lo diré, señorita: el verdadero nombre de Maxime Bermond, como usted bien sabe, es Arsène Lupin.

Se echó a reír.

—¡Imposible! ¿Arsène Lupin? ¿Maxime Bermond es Arsène Lupin?

—Como tengo el honor de contárselo, señorita. Y ya que se niega a entender lo que le digo, añadiré que Arsène Lupin ha encontrado en esta casa a una amiga para llevar a cabo sus proyectos, más que a una amiga, una cómplice ciega y apasionadamente devota.

Clotilde se levantó y, sin emoción, o al menos con tan poca emoción que a Sholmes le sorprendió su autocontrol, dijo:

—Ignoro el propósito de su conducta, señor, y no me importa. Así que, por favor, le pido que no añada una palabra más y se marche de aquí.

—No tengo intención de forzar mi presencia de manera indefinida —respondió Sholmes, tan tranquilo como ella—. Pero estoy decidido a no salir de esta casa solo.

—¿Y quién lo acompañará, señor?

—Usted.

—¿Yo?

—Sí, señorita. Saldremos juntos de esta casa y me seguirá sin decir

una palabra, sin protestar.

Lo más extraño de aquella escena era la absoluta calma de los dos oponentes. Más que un duelo implacable entre dos poderosas voluntades, al ver su actitud y escuchar el tono de sus voces, se podría pensar que no era más que un debate cortés entre dos personas que no comparten la misma opinión.

En la rotonda, a través de la amplia ventana abierta, se podía ver a Destange, que manejaba sus libros con gestos comedidos.

Clotilde se sentó y levantó ligeramente los hombros. Herlock sacó su reloj.

—Son las diez y media. En cinco minutos nos vamos.

—¿De lo contrario?

—De lo contrario, iré a ver a Destange y le contaré…

—¿El qué?

—La verdad. Le contaré todo sobre la verdadera vida de Maxime Bermond, y le contaré también la doble vida de su cómplice.

—¿De su cómplice?

—Sí, de la llamada dama rubia, de quien antes era rubia.

—¿Y qué pruebas le dará?

—Lo llevaré a la rue Chalgrin y le mostraré el pasaje que Arsène Lupin, aprovechando las obras que dirigía, hizo abrir a sus hombres entre el 40 y el 42, el pasaje que les sirvió a ambos hace un par de noches.

—¿Y después?

—Después, llevaré a Destange a casa de Detinan y bajaremos por la escalera de servicio por la que bajó con Arsène Lupin para escapar de Ganimard. Y buscaremos los medios de comunicación con la casa contigua, cuya salida conduce al bulevar Batignolles y no a la rue Clapeyron.

—¿Y después?

—Después llevaré a Destange al castillo de Crozon y le será fácil, ya que conoce el tipo de obras ejecutadas por Arsène Lupin durante la restauración de este castillo, descubrir los pasajes secretos construidos allí por sus hombres. Constatará que estos pasajes permitieron entrar a la dama rubia en la habitación de la condesa por la noche y llevarse el diamante azul de la chimenea; luego, dos semanas después, entrar en la habitación del concejal Bleichen y esconder el diamante azul en una botella, una acción bastante extraña, lo admito, una venganza de mujer tal vez, no lo sé y no importa.

—¿Y después?

—Después —continuó Herlock con voz más seria—, llevaré a Destange al número 134 de la avenida Henri-Martin y buscaremos cómo el barón de Hautrec…

—Cállese, cállese —le interrumpió la muchacha, asustada de repente

—. ¡Se lo prohíbo! Cómo se atreve a decir que soy yo... Me acusa...

—La acuso de matar al barón de Hautrec.

—No, no, qué infamia.

—Mató al barón de Hautrec. Entró a trabajar a su servicio bajo el nombre de Antoinette Bréhat con el propósito de robar el diamante azul y lo mató.

La muchacha volvió a susurrar, rota; sus palabras se habían reducido a una oración:

—Calle, por favor, se lo ruego. Ya que sabe tanto, debe saber que yo no asesiné al barón.

—No he dicho que lo asesinara. El barón de Hautrec era propenso a sufrir ataques de locura que solo la hermana Auguste era capaz de controlar. Ella misma me contó ese detalle. En ausencia de esta persona, debió haberse lanzado sobre usted y, para defenderse, le golpeó durante la lucha. Asustada por tal acto, llamó al timbre y huyó sin siquiera coger el diamante azul que había venido a buscar del dedo de la víctima. Un momento después, regresó con uno de los cómplices de Lupin, un sirviente en la casa vecina, colocaron al barón en su cama y ordenaron la habitación, pero sin atreverse a coger el diamante azul. Eso es lo que pasó. Así que, repito, no asesinó al barón. Sin embargo, fueron sus manos las que lo golpearon.

Ella había cruzado sus manos largas, delgadas y pálidas sobre la frente y las mantuvo así durante mucho tiempo. Finalmente, aflojando los dedos, dejó al descubierto su cara compungida y pronunció:

—¿Eso es todo lo que pretende decirle a mi padre?

—Sí, y le diré también que tengo como testigos a la señorita Gerbois, que reconocerá a la dama rubia, a la hermana Auguste que reconocerá a Antoinette Bréhat, y a la condesa de Crozon que reconocerá a la señora de Réal. Eso es lo que le diré.

—No se atreverá —respondió, recuperando su sangre fría ante la amenaza del peligro inmediato.

El detective se levantó y dio un paso hacia la biblioteca. Clotilde lo detuvo.

—Un momento.

Reflexionó un instante, y muy tranquila y comedida, le preguntó:

—Es Herlock Sholmes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Que qué quiero? He iniciado un duelo contra Arsène Lupin que tengo que ganar. Mientras esperamos un resultado que no debería tardar en llegar, creo que contar con una rehén tan valiosa como usted me da una ventaja considerable sobre mi oponente. Así que vendrá conmigo, señorita, y la dejaré con alguien de mi confianza. En cuanto alcance mi meta, será libre.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. No pertenezco al servicio de policía de este país y, por lo tanto, no tengo derecho a impartir justicia.

Parecía haber tomado una decisión. Sin embargo, todavía necesitó un momento de respiro. Cerró los ojos y Sholmes la miró, tan tranquila de pronto, casi indiferente a los peligros que la rodeaban.

«¿Cree acaso que está en peligro?», pensó el inglés. «Claro que no, ya que Lupin la protege. Con Lupin, no puede pasarte nada. Lupin es todopoderoso, Lupin es infalible».

—Señorita —le dijo—, había exigido cinco minutos, han pasado más de treinta.

—¿Me permite subir a mi habitación para recoger mis cosas?

—Si lo desea, señorita, iré a esperarla en la rue Montchanin. Soy muy buen amigo del conserje Jeanniot.

—Ah, sabe... —dijo con un miedo visible.

—Sé muchas cosas.

—Muy bien. Voy a llamar.

Le trajeron su sombrero y su abrigo, y Sholmes le dijo:

—Debe darle a Destange una razón que explique nuestra partida y esa razón debe también explicar su ausencia durante unos días por si fuera necesario.

—Eso no será así. Volveré muy pronto.

De nuevo, intercambiaron miradas desafiantes y una sonrisa irónica.

—Qué segura está de él —comentó Sholmes.

—Absolutamente.

—Lo hace todo bien, ¿no? Tiene éxito en todo lo que emprende y cualquier cosa que haga cuenta con su aprobación y cooperación.

—Lo amo —respondió ella, temblando de pasión.

—¿Y cree que la salvará?

Se encogió de hombros y se acercó a su padre para avisarlo:

—Me llevo al señor Stickmann. Vamos a la Biblioteca Nacional.

—¿Volverás para almorzar?

—Tal vez. O, mejor dicho, no. Pero no te preocupes.

Entonces, la joven le dijo a Sholmes, con voz firme:

—Estoy a su servicio.

—¿Absolutamente?

—Con los ojos cerrados.

—Le advierto que, si intenta escapar, llamaré a la policía y haré que la arresten. No se olvide de que la dama rubia tiene una orden judicial.

—Juro por mi honor que no intentaré escapar.

—La creo. Vámonos.

Como había predicho, salieron juntos de la casa.

En la plaza, el coche estaba estacionado, mirando en la dirección opuesta. Podían ver la espalda del chófer y la piel del cuello del abrigo

casi le cubría el sombrero. Al acercarse, Sholmes escuchó el rugido del motor. Abrió la puerta, le pidió a Clotilde que subiera y se sentó a su lado.

El coche arrancó de improviso, se dirigió a los bulevares exteriores, a la avenida Hoche, a la avenida de la Grande-Armée.

Herlock, pensativo, estaba considerando sus planes.

«Ganimard está en casa. Dejo a la muchacha con él. ¿Le cuento quién es? No, la llevaría a la cárcel de inmediato y eso lo arruinaría todo. Cuando esté solo, consultaré la lista del archivo de M. B. y saldré a cazar. Y esta noche, o mañana por la mañana a más tardar, iré a ver a Ganimard según lo acordado y le entregaré a Arsène Lupin y a su banda».

Se frotó las manos, feliz de sentir por fin que la meta estaba a su alcance y de ver que ningún obstáculo importante se interponía en su camino. Cediendo a un deseo irreprensible de dar rienda suelta a sus sentimientos que contrastaba con su naturaleza, exclamó:

—Disculpe si no puedo ocultar mi satisfacción, señorita. La batalla ha sido dolorosa y el éxito me resulta particularmente agradable.

—Un éxito legítimo, tiene todo el derecho del mundo a regocijarse.

—Gracias. Qué ruta más extraña estamos siguiendo. El chófer debe haber malinterpretado mis direcciones.

En aquel momento, salían de París por la puerta de Neuilly. ¡Qué extraño! La rue Pergolèse no se encontraba fuera de las fortificaciones.

Sholmes bajó el cristal.

—Oye, conductor, vas por el camino equivocado. ¡La rue Pergolèse! —El hombre no respondió. Lo repitió en voz más alta—: Te digo que vayas a la rue Pergolèse.

El hombre no respondió.

—¿Acaso eres sordo, amigo mío? ¿O lo estás haciendo a propósito? No tenemos nada que hacer por aquí. ¡A la rue Pergolèse! Te ordeno que des la vuelta tan pronto como sea posible.

Seguía guardando silencio. El inglés se estremeció, preocupado. Miró a Clotilde; una sonrisa misteriosa se dibujaba en los labios de la joven.

—¿Por qué sonríe? —refunfuñó—. Este incidente no tiene ninguna relación con... No cambia las cosas.

—Por supuesto que no —contestó ella.

Entonces se le ocurrió una idea. Se levantó ligeramente y miró más de cerca al hombre que estaba en el asiento del chófer. Tenía los hombros más delgados, una actitud más relajada. Sintió un sudor frío y apretó las manos a medida que en su mente se iba expandiendo la convicción de que el chófer era Arsène Lupin.

—Bueno, Sholmes, ¿qué te parece este pequeño paseo?

—Delicioso, querido amigo, muy delicioso —respondió Sholmes.

Nunca en su vida había experimentado tanta dificultad para pronunciar unas sencillas palabras sin que le temblara la voz, sin revelar nada que pudiera indicar el desmoronamiento de todo su ser. Pero inmediatamente, por alguna especie de reacción formidable, una ola de rabia y odio rompió los diques, arrastró con ella su voluntad y, con un gesto repentino sacó su revólver y apuntó a la señorita Destange.

—Detente en este mismo momento, Lupin, o dispararé a la señorita.

—Te recomiendo que apuntes a la mejilla si quieres dar en la sien —contestó Lupin sin girar la cabeza.

Clotilde habló:

—Maxime, no vayas demasiado rápido, el pavimento es resbaladizo y tengo miedo.

Seguía sonriendo, con los ojos fijos en los adoquines que se extendían delante del coche.

—¡Para! ¡Detente! —exclamó Sholmes, enloquecido por la ira—. Soy capaz de cualquier cosa.

El cañón de la pistola tocó sus rizos.

Ella susurró:

—¡Este Maxime es un irresponsable! Va tan rápido que tengo miedo de que suframos un accidente.

Sholmes se metió el arma en el bolsillo y cogió el mango de la puerta, listo para saltar a pesar de lo absurdo de tal acto.

Clotilde le dijo:

—Tenga cuidado, viene un coche detrás de nosotros.

Se inclinó para mirar. Un coche enorme, de aspecto formidable, los seguía, con su perfil afilado, del color de la sangre, y con cuatro hombres con abrigos de piel en su interior.

«Piénsalo bien, me tienen bien vigilado, ten paciencia», se dijo.

Cruzó los brazos sobre el pecho con ese orgulloso aire de sumisión tan frecuentemente asumido por quienes se rinden cuando el destino se ha vuelto en su contra. Y mientras cruzaban el Sena y corrían a través de Suresnes, Rueil, Chatou, inmóvil, resignado, controlando su ira y sin amargura, solo pensaba en descubrir a través de qué milagro había reemplazado Arsène Lupin al chófer. Era bastante improbable que el muchacho al que había elegido aquella mañana en el bulevar pudiera ser un cómplice colocado allí con antelación. Sin embargo, alguien debía haber advertido a Arsène Lupin, y debió haber sido después de que él, Sholmes, hubiera amenazado a Clotilde, ya que nadie sospechaba previamente de su plan. Desde entonces, no había perdido de vista a Clotilde.

Un recuerdo lo sacudió: la comunicación telefónica solicitada por la muchacha, su conversación con la costurera. E inmediatamente lo entendió. Incluso antes de que él hablara, simplemente al haber

solicitado una entrevista como nuevo secretario de Destange, ella había sentido el peligro, había adivinado el nombre y el propósito del visitante, y, con total tranquilidad, por supuesto, como si realmente estuviera haciendo lo que parecía, había llamado a Lupin para pedirle ayuda bajo una apariencia ficticia y utilizando fórmulas previamente acordadas entre ellos.

Cómo había llegado Arsène Lupin, cómo le había parecido sospechoso este coche estacionado, con el motor rugiente, cómo había convencido al chófer, todo aquello le importaba poco. Lo que más emocionaba a Sholmes, incluso hasta el punto de apaciguar su furia, era el recuerdo del momento en el que una mujer sencilla, pero enamorada, había controlado sus nervios, había aplastado sus instintos, había inmovilizado las reacciones de su rostro y había sometido la expresión de sus ojos para engañar completamente al astuto detective Herlock Sholmes.

¿Qué hacer contra un hombre que cuenta con tal ayuda y que, por la mera fuerza de su autoridad, inspira tanta valentía y audacia?

Cruzaron el Sena y subieron a Saint-Germain; pero, quinientos metros más allá de la ciudad, el coche disminuyó la velocidad. El otro coche llegó a su altura y ambos se detuvieron. No había nadie alrededor.

—Monsieur Sholmes —dijo Lupin—, por favor, cambio de vehículo. El nuestro es demasiado lento.

—¿Cómo? —Se sorprendió Sholmes, todavía más ansioso, ya que no tenía otra opción.

—También me permitirás que te preste este abrigo de piel, porque vamos a ir bastante rápido. Y acepta también estos dos bocadillos. Sí, sí, acéptalos, ¿quién sabe cuándo vas a cenar?

Los cuatro hombres se habían bajado. Uno de ellos se acercó y, al quitarse las gafas que lo enmascaraban, Sholmes reconoció al caballero de la capa del restaurante húngaro. Lupin le dijo:

—Llévale el coche de vuelta al conductor al que se lo alquilé. Espera en la primera tienda de vino a la derecha de la rue Legendre. Abónale el segundo pago de mil francos prometidos. ¡Ah! Se me olvidaba. Por favor, dale tus gafas a Sholmes.

Habló con la señorita Destange. Luego, se colocó al volante y se marchó, con Sholmes a su lado y uno de sus hombres detrás de él.

Lupin no exageraba cuando dijo que irían muy rápido. Desde el primer momento, fue un viaje vertiginoso. El horizonte avanzaba rápidamente a su encuentro, como atraído por una fuerza misteriosa, y desaparecía al instante, como absorbido por un abismo hacia el que se lanzaban otras cosas de inmediato, árboles, casas, llanuras y bosques, con la prisa tumultuosa de un torrente a medida que se acerca a la catarata.

Sholmes y Lupin no intercambiaron ni una palabra. Sobre sus cabezas, las hojas de los álamos hacían un sonido como las olas del mar, con un ritmo regular producido por el espacio entre los árboles. Las ciudades se esfumaban: Mantes, Vernon, Gaillon. De una colina a otra, de Bon-Secours a Canteleu, Ruan, sus suburbios, su puerto, sus kilómetros de muelles, Ruan parecía simplemente la calle de un pueblo. Duclair, Caudebec, el país de Caux, cuyas ondulaciones rozaron al pasar con su poderoso vuelo, y Lillebonne, y Quillebeuf. Luego, de repente, se encontraron a orillas del Sena, al final de un pequeño muelle junto al cual había un yate sobrio y de líneas robustas, cuya chimenea lanzaba volutas de humo negro.

El coche se detuvo. En dos horas, habían recorrido casi doscientos kilómetros.

Un hombre vestido con un uniforme azul y una gorra dorada avanzó y los saludó.

—Perfecto, capitán —exclamó Lupin—. ¿Recibiste mi telegrama?

—Sí. Lo recibí.

—¿*La Golondrina* está lista?

—*La Golondrina* está lista.

—Muy bien. ¿Sholmes?

El inglés miró a su alrededor, vio a un grupo de personas en la terraza de un café, otro más cerca; dudó un momento y luego se dio cuenta de que antes de que pudiera obtener ayuda sería capturado, llevado a bordo y enviado al fondo de la bodega, así que cruzó la pasarela y siguió a Lupin hasta la cabina del capitán.

Era bastante grande, de limpieza meticulosa y brillante debido al barniz de sus paneles y al latón.

Lupin cerró la puerta y, sin preámbulo, le preguntó casi con brutalidad a Sholmes:

—¿Qué sabes exactamente?

— To do.

—¿Todo? Sé más preciso, por favor.

Su voz ya no reflejaba ese tono cortés un tanto irónico que había adoptado al hablar con el inglés. Ahora, su voz mostraba el acento imperativo del maestro que está acostumbrado a ordenar y a ser obedecido, incluso frente a Herlock Sholmes.

Se midieron con la mirada, ahora enemigos declarados e implacables. Algo molesto, Lupin continuó:

—Ya han sido muchas veces en las que te he encontrado en mi camino. Demasiadas veces. Y estoy cansado de perder el tiempo evitando las trampas que me pones. Así que te advierto que mi conducta contigo a partir de ahora dependerá de tu respuesta. ¿Qué sabes exactamente?

—Te repito que todo.

Arsène Lupin se contuvo y se expresó de una manera brusca:

—Te diré lo que sabes. Sabes que retoqué quince casas construidas por Destange bajo el nombre de Maxime Bermond.

—Sí.

—De esas quince casas, conoces cuatro de ellas.

—Sí.

—Y tienes la lista de las otras once.

—Sí.

—Conseguiste esa lista en la casa de Destange, probablemente esta noche.

—Sí.

—Y supones que, de entre estas once casas, sin duda me he guardado una para mí, para mis necesidades y para las de mis amigos. Has confiado a Ganimard la tarea de descubrir dónde se encuentra mi retiro.

—No.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que estoy actuando solo y que voy a hacerlo todo yo solo.

—Entonces no tengo nada que temer, ya que estás en mis manos.

—No tienes nada que temer mientras yo esté en tus manos.

—¿Quieres decir que no te quedarás?

—No.

Arsène Lupin se acercó un poco más al inglés y le puso la mano sobre el hombro con delicadeza.

—Escúchame, monsieur, no estoy de humor para discutir y, por desgracia para ti, tú no estás en condiciones de derrotarme. Así que pongámosle fin a todo esto.

—Muy bien.

—Me vas a dar tu palabra de honor de que no vas a intentar escapar de este barco hasta que estés en aguas inglesas.

—Te doy mi palabra de honor de que voy a intentar escapar por todos los medios posibles —respondió Sholmes, indomable.

—Maldita sea. Sabes muy bien que solo necesito dar una orden para reducirte y dejarte indefenso. Estos hombres me obedecen ciegamente. Con solo hacerles una señal, te pondrían una cadena al cuello.

—Las cadenas pueden romperse.

—Y te arrojarían por la borda a kilómetros de la costa.

—Sé nadar.

—No se me había ocurrido —exclamó Lupin, riéndose—. Dios me perdone por mi enfado. Perdóname, maestro. Pongamos fin a esta situación. Estarás de acuerdo en que tomo las medidas necesarias para garantizar mi seguridad y la de mis amigos.

—Todas las medidas. Pero son inútiles.

—Está bien. Sin embargo, no puedes culparme por hacerlo.

—Es tu deber.

—Vamos.

Lupin abrió la puerta y llamó al capitán y a dos marineros. Cogieron al inglés y, después de haberlo registrado, le ataron las piernas y lo amarraron en el camarote del capitán.

—Ya basta —dijo Lupin—. En realidad, solo me he atrevido a tal indignidad debido a tu terquedad y a la excepcional gravedad de las circunstancias.

Los marineros se retiraron. Lupin le dijo al capitán:

—Capitán, un miembro de la tripulación permanecerá aquí a disposición de Sholmes y le hará compañía en la medida de lo posible. Tratadlo con el debido respeto y consideración. No es un prisionero, sino un invitado. ¿Qué hora es, capitán?

—Las dos y cinco.

Lupin miró su reloj, luego el péndulo que colgaba de la cabina.

—¿Las dos y cinco? Estamos sincronizados. ¿Cuánto tiempo tardarás en llegar a Southampton?

—Nueve horas, sin prisas.

—Tardarás once. No debes tocar tierra antes que el transatlántico que sale de Southampton a medianoche y llega a Le Havre a las ocho de la mañana. ¿Entendido, capitán? Te lo repito, puesto que sería infinitamente peligroso para todos nosotros que el monsieur regresara a Francia en ese barco, no debes llegar a Southampton antes de la una de la mañana.

—Entendido.

—*Au revoir*, maestro. Nos vemos el año que viene, en este mundo o en el otro.

—Hasta mañana.

Unos minutos más tarde, Sholmes oyó el coche que se alejaba y al mismo tiempo el vapor salió más violentamente de las profundidades de *La Golondrina*. El barco zarpó.

Alrededor de las tres, habían cruzado la desembocadura del Sena y habían entrado en el mar. En ese momento, acostado en la litera a la que estaba atado, Herlock Sholmes dormía profundamente.

A la mañana siguiente, el décimo y último día de la guerra librada entre los dos grandes rivales, el *Écho de France* publicó esta interesante noticia:

> Ayer Arsène Lupin emitió una orden de expulsión contra Herlock Sholmes, detective inglés. Entregada al mediodía, la sentencia fue ejecutada ese mismo día. A la una de la madrugada, Sholmes desembarcó en Southampton.

6

EL SEGUNDO ARRESTO DE ARSÈNE LUPIN

Desde las ocho de la tarde, doce vehículos de mudanza habían atascado la rue Crevaux, entre la avenida de Bois-de-Boulogne y la avenida Bugeaud. Félix Davey salía del apartamento que ocupaba en el cuarto piso del número ocho.

El experto Dubreuil, que había combinado en un único apartamento el quinto piso completo del mismo edificio y el quinto piso de los dos edificios contiguos, envió el mismo día (por pura coincidencia, ya que estos caballeros no se conocían) las colecciones de muebles por las que tantos agentes extranjeros lo visitaban diariamente.

Una circunstancia que notaron algunos de los vecinos, pero de la que no se habló hasta más tarde, fue esta: ninguno de los doce vehículos llevaba el nombre y la dirección de la empresa de mudanzas, y ninguno de los hombres que los acompañaban visitó las tabernas de los alrededores. Trabajaron de manera tan diligente que a las once en punto habían terminado. No quedaba nada por recoger, excepto los típicos pedazos de papel y trapos que siempre permanecen olvidados en los rincones de las habitaciones vacías.

Félix Davey, un joven elegante, vestido de la manera más refinada, pero que llevaba en la mano un bastón de entrenamiento cuyo peso indicaba que poseía un bíceps extraordinario, se marchó tranquilamente y tomó asiento en un banco en la calle transversal que cruza la avenida de Bois, frente a la rue Pergolèse. Cerca de él, una mujer, vestida al estilo burgués, leía el periódico mientras un niño jugaba con una pala en un montón de arena.

Un momento después, sin girar la cabeza, Félix Davey le dijo a la mujer:

—¿Ganimard?

—Salió a las nueve de la mañana.

—¿Adónde?

—A la jefatura de policía.

—¿Solo?

—Solo.
—¿No ha habido ningún telegrama esta noche?
—Ninguno.
—¿Sospechan de ti en la casa?
—No. Suelo hacerle los recados a la señora Ganimard y ella me cuenta todo lo que hace su marido. Hemos pasado la mañana juntas.
—Muy bien. Hasta nuevo aviso, sigue viniendo todos los días a las once en punto.
El joven se levantó y se marchó en dirección a la puerta Dauphine, hasta el Pabellón Chino, donde disfrutó de una comida frugal compuesta por dos huevos, verduras y fruta. Luego, regresó a la rue Crevaux y le dijo a la conserje:
—Voy a echar un vistazo a las habitaciones de arriba y te devuelvo las llaves.
Terminó la inspección en la habitación que había utilizado como despacho. Allí, tomó el extremo de una tubería de gas con el codo articulado y que colgaba por el lado de la chimenea, quitó el tapón de cobre, acomodó un pequeño instrumento en forma de cono y sopló.
Escuchó un ligero silbido a modo de respuesta. Se llevó la especie de trompeta a la boca y susurró:
—¿Alguien por aquí, Dubreuil?
—Nadie.
—¿Puedo subir?
—Sí.
Devolvió la tubería a su lugar y se dijo a sí mismo:
«¿Hasta dónde llegará el progreso? En nuestro siglo abundan los pequeños inventos que hacen que la vida sea cada vez más encantadora y pintoresca. Y muy divertida. Especialmente cuando se sabe disfrutar de la vida como lo hago yo».
Giró una de las molduras de mármol de la chimenea. La placa se movió y el espejo que había encima se deslizó sobre unas ranuras invisibles, revelando una abertura y los primeros escalones de una escalera construida en el cuerpo mismo de la chimenea; estaban hechos de hierro fundido cuidadosamente pulido y azulejos de porcelana blanca, todo muy limpio.
Subió. En el quinto piso, encontró la misma abertura en la chimenea. Dubreuil lo estaba esperando.
—¿Has terminado con tu parte?
—Sí.
—¿Está todo despejado?
—Completamente.
—¿Y el personal?
—Solo están los tres hombres de guardia.
—Vamos.

Subieron uno detrás del otro de la misma manera a los pisos del servicio y llegaron a una buhardilla en la que esperaban tres individuos, uno de los cuales miraba por la ventana.

—¿Alguna novedad?

—Nada, jefe.

—¿La calle está tranquila?

—Por supuesto.

—Diez minutos más y me marcho. Vosotros también. Pero mientras tanto, si ves el más mínimo movimiento sospechoso en la calle, avísame.

—Tengo un dedo en el timbre todo el rato, jefe.

—Dubreuil, ¿les dijiste a los de la mudanza que no tocaran el cable de la campana?

—Por supuesto, funciona a las mil maravillas.

—Entonces me quedo más tranquilo.

Los dos caballeros descendieron al apartamento de Félix Davey quien, después de ajustar la moldura de mármol, exclamó felizmente:

—Ay, Dubreuil, cómo me gustaría ver las caras de quienes descubran estos maravillosos trucos, sistemas de alarma, redes de cables y tubos acústicos, pasajes secretos, tablones que se deslizan, escaleras escondidas... ¡Qué increíbles maquinaciones!

—Menuda publicidad para Arsène Lupin.

—Publicidad que no nos hacía falta y de la que podíamos haber prescindido. Es una pena tener que dejar atrás unas instalaciones como estas. Pero hay que empezar de nuevo, Dubreuil, y partir de un modelo totalmente nuevo, claro, porque no hay que repetirse. ¡Maldito Herlock Sholmes!

—¿Todavía no ha vuelto?

—¿Cómo iba a hacerlo? Solo hay un barco que sale desde Southampton, el de medianoche. Y desde Le Havre, solo hay un tren, el de las ocho de la mañana que llega a las once. Al no poder coger el barco de medianoche en Southampton, y las instrucciones para el capitán en ese punto eran explícitas, le resultaría imposible llegar a Francia hasta esta noche a través de Newhaven y Dieppe.

—¡Si es que vuelve!

—Sholmes nunca abandona el juego. Volverá, pero será demasiado tarde, ya estaremos muy lejos.

—¿Y la señorita Destange?

—Voy a reunirme con ella en una hora.

—¿En su casa?

—No, no. Ella no volverá allí hasta dentro de unos días. Una vez haya pasado la tormenta y yo no tenga nada de qué preocuparme excepto de cuidar de ella. Pero tú tienes que darte prisa, Dubreuil. Te llevará bastante tiempo cargar todas nuestras mercancías y tu

presencia es necesaria en el muelle.

—¿Estás seguro de que no nos están vigilando?

—¿Quién? No le tengo miedo a nadie más que a Sholmes.

Dubreuil se retiró. Félix Davey hizo una última ronda por el apartamento, recogió dos o tres cartas rotas y luego se hizo con un trozo de tiza que había visto, dibujó un gran marco sobre el papel oscuro de la pared del comedor y escribió, como si fuera una placa conmemorativa:

> *Arsène Lupin, caballero ladrón, vivió aquí durante cinco años a principios del siglo XX.*

Esta pequeña broma pareció causarle gran satisfacción. Contempló su obra con un aire animado y exclamó:

—Ahora que me he puesto en contacto con los historiadores de las generaciones futuras, ya podemos irnos. Debes darte prisa, maestro Herlock Sholmes, en tres minutos, me habré marchado y tu derrota será total... ¡Solo quedan dos minutos! Me estás haciendo esperar, maestro. ¡Un minuto! ¿No vas a venir? Bueno, entonces, proclamo tu derrota y mi apoteosis. Y ahora, me marcho. ¡Adiós, reino de Arsène Lupin! No volveré a verte. ¡Adiós a las cincuenta y cinco habitaciones de los seis apartamentos en los que reiné! ¡Adiós, mi pequeña y austera habitación!

Su estallido de alegría se vio interrumpido por el agudo, rápido y estridente sonido de un timbre que cesó dos veces, comenzó a sonar otras dos y se apagó.

Era la alarma.

¿Qué problema había? ¿Qué peligro imprevisto había surgido? ¿Ganimard? Por supuesto que no.

Estaba a punto de regresar a su despacho y escapar pero, primero, se acercó a la ventana. No había nadie en la calle. ¿El enemigo se encontraba ya en la casa? Escuchó y creyó discernir unos sonidos confusos. Sin vacilación, corrió a su despacho y, al cruzar el umbral, distinguió el ruido de una llave que alguien intentaba introducir en la cerradura de la puerta del vestíbulo.

—Maldita sea —murmuró—. No tengo tiempo que perder. Puede que la casa esté rodeada. Es imposible escapar por la escalera de servicio. Afortunadamente, está la chimenea...

Empujó con fuerza la moldura, pero no se movió. Lo intentó con más fuerza, pero siguió sin moverse.

Al mismo tiempo, tuvo la impresión de que se había abierto la puerta de abajo y que podía oír pasos.

—Maldita sea —repitió—, si este condenado mecanismo no responde, estoy perdido...

Sus dedos se pusieron tensos alrededor de la moldura y empujó con todas sus fuerzas. No se movió nada. ¡Nada! Producto de una mala suerte increíble, de una verdadera maldad del destino, el mecanismo, que había funcionado hacía solo un momento, ya no funcionaba.

Estaba furioso. El bloque de mármol permaneció inerte, inamovible.

¡Maldición! ¿Sería posible que su huida se viera truncada por aquel estúpido obstáculo? Golpeó el mármol con rabia, lo golpeó de nuevo, lo maldijo.

—¿Qué sucede, monsieur Lupin? ¿Hay algo que no funciona tal como lo tenías previsto?

Lupin se giró, temblando de miedo. ¡Herlock Sholmes estaba delante de él!

¡Herlock Sholmes! Entornó los ojos para observarlo, como si aquella visión cruel lo avergonzara. ¡Herlock Sholmes en París! Herlock Sholmes, a quien había enviado a Inglaterra el día anterior porque suponía un peligro para él, ahora estaba delante de su persona, libre y con aire victorioso. Para conseguir llevar a cabo tal milagro imposible en contra de la voluntad de Arsène Lupin, era necesario alterar las leyes naturales, que triunfara todo lo que es ilógico y fuera de lo normal. ¡Herlock Sholmes estaba delante de él!

El inglés habló con un tono irónico, rezumando esa amabilidad cargada de desdén con la que su adversario le había azotado tantas veces:

—Querido Lupin, te advierto que, a partir de este instante, no volveré a pensar en la noche que me hiciste pasar en casa del barón de Hautrec, en las desgracias que ha sufrido mi amigo Wilson, en mi secuestro en el coche, ni en este viaje que acabo de hacer, atado según tus órdenes a una incómoda litera. Este momento lo borra todo. Ya no me acuerdo de nada. He sido recompensado. He sido tremendamente recompensado.

Lupin se mantuvo en silencio así que el inglés continuó hablando:

—¿No estás de acuerdo?

Parecía insistir como si exigiera un reconocimiento, como una especie de liberación del pasado.

Después de un momento de reflexión, durante el cual el inglés sintió que lo estaba examinando hasta lo más profundo de su alma, Lupin dijo:

—Supongo, monsieur, que tu conducta actual se basa en razones sólidas.

—Extremadamente sólidas.

—El hecho de que hayas escapado de mi capitán y mis marineros es solo un incidente secundario de nuestra lucha. Pero el hecho de que estés aquí ante mí, solo, entiéndeme, solo cara a cara con Arsène Lupin, me lleva a pensar que tu venganza no tiene ninguna fisura.

—Ni la más mínima.
—¿Esta casa?
—Rodeada.
—¿Las dos casas vecinas?
—Rodeadas.
—¿El apartamento de arriba?
—Los tres apartamentos del quinto piso que antes ocupaba Dubreuil, rodeados.
—De modo que...
—De modo que estás atrapado, Lupin, sin posibilidad de escapatoria.
Los mismos sentimientos que Sholmes había experimentado durante su viaje en coche los experimentó ahora Lupin; la misma furia concentrada, las mismas ansias de rebeldía, pero también, al fin y al cabo, la misma lealtad doblegada bajo el peso de la realidad. Ambos eran igualmente poderosos y tenían que aceptar la derrota como un mal transitorio ante el que resignarse.
—Estamos en paz —dijo, sencillamente.
El inglés parecía estar encantado al oír aquella declaración.
Guardaron silencio. Lupin se recompuso y tomó la palabra, sonriendo:
—¡Y no lo siento! Ganar una y otra vez, todo el tiempo, resulta bastante monótono. Siempre estabas a mi alcance y no tenía más que estirar el brazo para golpearte en el pecho. Y ahora estoy en tus manos. *Touché*, maestro.
Se rio con ganas.
—Por fin nos vamos a divertir. Lupin ha caído en la trampa. ¿Cómo va a salir de esta? Está atrapado. ¡Qué aventura! ¡Oh, maestro, te debo una por tantas emociones! Esto es vida.
Apretó los dos puños cerrados como para suprimir la alegría tumultuosa que bullía en su interior, dejó entrever también los gestos de un niño que se divertía de manera incontrolable.
Finalmente, se acercó al inglés.
—Y ahora, ¿a qué estás esperando?
—¿A qué estoy esperando?
—Sí, Ganimard está aquí con sus hombres. ¿Por qué no entra?
—Le pedí que no entrara.
—¿Y lo aceptó?
—Acepté sus servicios con la única condición de que se dejara guiar por mis órdenes. Además, cree que Félix Davey es simplemente un cómplice de Lupin.
—Permíteme reformular mi pregunta. ¿Por qué has entrado solo?
—Quería hablar contigo primero.
—¡Ah! Querías hablar conmigo.

Esa idea parecía agradar inmensamente a Lupin. Hay ciertas circunstancias en las que las palabras son preferibles a los hechos.

—Sholmes, lamento no poder ofrecerte ningún sillón. ¿Qué te parece esa caja rota? ¿O tal vez prefieres la ventana? Estoy seguro de que un vaso de cerveza sería bienvenido. ¿Qué prefieres, tostada o rubia? Pero siéntate, por favor.

—Déjalo. Charlemos.

—Te escucho.

—Seré breve. El propósito de mi estancia en Francia no era arrestarte. Si me vi obligado a perseguirte, fue porque no había otra manera de lograr mi verdadero objetivo.

—¿Y cuál es?

—¡Encontrar el diamante azul!

—¡El diamante azul!

—Claro, puesto que el que encontraron en la botella del cónsul Bleichen no era el auténtico.

—Así es. El verdadero diamante fue enviado por la dama rubia, encargué que hicieran una copia exacta y como por aquel entonces tenía planes para otras joyas de la condesa, y como el cónsul Bleichen ya era sospechoso, la dama rubia metió el diamante falso en el equipaje del cónsul para evitar ser ella misma sospechosa.

—Mientras tú tenías el verdadero.

—Por supuesto.

—Necesito el diamante.

—Imposible. Lo siento mucho.

—Se lo prometí a la condesa de Crozon. Debo recuperarlo.

—¿Y cómo lo conseguirás si está en mi poder?

—Lo conseguiré precisamente porque lo tienes tú.

—¿Crees que te lo voy a devolver?

—Sí.

—¿Voluntariamente?

—Te lo compraré.

Lupin reaccionó con alegría.

—Se nota que eres inglés. Estás tratando el asunto como una cuestión de negocios.

—Es una cuestión de negocios.

—¿Y qué me ofreces?

—La libertad de la señorita Destange.

—¿Su libertad? No sabía que estuviera arrestada.

—Le daré a Ganimard las indicaciones necesarias y, privada de tu protección, será fácil arrestarla.

Lupin volvió a reírse.

—Mi querido amigo, me estás ofreciendo algo que no tienes. La señorita Destange está a salvo y sin nada que temer. Tendrás que

hacerme otra oferta.

El inglés dudó, visiblemente avergonzado, con las mejillas un tanto ruborizadas. Entonces, de repente, puso su mano sobre el hombro de su oponente.

—¿Y si te ofreciera...?

—¿Mi libertad?

—No, pero puedo salir de aquí, consultar con Ganimard...

—¿Y darme tiempo para pensarlo?

—Sí.

—¿Y de qué me va a servir eso? Este maldito mecanismo ya no funciona —dijo Lupin al tiempo que empujaba la moldura de la chimenea, irritado.

Sofocó un grito de asombro ya que esta vez, caprichos del destino, la fortuna lo favoreció y el bloque de mármol se movió bajo sus dedos.

Era la salvación, la esperanza de poder escapar. En ese caso, ¿qué sentido tenía someterse a las condiciones impuestas por Sholmes?

Caminó de derecha a izquierda, como si estuviera meditando su respuesta. Luego, puso él también la mano en el hombro del inglés.

—Bien pensado, Sholmes, prefiero seguir haciendo las cosas a mi manera.

—Pero...

—No, no necesito a nadie.

—Cuando Ganimard te atrape, se acabará todo. No te dejará escapar.

—¿Quién sabe?

—Pero es una locura. Todas las salidas están vigiladas.

—Queda una.

—¿Cuál?

—La que yo elija.

—¡Meras palabras! Puedes dar por hecho tu arresto.

—No.

—¿Entonces?

—Entonces me quedo el diamante azul.

Sholmes sacó su reloj.

—Son las tres menos diez. A las tres llamaré a Ganimard.

—Así que tenemos diez minutos por delante para charlar. Aprovechémoslos, Sholmes. Y, para satisfacer la curiosidad que me devora, cuéntame cómo conseguiste mi dirección y el nombre de Félix Davey.

Mientras observaba con atención a Lupin, cuyo buen humor le preocupaba, Sholmes se mostró dispuesto a ofrecerle esta pequeña explicación que a su vez alimentaba su autoestima. Le respondió:

—¿Tu dirección? La conseguí de la dama rubia.

—¡Clotilde!

—Ella misma. Recuerda. Ayer por la mañana, cuando pensaba llevarla en coche, llamó a su costurera.

—Así es.

—Bueno, más tarde entendí que la costurera eras tú. Y anoche en el barco, haciendo un esfuerzo por recordar los números que había marcado, una de las cosas por las que me permitirás sentirme orgulloso, me las arreglé para dar con los últimos dos dígitos de tu número de teléfono: 73. De esta manera, al tener en mi poder una lista de las casas «retocadas», tan pronto como llegué a París esta mañana, a las once, me fue fácil buscar y encontrar en el directorio telefónico el nombre y la dirección de Félix Davey. Tras conocer el nombre y la dirección, pedí ayuda a Ganimard.

—Admirable. Excepcional. Te felicito. Pero lo que no entiendo es cómo pudiste coger el tren de Le Havre. ¿Cómo escapaste de *La Golondrina*?

—No escapé.

—Pero...

—Le pediste al capitán que no llegara a Southampton antes de la una. Desembarqué a medianoche así que pude coger el barco a Le Havre.

—¿El capitán me traicionó? Es inaceptable.

—No te ha traicionado.

—¿Entonces?

—Su reloj.

—¿Su reloj?

—Sí, adelanté una hora su reloj.

—¿Cómo?

—Como se adelanta un reloj, girando la cuerda. Estábamos sentados uno al lado del otro mientras le contaba historias que mantenían despierto su interés. No se dio cuenta.

—Bravo, un truco muy inteligente, lo admito. Pero ¿y el reloj que estaba colgado en la pared de la cabina?

—Ese fue más difícil porque tenía las piernas atadas, pero el marinero que me custodiaba durante las ausencias del capitán tuvo la amabilidad de girar las manecillas por mí.

—¿Él? ¡No puede ser! ¿Y lo aceptó?

—No era consciente de la importancia de su acto. Le dije que debía coger el primer tren para Londres a toda costa y se dejó convencer.

—Por...

—Por un pequeño regalo que el hombre, de naturaleza excelente, quiere entregarte con toda su lealtad.

—¿Qué regalo?

—Una mera trivialidad.

—Pero ¿qué?

—El diamante azul.

—¡El diamante azul!

—Sí, el falso, el que sustituiste por el diamante de la condesa y que ella me confió.

Aquello provocó una carcajada. Lupin se rio tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Madre mía, qué divertido. Mi falso diamante en manos del marinero. ¡Y el reloj del capitán! ¡Las manecillas del reloj de pared!

Nunca antes Sholmes había sentido la violencia del enfrentamiento entre Lupin y él como hasta ahora. Su instinto prodigioso le advirtió que, bajo aquella excesiva alegría, su rival se concentraba de manera formidable, que reunía todas sus facultades.

Poco a poco, Lupin se acercó. El inglés reculó y, distraído, metió la mano en el bolsillo.

—Son las tres, Lupin.

—¿Ya? ¡Qué pena! Con lo que nos estábamos divirtiendo.

—Estoy esperando tu respuesta.

—¿Mi respuesta? ¡Qué exigente! Así que este es el final de nuestras intrigas y lo que está en juego es mi libertad.

—O el diamante azul.

—Venga, tú primero. ¿Qué haces?

—Póquer de reyes —dijo Sholmes, y sacó un arma.

—Y yo de ases —respondió Arsène, que le lanzó un puñetazo al inglés.

Sholmes había disparado al aire para alertar a Ganimard, cuya intervención le parecía urgente. Pero el puño de Arsène lo golpeó directamente en el estómago; palideció y tropezó. Lupin corrió hacia la chimenea de un salto y empujó la losa de mármol.

¡Demasiado tarde! La puerta se había abierto.

—Ríndete, Lupin. De lo contrario…

Sin duda, Ganimard había estado esperando más cerca de lo que Lupin creía; y ahora estaba allí, apuntándole con su arma. Detrás de Ganimard, diez, veinte hombres, fuertes y sin escrúpulos, entraban a empujones dispuestos a abatirlo como a un perro a la más mínima señal de resistencia.

Hizo un gesto, muy tranquilo.

—Bajad las armas. Me rindo.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

Todos se quedaron asombrados. En la habitación despojada de sus muebles y cuadros, las palabras de Arsène Lupin se prolongaron y resonaron como un eco. «Me rindo». Parecía increíble. Todos esperaban que de repente desapareciera a través de una escotilla, o que una pared se viniera abajo y le permitiera escapar de nuevo de sus atacantes. ¡Pero se estaba rindiendo!

Ganimard avanzó y, muy conmovido, con toda la gravedad que la importancia de la ocasión exigía, extendió la mano sobre su oponente, despacio, y tuvo el placer infinito de pronunciar las palabras:

—Estás arrestado, Lupin.

—Brrr —gruñó Lupin—, me impresionas, mi querido Ganimard. ¡Qué cara tan lúgubre! Uno podría pensar que hablas sobre la tumba de un amigo. Venga, hombre, que no parezca que estás en un funeral.

—Estás arrestado.

—¿Y eso te sorprende? En nombre de la ley de la que eres un fiel ejecutor, Ganimard, inspector jefe, arrestas al malvado Lupin. Un acontecimiento histórico y del que comprendes la importancia. Y esta es la segunda vez que ha sucedido. ¡Bien hecho, Ganimard! Llegarás muy lejos en tu carrera.

Extendió las muñecas a la espera de las esposas.

Se las colocó de la manera más solemne. Los agentes, a pesar de su brusquedad habitual y de la amargura de su resentimiento contra Lupin, actuaron con reserva, asombrados de que se les permitiera tocar a aquel ser intangible.

—Mi pobre Lupin. —Suspiró—. ¿Qué dirían tus amigos aristocráticos si te vieran en esta situación tan humillante?

Separó las muñecas con un enorme y continuo esfuerzo de todos sus músculos. Se le hincharon las venas de la frente. Los eslabones de la cadena le cortaron la piel.

—Vamos —dijo.

La cadena se rompió.

—Necesito otras, camaradas, estas no valen para nada.

Esta vez le pusieron dos y él aprobó el detalle.

—¡Ya era hora! Nunca son demasiadas precauciones.

Luego, contando a los agentes, dijo:

—¿Cuántos sois, amigos míos? ¿Veinticinco? ¿Treinta? Demasiados, no puedo hacer nada. ¡Ah! Si hubierais venido solo quince.

Realmente había algo fascinante en Lupin; parecía un gran actor que hace su papel por instinto y brío, con impertinencia y facilidad. Sholmes lo miraba como quien observa un hermoso espectáculo del que se es capaz de apreciar toda la belleza y los matices. Y realmente tenía la extraña impresión de que era una lucha igual entre aquellos treinta hombres de un lado, armados como estaban con toda la fuerza de la justicia y, por el otro, aquel individuo solitario, desarmado y esposado. Sí, los dos frentes estaban bien compensados.

—Bueno, maestro —dijo Lupin—, esto es obra tuya. Gracias a ti, Lupin se va a pudrir sobre la paja húmeda de una mazmorra. Reconoce que te pesa un poco la conciencia y que tu alma está llena de remordimiento.

A su pesar, el inglés se encogió de hombros, como si dijera: «Es

culpa tuya».

—¡Nunca! ¡Nunca! —exclamó Lupin—. ¿Devolver el diamante azul? No, me ha costado demasiados problemas. Me lo quedo. Con motivo de mi primera visita que tendré el honor de hacerte en Londres, sin duda el mes que viene, te contaré las razones. ¿Estarás en Londres el mes que viene? ¿Prefieres Viena? ¿San Petersburgo?

Se sobresaltó. De repente, se oyó una alarma en el techo. Pero no era una alarma, sino el timbre de una llamada del teléfono que se encontraba en el escritorio entre las dos ventanas y que todavía no se habían llevado.

¡El teléfono! ¡Ah! ¿Quién iba a caer en esta desafortunada trampa? Arsène Lupin exhibió un gesto de rabia contra el desafortunado objeto, como si quisiera romperlo en mil pedazos y sofocar así la misteriosa voz que le llamaba. Pero fue Ganimard quien cogió el auricular.

—¿Diga? ¿Diga? El número 64873... Sí, está aquí.

Rápidamente y con autoridad, Sholmes lo apartó, cogió el receptor y cubrió el transmisor con su pañuelo para camuflar el tono de su voz.

En ese momento miró a Lupin y la mirada que intercambiaron indicaba que se les había ocurrido la misma idea a los dos y que ambos predijeron el resultado final de aquella posible, probable, casi cierta hipótesis: era la dama rubia quien había telefoneado. Creía llamar a Félix Davey, o más bien a Maxime Bermond, pero estaba a punto de confiarse a Sholmes.

El inglés dijo:

—¿Diga? ¿Diga?

Silencio. Sholmes continuó:

—Sí, soy yo, Maxime.

El drama había comenzado y progresaba con una precisión trágica. Lupin, el indomable y burlón Lupin, ni siquiera intentaba ocultar su ansiedad y con la tez pálida por su estado intentaba oír, adivinar. Sholmes continuó, en respuesta a la misteriosa voz:

—¿Diga? Sí, todo ha terminado y estaba a punto de reunirme contigo, como habíamos acordado. ¿Dónde? Donde estás ahora. ¿No crees que sigue allí?

Vaciló en busca de las palabras adecuadas, luego se detuvo. Estaba claro que trataba de interrogar a la muchacha sin ir demasiado lejos y que ignoraba su paradero. Además, la presencia de Ganimard parecía molestarle. ¡Ay! Ojalá algún milagro interrumpiera aquella maldita conversación. Lupin lo llamó con todas sus fuerzas, con los nervios en tensión. Y Sholmes dijo:

—¿Diga? ¿Cómo? ¿No me oyes? Yo tampoco, muy mal... Apenas puedo entender... ¿Me oyes? Bueno, ya está. Pensándolo detenidamente, es mejor que te vayas a casa. ¿Qué peligro? No, ninguno. ¡Está en Inglaterra! He recibido un telegrama de

Southampton que confirma su llegada.

¡La ironía de aquellas palabras! Sholmes las pronunciaba con una comodidad inexpresable. Y añadió:

—Así que no pierdas más tiempo, querida. Te veré allí.

Colgó el receptor.

—Ganimard, necesito a tres de tus hombres.

—Es por la dama rubia, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes quién es? ¿Dónde está?

—Sí.

—¡Caramba! ¡Gran captura! Con Lupin, es un día completo. Folenfant, coge a dos hombres y acompáñalo.

El inglés se marchó acompañado por los tres agentes.

Todo había acabado. La dama rubia también estaba a punto de caer en las manos del inglés. Gracias a su admirable obstinación, a una combinación de circunstancias fortuitas, la batalla había terminado para él con una victoria; para Lupin, con un desastre irreparable.

—¡Monsieur Sholmes!

El inglés se detuvo.

—¿Monsieur Lupin?

Lupin parecía profundamente destrozado por este golpe final. Unas profundas arrugas le surcaban la frente. Se lo veía cansado, con un aire sombrío. Sin embargo, se recuperó en un estallido de energía. Y a pesar de todo, alegre y desenvuelto, exclamó:

—Estarás de acuerdo en que el destino está en mi contra. Hace unos minutos, me ha impedido escapar a través de la chimenea y me ha puesto en tus manos. Ahora, se sirve del teléfono para presentarte a la dama rubia. Me someto a sus decretos.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que estoy dispuesto a reabrir negociaciones.

Sholmes se llevó a un lado al inspector y solicitó permiso para intercambiar algunas palabras con Lupin, en un tono que no permitía ninguna respuesta. Luego, se acercó a él. ¡La conversación definitiva!

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó en un tono seco y nervioso.

—La libertad de la señorita Destange.

—¿Conoces el precio?

—Sí.

—¿Y lo aceptas?

—Acepto todas tus condiciones.

—¡Ah! —exclamó el inglés, sorprendido—. Pero te negaste para salvarte a ti.

—Sí, se trataba de mí, Sholmes. Ahora se trata de una mujer, de la mujer a la que amo. Verás, en Francia, tenemos unas ideas muy particulares sobre estas cosas y no actuamos de manera diferente

porque nos llamemos Lupin. ¡Al contrario!

Lo dijo con mucha calma. Sholmes respondió con una inclinación casi imperceptible de la cabeza y murmuró:

—Entonces, ¿el diamante azul?

—Coge mi bastón, en el rincón de la chimenea. Aprieta la empuñadura con una mano y, con la otra, gira la abrazadera de hierro en el extremo opuesto.

Sholmes cogió el bastón y giró la abrazadera, se dio cuenta de que la empuñadura se estaba deslizando. Dentro de esta había una bola de masilla. En la bola, un diamante.

Lo examinó. Era el diamante azul.

—La señorita Destange es libre, Lupin.

—¿Libre tanto en el presente como en el futuro? ¿No tiene nada que temer de ti?

—Ni de nadie.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase. He olvidado su nombre y su dirección.

—Muchas gracias. Y hasta pronto. Porque nos volveremos a ver, ¿verdad, Sholmes?

—No me cabe ninguna duda.

Luego, siguió una conversación bastante agitada entre el inglés y Ganimard a la que Sholmes puso fin abruptamente:

—Lamento mucho que no podamos estar de acuerdo en ese punto, Ganimard. Pero no tengo tiempo para convencerte. Regreso a Inglaterra en una hora.

—Pero ¿y la dama rubia?

—No conozco a esa persona.

—Hace un momento...

—Tómatelo como quieras. Ya te he entregado a Lupin y aquí tienes el diamante azul. Te cedo el placer de entregárselo a la condesa de Crozon. ¿Qué más quieres?

—Pero ¿la dama rubia?

—Encuéntrala.

Se caló el sombrero y se marchó rápidamente, como un caballero acostumbrado a irse en cuanto ha terminado de arreglar sus asuntos.

—Buen viaje, maestro —exclamó Lupin—. Nunca olvidaré la buena relación que hemos tenido, créeme. Saluda a Wilson de mi parte.

Al no recibir ninguna respuesta, Lupin añadió en tono burlón:

—Eso es lo que se conoce como marcharse a la inglesa. Ay, la dignidad insular carece del toque de cortesía por la que nos distinguimos los de aquí. Piénsalo, Ganimard. Piensa en cómo se habría marchado un francés en tales circunstancias, con qué refinamiento y cortesía habría enmascarado su triunfo. Pero, Ganimard, ¿qué estás haciendo? ¿Un registro del domicilio? No queda

nada, mi pobre amigo, ni un trozo de papel. Mis archivos están en un lugar seguro.

—¿Quién sabe? ¡Quién sabe!

Lupin se resignó. Retenido por dos agentes y rodeado por todos los demás, asistió pacientemente a las diversas operaciones. Pero veinte minutos después suspiró.

—Rápido, Ganimard. Así no vas a terminar nunca.

—¿Es que tienes prisa?

—Sí, ¡tengo una cita urgente!

—¿En la comisaría?

—No, en la ciudad.

—¡Ja! ¿A qué hora?

—A las dos.

—Son las tres.

—Exacto. Ya llego tarde y lo que más odio en este mundo es llegar tarde.

—¿Me das cinco minutos?

—Ni uno más.

—Qué amable. Lo voy a intentar.

—No hables tanto. ¿Todavía estás con ese armario? ¡Pero si está vacío!

—Pues hay algunas cartas.

—Facturas viejas.

—No, un paquete atado con una cinta.

—¿Una cinta rosa? ¡Oh! Ganimard, no lo desates, por lo que más quieras.

—¿Es de una mujer?

—Sí.

—¿Una mujer de mundo?

—La mejor.

—¿Su nombre?

—Madame Ganimard.

—Qué gracioso, qué gracioso —exclamó el inspector en un tono forzado.

En ese momento, entraron los hombres que había enviado a registrar las otras habitaciones y anunciaron que las búsquedas no habían dado ningún resultado. Lupin se echó a reír.

—¿Es que esperabas descubrir la lista de mis camaradas, o pruebas de mi relación con el emperador de Alemania? Ganimard, lo que habría que buscar son los pequeños misterios de este apartamento. Por ejemplo, ese tubo de gas es una tubería acústica. Esta chimenea esconde una escalera. Esta pared está hueca. Por no hablar del maravilloso sistema de campanas. Mira, Ganimard, presiona este botón.

Ganimard obedeció.

—¿No has oído nada? —le preguntó Lupin.

—No.

—No, yo tampoco. Sin embargo, has avisado al comandante de mi parque aerostático para que prepare el globo dirigible que pronto nos llevará a las nubes.

—Venga —dijo Ganimard, que había terminado su inspección—. Basta de tonterías, vámonos.

Dio unos pasos seguido por sus hombres.

Lupin no se movió ni un centímetro.

Los guardias lo empujaron. En vano.

—¿Qué pasa? —dijo Ganimard—. ¿Te niegas a caminar?

—En absoluto.

—En ese caso...

—Pero depende.

—¿De qué?

—De adónde me vas a llevar.

—A la comisaría, por supuesto.

—Entonces me niego a caminar. No tengo nada que hacer en la comisaría.

—¿Estás loco?

—¿No te dije que tenía una cita importante?

—¡Lupin!

—Ganimard, la dama rubia espera mi visita. ¿Crees que sería tan descortés como para causarle preocupación? Sería indigno de un hombre tan galante como yo.

—Escucha, Lupin —respondió el inspector a quien comenzaba a irritar aquella insistencia—. He sido muy paciente contigo hasta ahora. Pero tengo mis límites. Sígueme.

—Imposible. Tengo una cita y pienso acudir.

—Por última vez.

—Im-po-si-ble.

Ganimard hizo una señal. Dos hombres cogieron a Lupin por debajo del brazo, pero lo soltaron inmediatamente con un gemido de dolor: Arsène Lupin les había clavado dos agujas largas en la piel con ambas manos.

Enfurecidos, los otros hombres se lanzaron sobre él, por fin libres para dar rienda suelta a su odio, deseosos de vengar a sus compañeros y tantos otros enfrentamientos; lo golpearon una y otra vez. Un golpe violento impactó en la sien. Cayó al suelo.

—Si le hacéis daño, tendréis que véroslas conmigo —gruñó Ganimard, furioso.

Se inclinó sobre él para determinar su estado. Al ver que respiraba con normalidad, ordenó a sus hombres que lo cogieran por los pies y

la cabeza, mientras que él mismo lo sujetaba por los riñones.

—Con cuidado, sin sobresaltos. Qué brutos, si los dejo, lo habrían matado. Ey, Lupin, ¿cómo estás?

Lupin abrió los ojos. Balbuceó:

—No muy bien, Ganimard. Les has dejado que me golpearan.

—Ha sido culpa tuya, maldita sea, por tu terquedad —respondió Ganimard—. Lo siento. Espero que no te hayan hecho daño.

Estaban en el rellano. Lupin gemía.

—Ganimard, el ascensor. Me van a romper los huesos.

—Buena idea, excelente idea —aprobó Ganimard—. Además, la escalera es tan estrecha que no habría manera.

Llamó al ascensor. Colocaron a Lupin en el asiento con todo tipo de precauciones. Ganimard se sentó junto a él y les dijo a sus hombres:

—Bajad al mismo tiempo que nosotros y esperadme delante de la caseta del conserje. ¿Entendido?

Cogió la puerta, pero nada más cerrarla se oyeron gritos. De repente, el ascensor salió disparado como un globo al que le acaban de cortar el cable. Lupin estalló en una carcajada sarcástica.

—¡Pero qué diablos! —gritó Ganimard mientras buscaba frenéticamente entre las sombras el botón de descenso.

Al no encontrarlo, gritó:

—¡La quinta planta! ¡Rápido! Vigilad la puerta de la quinta.

Los agentes subieron las escaleras de cuatro en cuatro. Pero se dio una extraña circunstancia: el ascensor pareció atravesar el techo del piso superior, desapareció de la vista de los agentes, emergió de pronto en el piso del servicio y se detuvo. Tres hombres estaban esperando para abrir la puerta. Dos de ellos se apoderaron de Ganimard, quien, aturdido e incapaz de moverse, ni siquiera pensó en defenderse. El tercero se llevó a Lupin.

—Ya te lo advertí, Ganimard. La salida en globo. ¡Gracias a ti! La próxima vez, sé menos compasivo. Y sobre todo, recuerda que Arsène Lupin no se deja golpear y herir sin motivo. Adiós.

La puerta del ascensor ya estaba cerrada y el ascensor, con Ganimard en su interior, regresó a los pisos inferiores. Todo sucedió tan rápido que el viejo policía llegó a la caseta del conserje al mismo tiempo que los agentes.

Sin intercambiar una palabra, corrieron por el patio y subieron por la escalera de servicio, la única manera de llegar al piso desde el que se había fugado.

Un largo pasillo con varios recodos, bordeado de pequeñas habitaciones numeradas, conducía a una puerta que no estaba cerrada con llave. Al otro lado de la puerta y, por lo tanto, en otra casa, se extendía otro pasillo con recodos y habitaciones similares. Al final, una escalera de servicio. Ganimard descendió, cruzó un patio, un

vestíbulo y corrió hasta una calle, la rue Picot. Entonces lo entendió: las dos casas, construidas ocupando toda la profundidad de la parcela, se tocaban y sus fachadas daban a dos calles no perpendiculares, sino paralelas, y separadas la una de la otra por más de sesenta metros.

Entró en la conserjería y mostró su tarjeta.

—¿Acaban de pasar cuatro hombres? —preguntó.

—Sí, los dos sirvientes del cuarto y del quinto, y dos amigos.

—¿Quién vive en el cuarto y el quinto?

—Los caballeros Fauvel y sus primos Provost. Se han mudado hoy. Solo quedaban esos dos sirvientes y se acaban de marchar.

«¡Ah!», pensó Ganimard, que se dejó caer sobre un sofá en la conserjería. «Qué gran oportunidad hemos desperdiciado. Toda la banda ocupaba este bloque».

Cuarenta minutos más tarde, dos caballeros llegaron en coche a la Gare du Nord y se apresuraron a coger el expreso de Calais, seguidos por un mozo que llevaba sus maletas.

Uno de ellos llevaba un brazo en cabestrillo y su pálido rostro no era indicativo de buena salud. El otro parecía alegre.

—Rápido, Wilson, no podemos perder el tren. ¡Ay! Wilson, nunca olvidaré estos diez días.

—No, yo tampoco.

—Ay, qué alegría dan los enfrentamientos emocionantes.

—Son magníficos.

—Apenas con algún problemilla aquí y allá.

—Sin importancia.

—Y finalmente, una victoria en toda regla. ¡Lupin detenido! ¡El diamante azul recuperado!

—Mi brazo roto.

—Cuando se trata de logros de tal calibre, no importa un brazo roto.

—Especialmente el mío.

—¡Pues sí! Acuérdate, Wilson. Descubrí el hilo que me guio a través de la oscuridad cuando estabas en la farmacia, sufriendo como un héroe.

—¡Qué feliz coincidencia!

Se iban cerrando las puertas.

—Todos a bordo, por favor. Dense prisa, caballeros.

El mozo subió los escalones de un compartimento vacío y colocó las maletas en el portaequipaje mientras Sholmes ayudaba a subir al desafortunado Wilson.

—Pero ¿qué te pasa, Wilson? No estás acabado todavía. Sé fuerte, mi viejo camarada.

—No son las fuerzas lo que me falla.

—Entonces, ¿qué?

—Solo tengo una mano disponible.

—¡Y qué! —exclamó con alegría Sholmes—. Menudo problema. Como si fueras el único que ha pasado por algo así. ¿Qué ocurre con los pingüinos? ¿Los de verdad? Vamos, no es para tanto.

Le dio al hombre que había cargado sus maletas una moneda de cincuenta céntimos.

—Muchas gracias, amigo mío. Para usted.

—Gracias, monsieur Sholmes.

El inglés levantó la mirada. Arsène Lupin.

—¡Tú! ¡Tú! —balbuceó, asombrado.

Wilson tartamudeó, haciendo gestos con su única mano como para dar énfasis a sus palabras.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Pero si te habían arrestado! Me lo ha contado Sholmes. Cuando se marchó, Ganimard y sus treinta agentes te tenían rodeado.

Lupin se cruzó de brazos, con aire indignado.

—¿Creías que os dejaría marchar sin decir adiós? Después de la estupenda relación de amistad que hemos establecido. Eso sería de lo más descortés por mi parte. ¿Por quién me tomáis?

El tren silbó.

—Bueno, os perdono. ¿Tenéis todo lo que necesitáis? Tabaco, cerillas... Sí. ¿Y los periódicos de la tarde? En ellos podréis leer los detalles sobre mi arresto, tu última hazaña, maestro. Y ahora, adiós, y encantado de conocerte. Verdaderamente encantado. Y si alguna vez me necesitas, será un placer poder ayudar.

Saltó al andén y cerró la puerta.

—Adiós —repitió, agitando su pañuelo—. Adiós. Te escribiré. Tú también me escribirás, ¿verdad? Y cuéntame cómo va tu brazo roto, Wilson. Espero noticias de los dos, alguna postal de vez en cuando. Mi dirección: Lupin, París. Eso es suficiente. No hace falta franqueo. Adiós. Hasta pronto.

SEGUNDA PARTE

LA LÁMPARA JUDÍA

1

Herlock Sholmes y Wilson estaban sentados a derecha e izquierda de la gran chimenea, con los pies estirados hacia el cómodo fuego de coque.

La pipa de Sholmes, de madera de brezo con montura plateada, se apagó. Vació las cenizas, la rellenó, la encendió, se colocó la bata encima de las rodillas y dio largas caladas a su pipa; después pasó el rato ingeniándoselas para lanzar al techo pequeños anillos de humo.

Wilson lo estaba mirando como un perro acurrucado en una alfombra ante el fuego mira a su amo, con unos grandes ojos redondos que no tienen más esperanza que obedecer el menor gesto de su dueño.

¿El maestro iba a romper el silencio? ¿Iba a revelarle el secreto de lo que ocupaba sus pensamientos actualmente? ¿A abrirle las puertas del reino de la meditación cuya entrada parecía prohibida a Wilson?

Sholmes guardaba silencio.

Wilson se atrevió a hablar:

—Todo parece tranquilo. No hay ni un caso al que hincarle el diente.

Sholmes seguía guardando un silencio cada vez más violento, pero los anillos de humo que lanzaba estaban mejor formados y cualquier otra persona aparte de Wilson se habría dado cuenta de que aquel pequeño logro le provocaba una profunda satisfacción, disfrutaba de esos momentos en los que el cerebro está completamente vacío de pensamientos.

Desanimado, Wilson se levantó y se acercó a la ventana.

La triste calle se extendía entre las fachadas aburridas de las casas, bajo un cielo oscuro del que caía una lluvia furiosa. Un taxi pasó, luego otro. Wilson escribió los números en su cuaderno. Por si acaso.

—Mira —exclamó—, el cartero.

El hombre entró siguiendo al mayordomo.

—Dos cartas certificadas. ¿Me puede firmar?

Sholmes firmó el registro, acompañó al hombre a la puerta y regresó mientras abría una de las cartas.

—Pareces contento —dijo Wilson un momento después.

—Esta carta contiene una propuesta muy interesante. Querías un caso, pues aquí hay uno. Lee.

Señor:

Necesito pedirle la ayuda de su experiencia. He sido víctima de un robo importante y la investigación llevada a cabo hasta ahora no parece tener éxito.

Le envío con esta carta varios periódicos que le informarán sobre este caso y, si lo acepta, pongo mi casa a su disposición y le pido que anote en el cheque adjunto, firmado por mí, la cantidad que necesite para sus gastos de viaje.

Por favor, sea tan amable de enviarme un telegrama con su respuesta y que estas palabras sirvan como reflejo de mi más alta consideración.

Barón Victor de Imblevalle, rue Murillo, 18.

—¡Ah! —exclamó Sholmes—. Esto suena muy bien. Un viajecito a París, ¿por qué no? Desde mi famoso duelo con Arsène Lupin, no he tenido la oportunidad de volver. Me gustaría visitar la capital del mundo en unas condiciones un poco más tranquilas.

Rompió el cheque en cuatro trozos y abrió el segundo sobre mientras Wilson, que todavía no había recuperado su fuerza anterior en el brazo, pronunciaba amargas palabras contra París.

Inmediatamente, Sholmes hizo un gesto de gran irritación y una arruga apareció en su frente a medida que leía la carta; formó una bola con el trozo de papel y lo lanzó con violencia al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Wilson.

Este cogió la pelota de papel, la desplegó y la leyó con creciente asombro.

Mi querido maestro:

Sabes la admiración que siento por ti y el interés que tengo por tu reputación. Así que créeme si te digo que no te molestes con el caso que te acaba de llegar de París. Tu intervención causaría un gran daño y tus esfuerzos solo darán lugar a un resultado lamentable que te obligaría a confesar públicamente tu fracaso.

Deseo profundamente ahorrarte tanta humillación, así que te insto, en nombre de la amistad que nos une, a que permanezcas en silencio y tranquilamente junto al fuego.

Mis recuerdos para Wilson y para ti, mi querido maestro, los más sinceros saludos de tu devoto Arsène Lupin.

—¡Arsène Lupin! —repitió Wilson, confundido.

Sholmes se puso a golpear la mesa con el puño.

—Ya empieza a molestarme ese animal. Se ríe de mí como si fuera un crío. La confesión pública de mi derrota... ¿Acaso no lo obligué a entregarme el diamante azul?

—Tiene miedo —insinuó Wilson.

—No digas tonterías. Arsène Lupin nunca tiene miedo y la prueba de ello es su provocación.

—Pero ¿cómo tiene información de la carta que nos envió el barón de Imblevalle?

—¿Cómo voy a saberlo? Qué preguntas más estúpidas me haces, amigo.

—Solo pensaba que...

—¿Qué? ¿Que soy adivino?

—No, pero te he visto hacer cosas prodigiosas.

—Nadie es capaz de hacer cosas prodigiosas, ni yo ni nadie. Simplemente deduzco, saco conclusiones, pero no adivino. Solo los tontos adivinan.

Wilson asumió la actitud modesta de un perro golpeado y se esforzó por no parecer tonto al tratar de adivinar por qué Sholmes se paseaba por la habitación a grandes pasos irritados. Pero cuando Sholmes llamó al sirviente y ordenó que le preparara las maletas, Wilson, al haber presenciado un hecho material, se creyó con el derecho para reflexionar, deducir y concluir que el maestro partía de viaje.

La misma operación mental le permitió afirmar, con exactitud y sin margen de error:

—Herlock, te marchas a París.

—Es posible.

—Y vas más para responder a la provocación de Lupin que para ayudar al barón de Imblevalle.

—Es posible.

—Herlock, te acompañaré.

—Ah, viejo amigo —exclamó Sholmes, interrumpiendo su paseo—. ¿No tienes miedo de que tu brazo izquierdo comparta el destino del derecho?

—¿Qué me puede pasar? Tú estarás conmigo.

—Así se habla. ¡Qué grande eres! Vamos a mostrarle a este caballero que cometió un error al lanzarnos su guante a la cara. Rápido, Wilson, tenemos que coger el primer tren.

—¿Sin esperar a recibir los periódicos que ha enviado el barón?

—¿De qué sirve?

—¿Envío un telegrama?

—No es necesario, Arsène Lupin se enteraría de mi llegada. Quiero evitarlo. Esta vez tenemos que jugar bien, Wilson.

Por la tarde, los dos amigos se embarcaron en Dover. La travesía fue excelente. En el tren rápido de Calais a París, Sholmes disfrutó de tres horas de sueño profundo, mientras que Wilson vigilaba la puerta del compartimento y meditaba, con la mirada perdida.

Sholmes se despertó feliz y dispuesto. La perspectiva de un nuevo duelo con Arsène Lupin lo deleitaba, y se frotó las manos con el aire satisfecho de un hombre que se preparaba para saborear numerosas alegrías.

—Por fin —exclamó Wilson—. Vamos a estirar las piernas un poco.

Se frotó las manos con el mismo aire satisfecho.

En la estación, Sholmes tomó los abrigos y, seguido por Wilson, que llevaba las maletas, cada uno la carga que le correspondía, dio los

billetes y salió alegremente.

—Qué buen tiempo, Wilson. ¡Hace sol! París se alegra de recibirnos.

—Menuda multitud.

—Mucho mejor, Wilson. Así pasaremos desapercibidos. Nadie nos reconocerá en medio de tal multitud.

—Es el señor Sholmes, ¿verdad?

Se detuvo, algo desconcertado. ¿Quién diablos podía llamarlo por su nombre?

Una mujer estaba a su lado; una joven cuyo sencillo vestido enfatizaba su distinguida silueta y cuyo bonito rostro mostraba una expresión inquieta y llena de dolor.

—¿Es usted el señor Sholmes? —repitió.

Como permaneció en silencio, tanto por la confusión como por prudente costumbre, la muchacha preguntó por tercera vez:

—¿Tengo el honor de hablar con monsieur Sholmes?

—¿Qué quiere? —dijo él con cierta descortesía, al considerar que aquel era un incidente sospechoso.

Ella se plantó frente a él.

—Escúcheme, monsieur, es un asunto muy serio. Sé que va a la rue Murillo.

—¿Qué dice?

—Lo sé, sí. A la rue Murillo, al número 18. Bueno, no hace falta que... No es necesario que vaya. Le aseguro que se arrepentirá. No crea que tengo ningún interés en el asunto. Lo hago porque es lo correcto, porque mi conciencia me dice que lo haga.

Trató de alejarse pero ella insistió:

—Por favor, se lo ruego, no se enfade. Ay, si supiera cómo convencerlo. Míreme bien, míreme a los ojos. Son sinceros, le están diciendo la verdad.

Le miró con unos ojos desesperados, con unos ojos hermosos, profundos y claros en los que parecía reflejarse hasta su alma. Wilson asintió con la cabeza.

—La señorita parece muy sincera.

—Claro que sí —imploró ella—. Tiene que confiar en mí.

—Confío en usted, señorita —contestó Wilson.

—Qué alegría. Y su amigo también, ¿no? Lo siento, estoy segura. ¡Qué alegría! Todo va a salir bien. Qué buena idea he tenido. Espere, señor, hay un tren a Calais en veinte minutos. Bueno, será mejor que lo cojan. Rápido, síganme. Hay que ir por aquí, no tienen mucho tiempo...

Ella intentaba que la siguieran, pero Sholmes la agarró del brazo y le dijo con una voz lo más suave posible:

—Discúlpeme por no poder acceder a sus deseos, señorita, pero nunca dejo a medias una tarea.

—Se lo ruego, se lo ruego. Ojalá pudiera entenderlo.

Pasó por su lado y se alejó rápidamente.

Wilson le dijo a la muchacha:

—Tenga esperanzas, llegará al fondo del caso. Hasta ahora, no ha fallado nunca.

Y corrió para alcanzar a Sholmes.

HERLOCK SHOLMES - ARSÈNE LUPIN

En cuanto salieron de la estación de tren, se toparon de frente con estas palabras escritas en grandes letras negras. Se acercaron; varios hombres anuncio vagaban uno detrás del otro, armados con pesados bastones de metal con los que golpeaban sobre la acera en una cadencia rítmica, y los enormes carteles que cargaban al pecho y a la espalda en los que se leía:

> *Combate Herlock Sholmes-Arsène Lupin. Llegada del campeón inglés. El gran detective reacciona al misterio de la rue Murillo. Lean toda la información en el* Écho
> de France.

Wilson asintió con la cabeza.

—Menos mal que estamos trabajando de incógnito, Herlock. No me sorprendería que la guardia republicana nos estuviera esperando en la rue Murillo, y que nos hayan organizado una recepción oficial, con brindis y champán.

—Wilson, cuando te pones gracioso, te pones muy gracioso —gruñó Sholmes.

Avanzó hacia uno de los hombres anuncio con la clara intención de agarrarlo con sus poderosas manos, reducirlo y hacerlo pedazos a él y a su cartel. Sin embargo, se había reunido una gran multitud alrededor de aquellos individuos. Bromeaban y se reían.

Reprimiendo un brote furioso de ira, le dijo al hombre:

—¿Cuándo te contrataron?

—Esta mañana.

—¿Y cuánto hace que empezaste a pasearte por aquí?

—Hace una hora.

—¿Los carteles ya estaban listos?

—Sí, sí. Cuando fuimos a la agencia esta mañana, ya estaban allí.

Así que Arsène Lupin se le había anticipado y sabía que Sholmes aceptaría el reto. Más que eso, la carta de Lupin indicaba que deseaba aquel enfrentamiento y que entraba en sus planes competir una vez más con su rival. ¿Por qué? ¿Qué motivo podría tener Arsène Lupin para retomar la lucha?

Sholmes dudó un momento. Lupin debía estar muy seguro de su

victoria para mostrar tanta insolencia, y ¿no estaba él cayendo en la trampa al correr a la batalla tras la primera llamada de ayuda?

—Vámonos, Wilson. Cochero, rue Murillo, número 18 —exclamó en un arrebato de energía.

Con las venas hinchadas y los puños apretados como si estuviera en un asalto de boxeo, se subió al coche de un salto.

La rue Murillo estaba repleta de lujosas mansiones cuya fachada trasera daba al parque Monceau. Una de las casas más bonitas era la del número 18, donde vivía con su esposa e hijas el barón de Imblevalle, artista y millonario, quien la había amueblado sin escatimar en lujos. Había un patio delante de la casa y construcciones a derecha e izquierda. Atrás, un jardín lleno de árboles cuyas ramas se mezclaban con las del parque.

Tras llamar al timbre, los dos ingleses cruzaron el patio y fueron recibidos por un mayordomo que los acompañó a una pequeña sala de estar que daba a la parte trasera de la casa.

Se sentaron e inspeccionaron rápidamente los muchos objetos valiosos que ocupaban la habitación.

—Todo es muy bonito —murmuró Wilson—. Está decorado con mucho gusto y fantasía. Se puede inferir que quienes tuvieron el placer de acumular estos objetos son personas de cierta edad. Unos cincuenta años, tal vez...

No tuvo tiempo de terminar. La puerta se abrió y entró el barón de Imblevalle, seguido por su esposa.

Contrariamente a las deducciones de Wilson, ambos eran jóvenes, de aspecto elegante y vivaces en el habla y las acciones. Fueron profusos en sus expresiones de gratitud:

—Es tan amable de su parte haber venido. Qué alboroto. Casi nos alegramos de todo este hartazgo, ya que nos ha brindado la oportunidad de conocerlo.

«Qué encantadores son estos franceses», pensó Wilson, quien no se amedrentaba ante las observaciones profundas.

—Pero el tiempo es oro —exclamó el barón—. Sobre todo el suyo, Sholmes. Así que voy a ir al grano. ¿Qué opina del asunto? ¿Cree que puede tener éxito?

—Antes de poder responder, debo saber de qué se trata.

—¿No lo sabe?

—No, y le ruego que me lo explique con todo lujo de detalles y sin omitir nada. ¿De qué se trata?

—Se trata de un robo.

—¿Qué día tuvo lugar?

—El sábado pasado —respondió el barón—. En la noche del sábado al domingo.

—Entonces, hace seis días. Lo escucho.

—En primer lugar, debo decirle que mi esposa y yo, aunque nos ajustamos a la forma de vida que exige nuestra posición, salimos muy poco. Nuestra existencia consiste en la educación de nuestras hijas, algunas recepciones, el cuidado y la decoración de nuestra casa; pasamos casi todas las tardes en esta pequeña estancia, que es el salón de mi esposa y donde hemos coleccionado algunas obras de arte. El sábado pasado, alrededor de las once, apagué las luces y mi esposa y yo nos retiramos como siempre a nuestra habitación.

—¿Dónde está su habitación?

—Al lado, esa puerta de ahí. A la mañana siguiente, es decir, el domingo, me levanté temprano. Como mi esposa Suzanne todavía dormía, pasé por el salón lo más silenciosamente posible para no despertarla. Cuál fue mi asombro cuando me di cuenta de que esta ventana estaba abierta, aunque la habíamos dejado cerrada la noche anterior.

—Alguien del servicio...

—Nadie entra aquí por la mañana si no hemos llamado. Además, siempre tomo la precaución de cerrar con llave esta segunda puerta, que se comunica con la antesala. Así que abrieron la ventana desde el exterior. Además, tengo pruebas: el segundo panel de cristal de la derecha, cerca del pasador, estaba cortado.

—¿Qué hay de esta ventana?

—Esta ventana, como puede ver, se abre a una pequeña terraza rodeada por un balcón de piedra. Estamos en el primer piso y se puede ver el jardín que se extiende detrás de la casa y la valla que lo separa del parque Monceau. Por lo tanto, con toda seguridad el ladrón entró por el parque Monceau, trepó por la valla con la ayuda de una escalera y subió a la terraza.

—No hay duda, ¿dice?

—A ambos lados de la valla, en la tierra blanda de los parterres, se encontraron los agujeros dejados por los dos postes de la escalera, y los mismos dos agujeros aparecieron debajo de la terraza. Por último, el balcón tiene dos pequeños rasguños, obviamente causados por el contacto de los postes.

—¿No cierran el parque Monceau por la noche?

—No lo cierran, no. Pero en cualquier caso, hay una casa en construcción en el número 14. Se podría entrar de esa manera.

Herlock Sholmes reflexionó durante un momento.

—Pasemos al robo. ¿Así que se cometió en la habitación en la que nos encontramos?

—Sí. Entre esta Virgen del siglo XII y este sagrario de plata cincelada, había una pequeña lámpara judía. Ha desaparecido.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Y qué es una lámpara judía?

—Son unas lámparas de cobre que se utilizaban en el pasado, compuestas por una varilla y un recipiente en el que se ponía el aceite. Del recipiente salen dos o más quemadores para las mechas.

—En resumen, un objeto sin demasiado valor.

—Sin demasiado valor, eso es. Pero contenía un escondite en el que solíamos ocultar una magnífica joya antigua, una quimera de oro engastada con rubíes y esmeraldas que sí es de un gran valor.

—¿Por qué esa costumbre?

—No puedo dar ninguna razón en particular. Tal vez por la mera diversión de tener un escondite.

—¿Nadie conocía el escondite?

—Nadie.

—Excepto, por supuesto, el ladrón de la quimera —objetó Sholmes—. De lo contrario, no se habría tomado la molestia de robar la lámpara.

—Evidentemente. Pero ¿cómo pudo saberlo? Nosotros solo conocimos el mecanismo secreto de esta lámpara por accidente.

—Es posible que el mismo accidente revelara ese secreto a alguien más. A un criado, a un familiar. Pero vamos a seguir. ¿Se ha notificado a la justicia?

—Sin duda. El juez de instrucción ha llevado a cabo su investigación. Los periodistas de cada uno de los principales periódicos hicieron las suyas. Pero, como le escribí, me parece que el misterio nunca se resolverá.

Sholmes se levantó, se dirigió hacia la ventana, examinó el pasador, la terraza, el balcón, usó su lupa para estudiar los dos arañazos en la piedra y pidió al barón de Imblevalle que lo llevara al jardín.

En el exterior, Sholmes simplemente se sentó en un sillón de mimbre y contempló con ensoñación el techo de la casa. Luego, se acercó hacia dos pequeñas cajas de madera con las que habían cubierto los agujeros dejados al pie de la terraza por los postes de la escalera, con el fin de preservar su huella exacta. Apartó las cajas y se arrodilló sobre la tierra; escrutó y midió, con la espalda arqueada y la nariz a veinte centímetros del suelo. Repitió la misma operación a lo largo de la valla, pero dedicó menos tiempo.

Sus pesquisas habían terminado.

Ambos regresaron al salón donde la baronesa de Imblevalle los estaba esperando.

Sholmes permaneció en silencio durante unos minutos más y luego pronunció estas palabras:

—Desde el principio de su historia, barón, me sorprendió la sencillez de los hechos. Colocar una escalera, cortar el cristal, elegir un objeto y marcharse. No, las cosas no son tan sencillas. Todo esto es demasiado

claro, demasiado preciso.

—De modo que...

—Que el robo de la lámpara judía se llevó a cabo bajo la dirección de Arsène Lupin.

—¡Arsène Lupin! —exclamó el barón.

—Pero no lo hizo él mismo, ya que nadie entró en la casa. Pudo ser un sirviente que descendió de la planta superior a la terraza, por el canalón que vi desde el jardín.

—Pero ¿qué pruebas tiene?

—Arsène Lupin no habría salido del salón con las manos vacías.

—¡Cómo que con las manos vacías! ¿Y la lámpara?

—Llevarse la lámpara no le habría impedido llevarse también esta tabaquera embellecida con diamantes, o este collar de ópalos antiguos. Solo habría necesitado un par de movimientos. Si no lo hizo, es porque no lo vio.

—¿Y los rastros encontrados?

—Falsos. Puestos ahí para desviar las sospechas.

—¿Los arañazos de la balaustrada?

—Una farsa. Los hicieron con papel de lija. Aquí tiene un pedazo del papel que recogí en el jardín.

—¿Y las marcas dejadas por la escalera?

—Falsas también. Examiné los dos agujeros rectangulares en la parte inferior de la terraza y los dos agujeros cerca de la valla. Tienen una forma similar, pero aquí son paralelos y allí no. Mida la distancia que separa cada agujero del otro, el espacio es diferente dependiendo de la ubicación. A los pies de la terraza, es de veintitrés centímetros. A lo largo de la valla, es de veintiocho centímetros.

—¿Cuál es su conclusión?

—Ya que su forma es idéntica, concluyo que los cuatro agujeros se hicieron con una sola pieza de madera preparada para ese propósito.

—La mejor prueba sería el pedazo de madera en sí.

—Aquí está —dijo Sholmes—. Lo recogí en el jardín, debajo de un laurel.

El barón se inclinó. Hacía cuarenta minutos desde que el inglés había cruzado el umbral de aquella casa y ya había desbaratado todas las teorías formadas hasta entonces y que se basaban en lo que parecían ser hechos obvios e innegables. La realidad, otra realidad, salía a la luz fundamentada en algo mucho más sólido, el razonamiento de Herlock Sholmes.

—La acusación que usted hace contra nuestro personal es muy seria, señor —dijo la baronesa—. Nuestros criados llevan mucho tiempo con la familia, y ninguno de ellos es capaz de traicionarnos.

—Si ninguno de ellos les ha traicionado, ¿cómo pude recibir esta carta el mismo día y junto con la misiva que ustedes me escribieron?

Le tendió a la baronesa la carta que Arsène Lupin le había dirigido.

La baronesa de Imblevalle estaba asombrada.

—Arsène Lupin. ¿Cómo lo sabía?

—¿Le dijo a alguien que me había escrito?

—A nadie —respondió el barón—. La idea se nos ocurrió la otra noche durante la cena.

—¿Frente al servicio?

—Solo estaban nuestras dos hijas. Ay, no. Sophie y Henriette ya no estaban en la mesa, ¿verdad, Suzanne?

La baronesa de Imblevalle reflexionó y dijo:

—De hecho, se habían ido con mademoiselle.

—¿Mademoiselle? —preguntó Sholmes.

—La institutriz, mademoiselle Alice Demun.

—¿Así que esa persona no come con ustedes?

—No, come aparte, en su habitación.

Wilson tuvo una idea.

—Alguien tuvo que llevar a correos la carta escrita a mi amigo Herlock Sholmes.

—Por supuesto.

—¿Quién la llevó?

—Dominique, mi mayordomo desde hace veinte años —contestó el barón—. Cualquier pesquisa en esa dirección sería una pérdida de tiempo.

—Buscar nunca es una pérdida de tiempo —comentó Wilson, en tono aleccionador.

La investigación preliminar había terminado y Sholmes pidió permiso para retirarse.

Una hora después, en la cena, vio a Sophie y a Henriette, las dos hijas de los Imblevalle, dos niñas de ocho y seis años de edad. Hubo muy poca conversación. El tono en el que Sholmes respondió a la amabilidad del barón y su esposa los llevó a quedarse en silencio poco después. Se sirvió el café. Sholmes se terminó su taza y se levantó.

En ese momento entró un sirviente con un mensaje telefónico para él. Lo abrió y lo leyó.

> *Te envío mi admiración más entusiasta. Los resultados que has obtenido en tan poco tiempo son maravillosos.*
> *Estoy desconcertado.*
>
> *Arsène Lupin*

Hizo un gesto de indignación y le mostró el mensaje al barón.

—¿Qué piensa ahora? Estará de acuerdo en que sus paredes tienen ojos y oídos.

—No entiendo nada —murmuró el barón de Imblevalle, asombrado.

—No, yo tampoco. Pero lo que sí entiendo es que no hay

movimiento en esta casa que él no vea. Ninguna palabra que no oiga.

Esa noche, Wilson se acostó con la despreocupación de un hombre que ha cumplido con su deber y podía irse a dormir con total tranquilidad. Así que se durmió muy rápidamente y pronto pudo disfrutar de hermosos sueños en los que perseguía a Lupin él solo y lo capturaba; la sensación de esta persecución era tan vívida que se despertó.

Alguien estaba junto a su cama. Cogió su arma.

—No te muevas, Lupin, o disparo.

—¡Maldita sea! Cómo te las gastas, viejo camarada.

—¿Eres tú, Sholmes? ¿Me necesitas?

—Quiero mostrarte algo. Levántate.

Lo llevó a la ventana.

—Mira, al otro lado de la valla.

—¿En el parque?

—Sí. ¿No ves nada?

—No veo nada.

—Sí, ves algo.

—¡Ah! Sí, una sombra. Hasta dos.

—¿Verdad? Contra la valla. Espera, se mueven. No perdamos más tiempo.

A tientas, tocando la barandilla, bajaron por la escalera y entraron en una habitación con vistas al jardín. A través de la puerta de cristal, divisaron las dos siluetas en el mismo lugar.

—Qué curioso —dijo Sholmes—. Me parece que hay ruidos en la casa.

—¿En la casa? ¡Es imposible! Todo el mundo está durmiendo.

—Escucha, escucha.

En ese momento, se oyó un leve toque de silbato desde la valla y vieron una luz tenue que parecía provenir de la casa.

—El barón debe haber encendido la luz —murmuró Sholmes—. Su habitación está justo encima de nosotros.

—Ese debe haber sido el ruido que oíste —dijo Wilson—. Tal vez también estén vigilando la valla.

Se oyó un segundo silbato, más suave que antes.

—No lo entiendo, no lo entiendo —dijo Sholmes, molesto.

—Yo tampoco —confesó Wilson.

Sholmes giró la llave de la puerta, retiró el perno y la empujó silenciosamente.

Un tercer silbato, un poco más fuerte, y modulado de otra manera. El ruido sobre sus cabezas se hizo más pronunciado.

—Parece que procede de la terraza del salón —dijo Sholmes.

Sacó la cabeza a través de la puerta semiabierta, pero inmediatamente se retiró reprimiendo una maldición. Wilson también

miró. Muy cerca de ellos había una escalera contra la pared, apoyada en el balcón.

—¡Maldición! —exclamó Sholmes—. Hay alguien en el salón. Es lo que hemos oído. Rápido, vamos a quitar la escalera.

Pero justo en ese instante una silueta se deslizó escalera abajo, la apartó y el hombre corrió hacia el lugar donde sus cómplices lo esperaban fuera de la valla. Sholmes y Wilson se lanzaron a perseguirlo. Llegaron hasta él justo cuando ponía la escalera contra la valla. Del otro lado, se escucharon dos disparos.

—¿Estás herido? —gritó Sholmes.

—No —contestó Wilson.

Este agarró al hombre por el cuerpo e intentó inmovilizarlo, pero se dio la vuelta, lo agarró con una mano y con la otra aquel individuo le clavó un cuchillo en el pecho. Wilson lanzó un gemido, se tambaleó y cayó.

—¡Maldición! —gritó Sholmes—. Si lo han matado, acabaré con ellos.

Colocó a Wilson sobre la hierba y corrió hacia la escalera. Demasiado tarde. El hombre ya había subido y se había reunido con sus cómplices; huyó entre los arbustos.

—Wilson, Wilson, no puede ser cierto, ¿verdad? Es un simple rasguño.

Las puertas de la casa se abrieron de golpe. Primero salió el barón de Imblevalle, luego los sirvientes, llevando velas.

—¿Qué sucede? —preguntó el barón—. ¿Wilson está herido?

—Nada, un simple rasguño —repitió Sholmes, tratando de engañarse a sí mismo.

La sangre brotaba profusamente y Wilson tenía la cara pálida.

Veinte minutos después, el médico comprobó que la punta del cuchillo se había quedado a cuatro milímetros del corazón.

—¡A cuatro milímetros del corazón! Este Wilson siempre ha tenido suerte —concluyó Sholmes en un tono de envidia.

—Suerte, suerte... —exclamó el doctor.

—Gracias a su robusta constitución, pronto podrá...

—Necesita seis semanas de cama y dos meses de convalecencia.

—¿Nada más?

—No, a menos que haya complicaciones.

—¿Por qué demonios quiere que haya complicaciones?

Totalmente tranquilizado, Sholmes se reunió con el barón en el salón. Esta vez, el misterioso visitante no había tenido la misma discreción. Con total descaro, se había llevado la tabaquera decorada con diamantes, el collar de ópalos y, en general, todo lo que cupiera en los bolsillos de un ladrón honesto.

La ventana todavía estaba abierta, habían cortado uno de los

cristales y, por la mañana, una rápida investigación estableció que habían cogido la escalera de la casa en obras y reveló el camino que habían tomado.

—En resumen —dijo el barón de Imblevalle con cierta ironía—, es la repetición exacta del robo de la lámpara judía.

—Sí, si aceptamos la primera teoría adoptada por la justicia.

—¿Aún no lo cree? ¿Este segundo robo no desarma su teoría con respecto al primero?

—La confirma.

—¡Es increíble! ¿Tiene pruebas irrefutables de que el ataque de esta noche fue cometido por alguien de fuera e insiste en argumentar que la lámpara judía fue robada por alguien de nuestro servicio?

—Por alguien que vive en esta casa.

—Entonces, ¿cómo explica...?

—No explico nada. He establecido dos hechos que solo parecen tener una relación superficial entre sí, los examino de manera aislada y busco el vínculo entre ellos.

Su convicción parecía tan seria, su forma de actuar se basaba en motivos tan sólidos, que el barón dio su brazo a torcer.

—Muy bien. Lo notificaremos a la policía.

—¡En absoluto! —exclamó el inglés—. En absoluto. Tengo la intención de pedir su ayuda cuando la necesite, pero no antes.

—Pero ¿y los disparos?

—No importa.

—¿Y su amigo?

—Mi amigo solo está herido. Asegúrese de que el médico no diga nada. Yo me responsabilizaré ante la justicia.

Pasaron dos días sin incidentes durante los que Sholmes continuó con su trabajo de manera meticulosa y con un sentimiento de orgullo herido por el recuerdo de aquel atrevido ataque llevado a cabo ante sus ojos, a pesar de su presencia, sin poder evitarlo. Infatigable, investigó de manera exhaustiva en la casa y en el jardín, habló con el servicio e hizo largas visitas a la cocina y el establo. Aunque no encontró ninguna pista que arrojara luz sobre el caso, no se desesperó.

«Lo encontraré», pensó. «Lo encontraré aquí. A diferencia del caso de la dama rubia, no se trata de salir a la aventura y lograr, por caminos que no conocía, un objetivo que tampoco conocía. Esta vez estoy en el campo de batalla. El enemigo ya no es solo el escurridizo e invisible Lupin, es el cómplice de carne y hueso que vive y se mueve dentro de los confines de esta casa. Si encuentro el más mínimo detalle, la más mínima pista, lo tendré».

Sus habilidades eran tan prodigiosas que se podía considerar el caso de la lámpara judía como uno en los que más exprimió con éxito su genio como detective, pero esa pista de la que debía sacar sus

conclusiones le llegó por casualidad.

En la tarde del tercer día, al entrar en una habitación situada sobre el salón que servía de sala de estudio para las niñas, se encontró con Henriette, la más pequeña de las hermanas. Estaba buscando sus tijeras.

—A veces hago papeles como el que recibió la otra noche —le dijo a Sholmes.

—¿La otra noche?

—Sí, al terminar la cena. Recibió un papel con tiras de palabras. Un telegrama. Yo también los hago.

Salió de la habitación. Para cualquier otra persona, aquellas palabras no hubieran significado nada más allá de un simple comentario infantil, y el propio Sholmes las escuchó con un aire distraído y continuó su investigación. Pero de repente la última frase despertó algo en su mente y echó a correr tras la niña. La alcanzó en lo alto de la escalera.

—¿Así que tú también pegas tiras de palabras? —le preguntó.

Henriette le respondió, muy orgullosa:

—Claro. Corto palabras y las pego.

— ¿Y quién te enseñó ese juego?

—Mademoiselle, mi institutriz. La vi hacer lo mismo. Coge palabras de los periódicos y las pega.

—¿Y qué hace luego?

—Envía cartas y telegramas.

Herlock Sholmes regresó a la sala de estudio particularmente intrigado por esta información y tratando de sacar de ella una deducción lógica.

Había un montón de periódicos en la chimenea. Los desplegó y, en efecto, comprobó que faltaban palabras o líneas enteras, recortadas con mucho cuidado. Le bastó leer las palabras que las precedían o seguían para descubrir que los vocablos ausentes habían sido cortados al azar con las tijeras, probablemente obra de Henriette. Cabía la posibilidad de que mademoiselle hubiera cortado uno de los periódicos. Pero ¿cómo estar seguro?

Mecánicamente, Herlock revisó los libros de texto apilados en la mesa y otros que descansaban sobre una estantería. De improviso lanzó un grito de alegría. En un rincón de la estantería, bajo un montón de viejos libros de ejercicios, encontró un libro de alfabeto infantil decorado con imágenes; habían recortado una palabra de una de las páginas de ese álbum.

Lo comprobó. Era una lista de los días de la semana. Lunes, martes, miércoles, etc. Faltaba la palabra «sábado».

El robo de la lámpara judía había ocurrido un sábado por la noche.

Herlock sintió esa ligera agitación en el corazón que siempre le

indicaba con total claridad que había descubierto el camino que conducía a la victoria. Ese haz de verdad, ese sentimiento de certeza, nunca lo engañaba.

Entusiasmado y confiado, se apresuró a hojear el álbum. Muy pronto hizo otro descubrimiento.

Una página compuesta por mayúsculas, seguida de una línea de números que habían recortado cuidadosamente.

Sholmes las escribió en su cuaderno en el orden que habían ocupado y obtuvo el siguiente resultado:

CDEHSNOPRZ-237

—Rayos —murmuró—. A primera vista, no significa mucho.

¿Podría formar una, o dos, o tres palabras completas mezclando las letras y utilizándolas todas?

Sholmes lo intentó en vano.

Una única solución se le presentaba constantemente y le parecía posible y correcta, ya que respondía a la lógica de los hechos y además encajaba con las circunstancias generales.

Dado que la página del álbum contenía solo una vez cada una de las letras del alfabeto, era probable, de hecho, era bastante seguro, que hubiera palabras incompletas y que esas palabras se completaran con letras extraídas de otras páginas. Dadas las circunstancias, y a menos que se equivocara, el enigma era el siguiente:

RESPOND. Z-CH 237

La primera palabra estaba bastante clara: «responde». Faltaba una E porque la letra E, ya utilizada, no estaba disponible.

En cuanto a la segunda palabra incompleta, sin duda formaba, junto con el número 237, la dirección dada por el remitente al destinatario de la carta. En primer lugar, se proponía fijar el día para el sábado y se solicitaba una respuesta al CH 237.

CH 237 podía ser una dirección a la que enviar algo o las letras C H formaban parte de una palabra incompleta. Sholmes hojeó el álbum: no encontró más recortes en las páginas siguientes. Por lo tanto, y hasta nuevo aviso, debía atenerse a la explicación encontrada.

—Es divertido, ¿verdad?

Henriette estaba de vuelta.

—Sí, muy divertido —le respondió—. ¿Tienes otros periódicos o trozos de papel ya cortados que yo pueda pegar?

—¿Otros papeles? No, y además a mademoiselle no le gustaría que se los diera.

—¿A mademoiselle?

—Sí, ya me ha regañado.

—¿Por qué?

—Porque le he contado cosas, y ella dice que nunca se deben contar cosas de la gente a la que quieres.

—Tienes toda la razón.

Henriette parecía encantada con la aprobación, tan encantada que sacó de una pequeña bolsa de lona que llevaba prendida a su vestido unos cuantos trozos de tela, tres botones, dos terrones de azúcar y, finalmente, un cuadrado de papel que entregó a Sholmes.

—Aquí tiene, se los doy igual.

Era el número de un taxi, 8279.

—¿De dónde viene este número?

—Se le cayó de la billetera.

—¿Cuándo?

—El domingo, en misa, mientras sacaba dinero para la colecta.

—Perfecto. Y ahora te voy a contar un truco para que no te regañen otra vez: no le cuentes a mademoiselle que me has visto.

Sholmes se fue a buscar al barón de Imblevalle y le interrogó con respecto a mademoiselle.

El barón respondió con indignación:

—¡Alice Demun! ¿Cómo se le ocurre? ¡Es imposible!

—¿Cuánto tiempo lleva a su servicio?

—Solo un año, pero no conozco a una persona más tranquila, tengo una completa confianza en ella.

—¿Cómo es que aún no la he visto?

—Ha estado ausente dos días.

—¿Y ahora?

—Desde su regreso ha querido instalarse junto a la cama de su amigo. Tiene todas las cualidades de una enfermera, es gentil, considerada. Wilson parece estar encantado con ella.

—¡Ah! —exclamó Sholmes, que se había olvidado por completo de preguntar por su viejo camarada.

Reflexionó un momento y habló:

—Y el domingo por la mañana, ¿salió?

—¿Al día siguiente del robo?

—Sí.

El barón llamó a su esposa y le hizo la pregunta.

—Mademoiselle salió como siempre para ir a la misa de las once con las niñas —respondió.

—¿Y antes?

—¿Antes? No, no. Déjeme pensar. Estaba muy disgustada por el robo. Sin embargo, recuerdo que me pidió permiso el día anterior para salir el domingo por la mañana e ir a ver a una prima que estaba de paso en París, creo. ¿No sospechará de ella?

—No, claro que no. Pero me gustaría verla.

Fue a la habitación de Wilson. Una mujer vestida como una enfermera, con un largo vestido de tela gris, estaba inclinada sobre el paciente y le daba de beber. Cuando se volvió, Sholmes reconoció a la

chica que se había acercado a ellos en la estación de tren.

No se dieron ninguna explicación. Alice Demun sonrió ligeramente, sus ojos encantadores y serios no mostraron signos de vergüenza. El inglés herido trató de hablar, murmuró algunas sílabas y guardó silencio. Luego, la muchacha reanudó su trabajo, actuando de forma natural bajo la mirada asombrada de Sholmes, movió las botellas, enrolló y desenrolló las vendas y volvió a dirigirle su sonrisa sincera.

Sholmes giró sobre sus talones, bajó por las escaleras, vio el automóvil del barón en el patio, se subió y pidió que lo llevaran a Levallois, a la cochera cuya dirección estaba impresa en el papel que había recibido de Henriette. El chófer Duprêt, que había conducido el 8279 en la mañana del domingo, no estaba allí, así que envió el coche de vuelta y esperó el regreso del hombre.

El chófer Duprêt le contó que en efecto había recogido a una dama en las cercanías del parque Monceau, una joven vestida de negro que llevaba una violeta grande y parecía muy nerviosa.

—¿Llevaba un paquete?

—Sí, un paquete bastante grande.

—¿Y adónde la llevaste?

—A la avenida de Ternes, en la esquina con la plaza Saint-Ferdinand. Permaneció allí unos diez minutos y luego volvimos al parque Monceau.

—¿Reconocerías la casa de la avenida de Ternes?

—¡Pues claro! ¿Le llevo?

—Más tarde. Llévame primero al número 36 del *quai* des Orfèvres.

En la comisaría de policía, tuvo la oportunidad de reunirse inmediatamente con el inspector jefe Ganimard.

—Ganimard, ¿tienes tiempo?

—Si se trata de Lupin, no.

—Se trata de Lupin.

—Entonces, no.

—¿Cómo? ¿Te rindes?

—¡Renuncio a lo imposible! Estoy cansado de seguir con esta lucha desigual en la que sin duda acabaremos derrotados. Será un acto cobarde, absurdo, lo que quieras. ¡No me importa! Lupin es más astuto y fuerte que nosotros. Por lo tanto, no nos queda otra que rendirnos.

—No pienso rendirme.

—Ya te obligará él, como a los demás.

—Seguro que es un espectáculo que disfrutarás.

—Eso es verdad —dijo Ganimard, con sinceridad—. Y ya que estás decidido a seguir con el juego, iré contigo.

Ambos subieron al carruaje. Siguiendo sus órdenes, el cochero los dejó a cierta distancia de la casa, al otro lado de la avenida, frente a un pequeño café con una terraza en la que se sentaron entre laureles y

helechos. Estaba empezando a oscurecer.

—Camarero —llamó Sholmes—. Tráenos algo para escribir.

Escribió una nota y volvió a llamar al camarero.

—Llévale esta nota al conserje de la casa de ahí enfrente. Sin duda es el hombre con sombrero que fuma bajo el portal.

El conserje se acercó y, como Ganimard había renunciado a actuar según su título de inspector jefe, Sholmes le preguntó si el domingo por la mañana había venido una joven vestida de negro.

—¿De negro? Sí, alrededor de las nueve, subió a la segunda planta.

—¿La ves a menudo?

—No, pero la veo más desde hace un tiempo. Las últimas dos semanas, casi todos los días.

—¿Y desde el domingo?

—Solo una vez, sin contar hoy.

—¡Cómo! ¿Ha venido?

—Todavía está en la casa.

—¡Todavía está en la casa!

—Vino hace unos diez minutos. Su coche está esperando en la plaza Saint-Ferdinand, como siempre. Me la crucé en la puerta.

—¿Quién vive en el segundo?

—Dos personas. Una modista, la señorita Langeais, y un caballero que alquiló dos habitaciones amuebladas hace un mes, bajo el nombre de Bresson.

—¿Por qué dices «bajo el nombre»?

—Porque tengo la impresión de que ese no es su nombre. Mi esposa se encarga de limpiar y no ha visto dos camisas con las mismas iniciales.

—¿Qué vida lleva?

—Casi siempre está fuera, pero hace tres días que no está.

—¿Volvió en la noche del sábado al domingo?

—¿En la noche del sábado al domingo? Déjeme pensar... Sí, el sábado por la noche, vino a casa y no se movió.

—¿Qué clase de hombre es?

—No sabría decir. Cambia mucho. Es alto, bajo, gordo, flaco... Moreno y rubio. No siempre lo reconozco.

Ganimard y Sholmes se miraron.

—Es él —susurró el inspector—. Es él.

El viejo policía tuvo un momento de confusión que se tradujo en un bostezo; luego se crujió los dedos.

Sholmes también sintió que le daba un vuelco el estómago, aunque se controló un poco más.

—Ahí está la chica —dijo el conserje.

Mademoiselle acababa de salir de la casa y caminaba hacia la plaza.

—Y Bresson.

—¿Bresson? ¿Cuál?

—El hombre con el paquete bajo el brazo.

—Pero no parece prestarle atención a la muchacha. Va hacia el coche ella sola.

—Nunca los he visto juntos.

Los dos policías se levantaron de golpe. A la luz de las farolas, reconocieron la silueta de Arsène Lupin, que se alejaba en una dirección diferente a la plaza.

—¿A quién prefieres seguir? —preguntó Ganimard.

—¡A él, claro! Es la presa principal.

—Entonces, yo la seguiré a ella —dijo Ganimard.

—No, no —respondió el inglés, que no quería revelarle nada a Ganimard—. Sé dónde encontrarla. Ven conmigo.

Guardando la distancia, con cuidado de permanecer ocultos lo mejor posible entre la multitud y los quioscos, siguieron a Lupin. Fue una persecución fácil porque no se dio la vuelta en ningún momento y caminó rápidamente, con una ligera cojera en la pierna derecha, tan ligera como para requerir el ojo agudo de un observador profesional para detectarla.

—Finge ser cojo —comentó Ganimard. Continuó—: Ay. Si pudiéramos reunir a dos o tres policías y saltar sobre nuestro hombre. Corremos el riesgo de perderlo.

Pero no se encontraron con ningún policía antes de llegar a la puerta de Ternes y, tras dejar atrás las fortificaciones, las posibilidades de recibir ayuda desaparecieron.

—Vamos a separarnos —sugirió Sholmes—. Esto está desierto.

Habían llegado al bulevar Victor Hugo. Cada uno tomó una acera y caminaron siguiendo la línea de los árboles.

Continuaron así durante veinte minutos hasta que Lupin giró a la izquierda y siguió el curso del Sena. Allí vieron a Lupin descender junto al río. Permaneció en ese lugar unos segundos, pero no pudieron distinguir sus movimientos. Entonces Lupin subió y volvió sobre sus pasos. Se pegaron contra los pilares de una puerta. Lupin pasó delante de ellos.

Ya no llevaba el paquete.

Mientras se alejaba, otro individuo apareció tras la esquina de una casa y se deslizó entre los árboles.

Sholmes dijo en voz baja:

—Parece que también lo está siguiendo.

—Sí, me pareció verlo antes.

La persecución continuó, pero ahora se complicaba por la presencia del tercer hombre. Lupin regresó de la misma manera, cruzó de nuevo la puerta de Ternes y regresó a la casa de la plaza Saint-Ferdinand.

El conserje estaba cerrando cuando Ganimard apareció.

—Lo has visto, ¿verdad?

—Sí, estaba apagando el gas de la escalera cuando abrió y cerró su puerta.

—¿No había nadie con él?

—Nadie, ningún sirviente. Nunca come aquí.

—¿No hay escalera de servicio?

—No.

Ganimard le dijo a Sholmes:

—Es mejor que me quede junto a la misma puerta de Lupin, mientras tú vas a buscar al comisario de la policía en la rue Demours. Te daré una nota.

Sholmes protestó:

—¿Y si se escapa durante ese tiempo?

—¡Por eso me quedo!

—Uno contra uno, la lucha es desigual cuando se trata de él.

—Pero legalmente no puedo forzar la puerta, no tengo derecho, especialmente por la noche.

Sholmes se encogió de hombros.

—Cuando arrestes a Lupin, nadie cuestionará los métodos del arresto. Además, también está la opción de llamar al timbre y ver qué pasa.

Subieron. Había una puerta doble a la izquierda del rellano.

Ganimard llamó.

No se oía nada. Llamó de nuevo. Nadie.

—Vamos a entrar —murmuró Sholmes.

—Sí, vamos.

Sin embargo, permanecieron inmóviles, indecisos. Como quien duda en el momento justo de llevar a cabo un acto decisivo, temían dar el paso y actuar; de repente les pareció imposible que Arsène Lupin estuviera allí, tan cerca de ellos, detrás de esa frágil puerta que podían derribar de un golpe. Ambos conocían demasiado bien su carácter malvado como para admitir que se iba a dejar atrapar de una manera tan estúpida. No, no, y mil veces no, ya no estaba allí. Se habría escapado por las casas contiguas, por el tejado, por una salida convenientemente preparada, y una vez más resultaría que solo estaban persiguiendo la sombra de Lupin.

Se estremecieron. Un ruido casi imperceptible que venía del otro lado de la puerta rompió el silencio y tuvieron la impresión, la certeza, de que todavía estaba allí, separado de ellos por esa frágil puerta de madera, que los oía, que los escuchaba.

¿Qué hacer? La situación era trágica. A pesar de la sangre fría de su vasta experiencia como detectives, sentían tal emoción que pensaron que podían oír los latidos de sus propios corazones.

De reojo, Ganimard consultó con Sholmes. Luego, golpeó con fuerza

la puerta con el puño.

Inmediatamente, oyeron el sonido de los pasos del hombre y luego un ruido que ya no buscaba disimular.

Ganimard sacudió la puerta; Sholmes abatió con el hombro aplicando un impulso irresistible y la derribó; ambos se lanzaron al asalto.

Se detuvieron en seco al oír un disparo en la habitación de al lado. Otro disparo, y el sonido de un cuerpo al caer.

Cuando entraron, vieron al hombre tendido, con la cara contra el mármol de la chimenea. Convulsionó. Se le cayó el revólver de la mano.

Ganimard se inclinó sobre él y le giró la cabeza. Estaba cubierta de sangre que fluía de dos heridas, una en la mejilla y la otra en la sien.

—Está irreconocible —murmuró.

—Demonios —dijo Sholmes—, no es él.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo has examinado.

El inglés se burló:

—¿Crees que Arsène Lupin es de la clase de hombre que se suicida?

—Pero lo reconocimos en la calle.

—Nos lo pareció, porque queríamos creerlo. Estamos obsesionados con ese hombre.

—Será uno de sus cómplices.

—Los cómplices de Arsène Lupin no se matan.

—Entonces, ¿quién es?

Registraron el cadáver. En un bolsillo, Herlock Sholmes encontró una billetera vacía, en otro Ganimard halló algunas monedas. No había nada en su ropa que pudiera identificarlo.

En su equipaje, un baúl grande y dos maletas, no descubrieron nada más que sus pertenencias. En la chimenea, un montón de periódicos. Ganimard los desplegó. Todos hablaban del robo de la lámpara judía.

Una hora más tarde, cuando Ganimard y Sholmes se retiraron, no habían descubierto nada más sobre el individuo al que su intervención había empujado al suicidio.

¿Quién era? ¿Por qué se había suicidado? ¿Qué conexión tenía con el caso de la lámpara judía? ¿Quién lo había seguido a su regreso del río? Cuántas preguntas tan complejas, cuántos misterios...

Herlock Sholmes se fue a la cama de muy mal humor. Al despertar, recibió el siguiente mensaje:

> *Arsène Lupin tiene el honor de informarle de su trágica muerte en la persona de monsieur Bresson y solicita el honor de su presencia en el servicio y funeral, que se celebrará a cargo del Estado el jueves 25 de junio.*

2

Escucha, mi viejo camarada —le dijo Sholmes a Wilson después de haber leído el mensaje de Arsène Lupin—. Lo que me exaspera de esta aventura es sentir que la mirada de este maldito caballero me sigue constantemente. Ni siquiera mis pensamientos más secretos se le escapan. Actúo como un actor cuyos pasos están marcados por una meticulosa puesta en escena, que va a un sitio u a otro y dice lo que dice porque así lo ha dictaminado una voluntad superior. ¿Me entiendes, Wilson?

Sin duda Wilson le habría entendido si sus facultades no estuvieran mermadas por el profundo sueño de un hombre cuya temperatura varía entre los cuarenta y los cuarenta y un grados. Pero a Sholmes no le importaba si le escuchaba o no, así que continuó hablando:

—Tengo que concentrar toda mi energía y todos mis recursos para no desalentarme. Afortunadamente, estas pequeñas molestias son como pinchazos de una aguja y sirven solo para estimularme. Tan pronto como el picor del pinchazo se calma y se cierra la herida del amor propio, siempre me las arreglo para decir: «Diviértete mientras puedas, amigo. Tarde o temprano te traicionarás a ti mismo». Porque, Wilson, ¿no fue Lupin quien, con su primer envío y con la reflexión que sugirió la pequeña Henriette, me reveló el secreto de su correspondencia con Alice Demun? No olvides ese detalle, viejo camarada.

Vagaba por la habitación con pasos sonoros que amenazaban con despertar a su viejo amigo.

—En fin. No está yendo tan mal, y aunque los caminos que sigo son un poco oscuros, estoy empezando a vislumbrar la luz. En primer lugar, me voy a centrar en Bresson. Ganimard y yo hemos quedado a orillas del Sena, donde Bresson lanzó su paquete, y donde descubriremos el papel del caballero en todo eso. Por lo demás, es una partida que tengo que jugar con Alice Demun. No es una oponente de gran envergadura, ¿verdad, Wilson? ¿Y no crees que pronto descubriré la frase del álbum y qué significan estas dos letras separadas, la C y la H? Porque todo reside ahí, Wilson.

Mademoiselle entró en ese mismo momento y, al ver a Sholmes gesticulando, le dijo:

—Señor Sholmes, le regañaré si despierta a mi paciente. No es

bueno que le moleste, el médico ha ordenado tranquilidad absoluta.

La miró sin decir una palabra, asombrado como el primer día ante su inexplicable calma.

—¿Por qué me mira así, señor Sholmes? Por algo será, siempre parece tener una segunda intención. ¿Cuál es? Respóndame, por favor.

Lo interrogó con su rostro desenfadado, sus ojos inocentes, su boca sonriente, y con su actitud en general, con las manos unidas y el pecho ligeramente inclinado hacia delante. Desprendía tanta franqueza que el inglés sintió ira. Se acercó y le habló en voz baja:

—Bresson se suicidó anoche.

Ella repitió sus palabras, como si no le hubiera entendido.

—Bresson se suicidó anoche...

Ninguna contracción alteró su rostro, nada que revelase el esfuerzo que le suponía mentir.

—Ya lo sabías —dijo, irritado—. De lo contrario, te habrías estremecido al menos. Eres más fuerte de lo que pensaba. Pero ¿por qué disimular?

Cogió el álbum de imágenes que acababa de dejar sobre una mesa y lo abrió por la página de recortes.

—¿Podrías decirme en qué orden deben colocarse las letras que faltan aquí, para descubrir el contenido exacto del mensaje que le enviaste a Bresson, cuatro días antes del robo de la lámpara judía?

—¿El orden? ¿Bresson? ¿El robo de la lámpara judía?

Repitió las palabras despacio, como si tratara de comprender su significado.

Insistió.

—Sí. Estas son las letras que se han usado. ¿Qué le decías a Bresson?

—Las letras que se han usado... Qué le dije...

De repente, se echó a reír.

—¡Eso es! Ya lo entiendo. Soy cómplice del robo. Hay un tal Bresson que se llevó la lámpara judía y se suicidó. Y yo soy amiga de este caballero. ¡Qué gracioso!

—¿A quién fuiste a ver ayer por la noche, en el segundo piso de una casa en la avenida de Ternes?

—¿A quién? A mi modista, la señorita Langeais. ¿Cree que mi modista y mi amigo Bresson son la misma persona?

A pesar de todo, Sholmes dudó. Para despistar, se puede fingir terror, alegría, ansiedad, todos los sentimientos, pero no la indiferencia, no la risa feliz y despreocupada.

Sin embargo, continuó:

—Una última cosa. ¿Por qué me abordaste el otro día en la estación de tren? ¿Y por qué me suplicaste que dejara París inmediatamente sin investigar este robo?

—Es demasiado curioso, señor Sholmes —le contestó, riéndose de la

manera más natural—. Como castigo, no le voy a contar nada y además debe vigilar al paciente mientras voy a la farmacia a buscar una receta urgente. Me marcho.

Salió.

—Estoy perdido —murmuró Sholmes—. No solo no le he sacado nada, sino que me he descubierto a mí mismo.

Recordó el asunto del diamante azul y su primera entrevista con Clotilde Destange. ¿No mostraba la misma serenidad que la dama rubia, y no estaba de nuevo frente a uno de esos seres que, protegidos por Arsène Lupin, bajo la acción directa de su influencia, mantenían la calma más asombrosa frente al peligro?

—Sholmes... Sholmes...

Se acercó a Wilson, que lo llamaba, y se inclinó sobre él.

—¿Qué pasa, viejo amigo? ¿Te duele?

Wilson movió los labios, pero no podía hablar. Al final, con un gran esfuerzo, tartamudeó:

—No, Sholmes. No es ella, es imposible que sea ella.

—¿De qué estás hablando? ¡Te digo que es ella! Solo cuando me encuentro delante de una de las criaturas de Lupin, preparada e instruida por él, pierdo la cabeza y actúo de manera tan estúpida. Ahora ya conoce la historia del álbum y seguro que en menos de una hora Lupin la conocerá también. ¿En una hora? ¿Qué estoy diciendo? Ya lo sabrá. La visita a la farmacia, la receta urgente. ¡Todo mentiras!

Salió apresuradamente de la casa, bajó por la avenida de Messine y llegó justo a tiempo para ver a la señorita entrando en una farmacia. Diez minutos más tarde salió con frascos y una botella envueltos en papel blanco. Pero mientras subía por la avenida, se le acercó un hombre que la siguió, con la gorra en la mano y la mirada servicial, como si le pidiera limosna.

Ella se detuvo, le dio algo y siguió con su camino.

«Ha hablado con él», se dijo el inglés.

Más que una certeza, fue una intuición lo suficientemente fuerte como para hacerle cambiar de táctica. Dejó a la chica y siguió el rastro del falso mendigo.

Así llegaron uno detrás del otro a la plaza Saint-Ferdinand. El hombre permaneció durante mucho tiempo rondando por la casa de Bresson, a veces levantando la mirada hacia las ventanas del segundo piso y otras observando a la gente que entraba en el edificio.

Después de una hora, subió al piso superior de un tranvía en dirección a Neuilly. Sholmes también se subió y se sentó detrás del individuo, manteniendo las distancias, junto a un caballero oculto tras las páginas abiertas de su periódico. En las fortificaciones, el caballero bajó el periódico y Sholmes vio a Ganimard, que le susurró al oído, señalando al individuo:

—Es el hombre que siguió a Bresson anoche. Ha estado vagando por la plaza durante una hora.

—¿Nada nuevo sobre Bresson? —preguntó Sholmes.

—Sí, una carta que llegó a su dirección esta mañana.

—¿Esta mañana? Debieron enviarla por correo ayer, antes de que el remitente supiera de la muerte de Bresson.

—Exactamente. Está en manos del juez de instrucción. Pero la leí. «No acepta ninguna transacción. Lo quiere todo, lo del primero y lo del segundo caso. De lo contrario, procederá». No tenía firma —agregó Ganimard—. Me parece que esas pocas líneas no nos servirán de mucho.

—No estoy nada de acuerdo, Ganimard; por el contrario, estas pocas líneas me parecen muy interesantes.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Por razones personales —contestó Sholmes con la poca consideración que mostraba con frecuencia hacia su colega.

El tranvía se detuvo en la rue du Château, en la última parada. El individuo se bajó y se marchó tranquilamente.

Sholmes lo escoltó tan de cerca que Ganimard se asustó.

—Si se da la vuelta, estamos perdidos.

—No se va a dar la vuelta ahora.

—¿Cómo lo sabes?

—Es cómplice de Arsène Lupin y el hecho de que camine de esa manera, con las manos en los bolsillos, demuestra, en primer lugar, que sabe que lo siguen y, en segundo lugar, que no tiene miedo.

—¡Sin embargo, vamos lo suficientemente cerca!

—No lo suficiente para evitar que se nos escape de entre los dedos en un segundo. Está demasiado seguro de sí mismo.

—Venga, me estás deprimiendo. Ahí, en la puerta de ese café, hay dos agentes en bicicleta. Si los llamo y les pido que se acerquen al individuo, me pregunto cómo se nos puede escapar.

—Bueno, nuestro amigo no parece estar demasiado preocupado por ello. De hecho, él mismo les está pidiendo ayuda.

—Por todos los santos —dijo Ganimard—. Sí que tiene valor.

El hombre se acercó a los dos policías justo cuando iban a montar en sus bicicletas. Les dijo unas palabras, luego se subió de repente a una tercera bicicleta que estaba apoyada contra la pared del café y se alejó con rapidez junto a los dos agentes.

El inglés se rio.

—Lo sabía. A la de tres, desaparecido. ¿Con ayuda de quién? De dos de tus colegas, Ganimard. Qué organización más maravillosa tiene Arsène Lupin. ¡Policías en bicicleta a su servicio! Ya te dije que nuestro hombre estaba demasiado tranquilo, demasiado seguro de sí mismo.

—Entonces —exclamó Ganimard—, ¿qué íbamos a hacer? Qué fácil es reírse.

—Venga, venga, no te enfades. Nos vengaremos. Ahora mismo, necesitamos refuerzos.

—Folenfant me espera al final de la avenida Neuilly.

—Ve a buscarlo y reúnete conmigo.

Ganimard se alejó, mientras Sholmes seguía el rastro de las bicicletas claramente visibles en el polvo de la carretera, ya que dos de ellas estaban equipadas con neumáticos estriados. Pronto se dio cuenta de que las huellas lo llevaban a las orillas del Sena, y que los tres hombres se habían girado en la dirección tomada por Bresson la noche anterior. Así llegó a la puerta donde él y Ganimard se habían ocultado y, un poco más adelante, vio una mezcla de las líneas estriadas de las ruedas que mostraba que se habían detenido en ese lugar. Justo enfrente había una pequeña lengua de tierra que apuntaba hacia el Sena y en cuyo extremo estaba amarrada una vieja embarcación.

Fue allí donde Bresson había tirado el paquete, o más bien lo dejó caer. Sholmes descendió por la orilla y comprobó que la pendiente tenía una inclinación muy suave y que el agua era bastante poco profunda, por lo que sería muy fácil recuperar el paquete, a menos que los tres hombres se le hubieran adelantado.

«No, no», se dijo. «No les ha dado tiempo. Un cuarto de hora como mucho. Y, sin embargo, ¿por qué habían pasado por allí?». Había un pescador sentado en la barca vieja. Sholmes le preguntó:

—¿Ha visto a tres hombres en bicicleta?

El pescador le indicó que no.

El inglés insistió:

—Seguro que sí, tres hombres. Se detuvieron a solo unos pasos.

El pescador se colocó el sedal debajo del brazo, se sacó un cuaderno del bolsillo, escribió en una de las páginas, la rasgó y se la pasó a Sholmes.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del inglés. En mitad de la página que sostenía en la mano, había leído de un vistazo la serie de letras recortadas del álbum.

CDEHSNOPRZEO-237

Un sol potente pesaba sobre el río. El hombre continuó con su trabajo, resguardado del sol bajo el ala ancha de un sombrero de paja, con la chaqueta y el chaleco doblados a su lado. Prestaba gran atención a la pesca, al corcho del sedal que flotaba en el agua.

Pasó un minuto, un momento de silencio solemne y terrible.

«¿Es él?», pensó Sholmes con una ansiedad casi dolorosa.

La verdad le iluminó.

«¡Es él! ¡Es él! Solo él es capaz de permanecer así tan tranquilamente, sin la más mínima demostración de ansiedad, sin

miedo a lo que pueda suceder. ¿Y quién más conocería la historia de las letras? Alice lo advirtió a través de su mensajero».

De repente, el inglés sintió que su mano, su propia mano, había agarrado la culata de su pistola, y que sus ojos estaban fijos en la espalda del individuo, un poco por debajo de la nuca. Un movimiento y todo el drama terminaría, la vida del extraño aventurero llegaría a un fin miserable.

El pescador no se movió.

Sholmes se aferró nervioso a su revólver con el feroz deseo de disparar y terminar con aquello, pero al mismo tiempo el horror de tal acto le resultaba repugnante a su naturaleza. La muerte sería segura y todo habría acabado.

«Ay», pensó. «Que se levante y se defienda. Si no lo hace, peor para él. Un segundo más y disparo...».

Pero el sonido de pasos detrás de él le hizo girar la cabeza y vio a Ganimard que venía acompañado de los inspectores.

Luego, cambiando de opinión, tomó impulso y se subió a la barca de un salto: el amarre se rompió por el fuerte empuje, cayó sobre el hombre y le rodeó el cuerpo con los brazos para sujetarlo. Ambos rodaron por la embarcación.

—¿Y ahora qué? —exclamó Lupin, mientras luchaba—. ¿Qué prueba esto? Cuando uno de los dos haya reducido al otro, no será un gran avance. No sabrás qué hacer conmigo, ni yo contigo. Nos quedaremos aquí como dos idiotas.

Los dos remos se deslizaron al agua. La embarcación se alejó a la deriva y oyeron gritos desde la orilla.

—¡Qué escándalo! —continuó Lupin—. ¿Has perdido el sentido? Un hombre de tu edad no debería hacer tantas tonterías. Actúas como un niño travieso.

Se las arregló para liberarse.

Exasperado, decidido a hacer cualquier cosa, Herlock Sholmes se metió la mano en el bolsillo. Maldijo. Lupin le había quitado el arma.

Luego, se arrodilló y trató de coger uno de los remos para alcanzar la orilla, mientras que Lupin estaba tratando de coger el otro para llegar al mar.

—Lo conseguirá o no lo conseguirá —dijo Lupin—. No importa. Si coges el remo, podré impedirte que lo uses, igual que tú. Pero aquí, como en la vida, nos esforzamos por actuar sin sentido ninguno, ya que siempre es el destino el que decide. Escucha, el destino, la suerte... Ya verás, el destino decide por el viejo Lupin. ¡Victoria! ¡La corriente me favorece!

Así era, la barca se alejaba.

—Cuidado —exclamó Lupin.

Alguien en la orilla apuntaba con un revólver. Bajó la cabeza, se oyó

una detonación y un poco de agua salpicó cerca de ellos. Lupin se echó a reír.

—Qué ven mis ojos, es el amigo Ganimard. Pero has actuado muy mal, Ganimard. Solo tienes derecho a dispararme en defensa propia. ¿El pobre de Arsène te altera hasta el punto de olvidarte de tu deber? Ahí va de nuevo. Pero, qué mala suerte, le vas a dar a mi amigo el maestro.

Se colocó detrás de Sholmes para usar su cuerpo como escudo y, de pie en la embarcación, le dijo a Ganimard:

—Vale, Ganimard, ¡estoy listo! Apunta aquí, Ganimard, al corazón. Más alto, a la izquierda. Has fallado, qué torpe. Otra vez. Estás temblando, Ganimard. Tú estabas al mando, ¿no? ¡A ver esa sangre fría! Uno, dos, tres, ¡dispara! Has fallado. Madre mía, ¿el gobierno os da juguetes infantiles en vez de pistolas?

Lupin sacó un arma larga, grande y plana, y disparó sin apuntar.

El inspector se llevó la mano al sombrero, tenía un agujero de bala.

—¿Qué te parece, Ganimard? Eso sí que es un arma. Pertenece a mi amigo, al maestro Herlock Sholmes.

Con un movimiento del brazo, lanzó el revólver a los pies de Ganimard.

Sholmes no pudo evitar una sonrisa de admiración. ¡Qué vitalidad! ¡Qué alegría tan juvenil y espontánea! Es como si se estuviera divirtiendo. Se diría que la sensación de peligro le causaba placer físico, y que la existencia no tenía otro propósito para este hombre extraordinario que la búsqueda de peligros simplemente por la diversión de evitarlos.

Sin embargo, a ambas orillas del río se había reunido una gran multitud y Ganimard y sus hombres siguieron a la embarcación que flotaba río abajo, con suavidad impulsada por la corriente. Sería una captura inevitable, matemática.

—Admítelo, viejo amigo —exclamó Lupin, volviéndose hacia el inglés—. No cambiarías tu lugar por todo el oro del mundo. Ahora estás en la primera fila. Pero, primero, el prólogo, después del cual pasaremos al quinto acto, a la captura o la fuga de Arsène Lupin. Así que, querido maestro, tengo que hacerte una pregunta y te ruego, para que no haya equívocos, que respondas con un sí o un no. ¿Vas a renunciar a investigar este caso? Todavía hay tiempo y puedo reparar los daños que has causado. Más tarde ya no podré. ¿De acuerdo?

—No.

La cara de Lupin mostró su decepción. Estaba claro que aquella obstinación lo irritaba. Continuó:

—Insisto. Más por tu bien que por el mío, insisto, porque estoy seguro de que serás el primero en arrepentirte de tu intervención. Por última vez, ¿sí o no?

—No.

Lupin se agachó, movió una de las tablas del fondo de la barca y, durante unos minutos, llevó a cabo algo que Sholmes no pudo discernir. Después se levantó, se sentó junto al inglés y le dedicó estas palabras:

—Creo, maestro, que hemos venido a este río con el mismo propósito: para recuperar el objeto del que Bresson se deshizo. Por mi parte, había invitado a algunos amigos y yo, como indica mi apariencia, estaba a punto de llevar a cabo una pequeña exploración de las profundidades del Sena cuando mis amigos anunciaron tu llegada.

»Te confieso que no me sorprendió, ya que me iban informando cada hora, me atrevo a decir, del progreso de tu investigación. Fue muy fácil. Cada vez que ocurría algo en la rue Murillo que pudiera interesarme, me informaban con una breve llamada de teléfono. Comprenderás que en estas condiciones...

Se detuvo. El tablón que había desplazado ahora estaba subiendo y entraba agua por todas partes en pequeños chorros.

—No sé qué diablos he hecho, pero sospecho que hay una fuga en el fondo de este viejo cascarón. ¿No tienes miedo, maestro?

Sholmes se encogió de hombros. Lupin continuó:

—Comprenderás que, en estas circunstancias, y sabiendo de antemano que buscarías el enfrentamiento con más ganas de las que yo intentaría evitarlo, he disfrutado bastante al participar contigo en esta partida cuyo resultado es seguro, ya que tengo todas las bazas en mi mano. Quería que nuestro encuentro fuera lo más espectacular posible, para que tu derrota sea conocida universalmente y que ninguna otra condesa de Crozon ni otro barón de Imblevalle sienta la tentación de solicitar tu ayuda contra mí. Además, mi querido maestro...

Se interrumpió de nuevo y, usando sus manos medio cerradas como si fueran catalejos, miró a las orillas.

—Caramba, han fletado un barco magnífico, un verdadero barco de guerra, y hay que ver cómo están remando. En menos de cinco minutos, nos habrán alcanzado y estaré perdido. Sholmes, un consejo: tírate encima de mí, pégame y entrégame a la justicia de mi país. ¿Qué te parece el plan? A menos que para entonces hayamos naufragado, en cuyo caso solo tendríamos que preparar nuestro testamento. ¿Qué te parece?

Sus miradas se encontraron. Esta vez Sholmes había entendido la maniobra de Lupin: había perforado el fondo de la barca. Cada vez había más agua.

Les llegaba a las suelas de las botas. Les cubrió los pies; pero no se movieron.

Les pasó los tobillos; el inglés sacó su tabaco, se lio un cigarrillo y lo encendió.

Lupin continuó:

—Esto no es más que la humilde confesión de mi debilidad ante ti, mi querido maestro. Me inclino ante ti para aceptar las únicas batallas en las que puedo ganar, para evitar aquellas en las que no hubiera podido elegir el terreno. Es reconocer que Sholmes es el único enemigo al que temo y proclamar mi preocupación siempre y cuando se interponga en mi camino. Eso es lo que quería decirte, mi querido maestro, ya que el destino me ofrece el honor de poder conversar contigo. Solo lamento una cosa, y es que esta conversación tenga lugar mientras nos remojamos los pies. Una situación que carece de gravedad, lo confieso. Qué digo, remojarnos los pies, mucho más que eso.

El agua había llegado al banco en el que estaban sentados y la embarcación se hundía cada vez más.

Sholmes, imperturbable, con el cigarrillo en los labios, parecía absorto en la contemplación del cielo. Mientras estaba cara a cara con aquel hombre que, rodeado de peligros y de una multitud, perseguido por una manada de agentes y que, sin embargo, mantenía su relajado estado de ánimo, por nada en el mundo habría consentido mostrarle el más mínimo signo de agitación.

¿Acaso estas trivialidades deberían perturbarnos?, parecían decir los dos. ¿Acaso no se ahogaba gente en el río todos los días? ¿Acaso aquella situación era tan inusual que merecía una atención especial? Uno charlaba y el otro soñaba despierto, ambos ocultando su orgullo herido bajo la misma máscara de indiferencia.

Un minuto más y se hundirían.

—Lo esencial —formuló Lupin—, es saber si nos hundiremos antes o después de la llegada de los defensores de la justicia. Esa es la cuestión principal. En cuanto a nuestro naufragio, esa es una conclusión inevitable. Maestro, ha llegado la hora del testamento. Lego toda mi fortuna a Herlock Sholmes, ciudadano inglés, a su pesar... Dios mío, qué rápido se mueven los defensores de la justicia. ¡Qué valientes! Es un placer verlos. Observa la precisión de los remos. ¿Eres tú, sargento Folenfant? ¡Bravo! La idea del barco de guerra es excelente. Te recomendaré a tus superiores, sargento Folenfant. ¿Quieres una medalla? Entendido, está hecho. Y tu camarada Dieuzy, ¿dónde está? En la orilla izquierda, imagino. ¿Verdad? ¿Acompañado de un centenar de los suyos? Así que, si escapo del naufragio, Dieuzy y los suyos me atraparán en la margen izquierda, o Ganimard y las gentes de Neuilly en la derecha. Qué dilema más desagradable...

Se produjo una conmoción. La embarcación se puso a girar sobre sí misma y Sholmes tuvo que aferrarse a la anilla de los remos.

—Maestro —dijo Lupin—, te ruego que te quites el abrigo. Estarás más cómodo para nadar. ¿No? ¿Te niegas? Entonces me vuelvo a poner el mío.

Se puso el abrigo y se lo abrochó hasta arriba como Sholmes.

—¡Qué hombre más duro! —exclamó—. Qué lástima que te hayas involucrado en un asunto en el que claramente lo has dado todo, pero ha sido en vano. Estás desperdiciando tu magnífico genio...

—Lupin —dijo Sholmes, rompiendo por fin su silencio—, hablas demasiado y a menudo pecas de exceso de confianza y frivolidad.

—Parece que no nos andamos con medias tintas con los reproches.

—Así, hace solo un momento, me has proporcionado sin saberlo la información que necesitaba.

—¡Qué dices! ¿Estabas buscando información y no me lo habías dicho?

—No necesito a nadie. Dentro de tres horas podré entregarle la clave del misterio al barón y la baronesa de Imblevalle. La única respuesta es...

No pudo terminar la frase. La embarcación se hundió de repente, arrastrando a los dos hombres. Emergió de inmediato, bocabajo, con el casco arriba. Se oyeron gritos en ambas orillas y luego un silencio ansioso seguido de más gritos. Uno de los náufragos había salido a la superficie.

Era Herlock Sholmes.

Era un excelente nadador y se acercó a grandes brazadas al barco de Folenfant.

—Coraje, Sholmes —exclamó el sargento—. Ya casi estás, sigue así. Nos ocuparemos de él después. Ya te tenemos, venga. Un último esfuerzo, Sholmes. Coge la cuerda.

El inglés se agarró de una cuerda que le lanzaron. Pero, mientras subía a bordo, una voz detrás de él gritó:

—La palabra clave del acertijo, mi querido maestro, sí, la tendrás. Incluso me sorprende que no la hayas descubierto todavía. ¿Entonces? ¿De qué sirve? En ese momento habrás perdido la batalla...

Cómodamente sentado a horcajadas sobre el casco al que acababa de trepar, Arsène Lupin continuó su discurso con gestos solemnes, como si esperara convencer a su adversario:

—Entiéndelo, mi querido maestro, no hay nada que hacer, absolutamente nada. Te encuentras en la deplorable situación de un caballero que...

—¡Ríndete, Lupin! —le interrumpió Folenfant.

—Qué maleducado, sargento Folenfant. Me has interrumpido a mitad de una frase. Como estaba diciendo...

—Ríndete, Lupin.

—Pero, por favor, sargento Folenfant. Un hombre se rinde solo

cuando está en peligro. ¿De verdad crees que estoy en peligro?

—Por última vez, Lupin, ríndete.

—Sargento Folenfant, no tienes intención de matarme; a lo sumo, herirme porque tienes miedo de que me escape. ¿Y si por casualidad la herida fuera mortal? Piensa en los remordimientos que tendrías. ¡Infeliz! ¡Echarías a perder tu vejez!

Lupin se tambaleó, se agarró un momento a los remos, luego se soltó y desapareció.

Todo esto sucedió a las tres en punto exactamente. A las seis, como había anunciado, Herlock Sholmes, vestido con unos pantalones demasiado cortos y un abrigo demasiado estrecho que le había prestado un posadero de Neuilly, con una gorra y una camisa de franela con cordón de seda, entró en el salón de la rue Murillo, después de haber avisado al barón y a la baronesa de Imblevalle de que quería reunirse con ellos.

Lo encontraron caminando de un lado a otro de la estancia. Parecía tan cómico vestido con su extraño atuendo que tuvieron que reprimir un fuerte deseo de reírse. Con aire pensativo y los hombros caídos, caminaba como un autómata, de la ventana a la puerta, y de la puerta a la ventana, cada vez dando el mismo número de pasos y girando cada vez de la misma manera.

Se detuvo, recogió un pequeño adorno, lo examinó mecánicamente y luego reanudó su caminata.

Finalmente, de pie frente a ellos, les preguntó:

—¿Está mademoiselle aquí?

—Sí, en el jardín, con las niñas.

—Barón, esta conversación va a ser definitiva y me gustaría que estuviera presente la señorita Demun.

—¿Es necesario?

—Tenga un poco de paciencia, señor. La verdad saldrá a la luz a partir de los hechos que presentaré ante ustedes con tanta precisión como sea posible.

—Muy bien. Suzanne, ¿puedes...?

La baronesa de Imblevalle se levantó y regresó casi inmediatamente acompañada por Alice Demun. La muchacha, un poco más pálida de lo habitual, permaneció de pie, apoyada contra una mesa y sin siquiera preguntar por qué la habían llamado.

Sholmes pareció no verla; se volvió abruptamente hacia el barón de Imblevalle y dijo en un tono que no admitía respuesta:

—Después de varios días de investigación, y aunque ciertos acontecimientos cambiaron mi forma de ver las cosas brevemente, le repetiré lo que le dije desde el primer momento: la lámpara judía fue robada por alguien que vive en esta casa.

—¿El nombre del culpable?

—Lo conozco.

—¿Las pruebas?

—Tengo suficientes para establecer ese hecho.

—No es suficiente con eso. Hay que devolver...

—¿La lámpara judía? La tengo en mi poder.

—¿Y el collar de ópalos y la tabaquera?

—El collar de ópalos, la tabaquera, en resumen, todo lo que robaron la segunda vez está en mi poder.

A Sholmes le gustaban estos golpes de efecto, esta manera un tanto seca de proclamar sus victorias.

De hecho, el barón y su esposa parecían estupefactos y lo observaban con una curiosidad silenciosa, que era el mayor elogio.

Luego, les relató todo lo que había hecho durante esos tres días. Les contó el descubrimiento del álbum, escribió en una hoja de papel la frase que formaban las letras recortadas, luego continuó con la expedición de Bresson a las orillas del Sena y el suicidio del aventurero, y, finalmente, les relató el enfrentamiento con Lupin, el hundimiento de la embarcación y la desaparición de este.

Cuando terminó, el barón dijo en voz baja:

—Solo le falta revelarnos el nombre del culpable. ¿A quién acusa?

—Acuso a la persona que recortó las letras del alfabeto y se comunicó por medio de ellas con Arsène Lupin.

—¿Cómo sabe que el corresponsal de esa persona es Arsène Lupin?

—Porque me lo dijo él mismo.

Les mostró un trozo de papel mojado y arrugado. Era la página que Lupin había arrancado de su cuaderno, en la barca, y en la que había escrito de su puño y letra.

—Como se darán cuenta —indicó Sholmes, con satisfacción—, no estaba obligado a entregarme esa hoja de papel y, por lo tanto, revelar su identidad. Simplemente, fue una chiquillada por su parte y, sin embargo, me dio exactamente la información que deseaba.

—Le dio la información —repitió el barón—. Sin embargo, no veo nada.

Sholmes repasó con lápiz las letras y los números.

CDEHSNOPRZEO-237

—¿Y? —preguntó el barón de Imblevalle—. Es la fórmula que acaba de mostrarnos.

—No. Si hubiera girado una y otra vez esta fórmula en todas las direcciones, si la hubiera estudiado con detenimiento, habría visto a primera vista, como yo vi, que no es como la primera.

—¿Entonces?

—Consta de dos letras más, una E y una O.

—De hecho, no me había dado cuenta...

—Si juntamos estas dos letras a la C y a la H que se nos quedaron

fuera de la palabra «responder», nos da la única palabra posible: ECHO.

—¿Y eso qué significa?

—Lo que significa *Écho de France*, el periódico de Lupin, su órgano oficial, el medio que utiliza para sus «comunicaciones». Responder al «*Écho de France*, en los anuncios personales, con el número 237». Esa era la palabra del enigma que busqué tanto y Lupin tuvo la amabilidad de proporcionarme. Vengo de las oficinas del *Écho de France*.

—¿Y qué ha encontrado?

—He encontrado la historia detallada de la relación entre Arsène Lupin y su cómplice.

Sholmes sacó siete periódicos abiertos por la cuarta página y señaló las siguientes siete líneas:

1.° ARS. LUP. Dam. impl. prot. 540.

2.° 540. Espera detalles. A. L.

3.º A. L. Bajo domin. enemigo. Perdido.

4.° 540. Escribir dirección. Investigaré.

5.° A. L. Murillo.

6.° 540. Parque tres. Violetas.

7.° 237. Entend. sab. será dom. ma. parque.

—¡Y a eso llama una historia detallada! —exclamó el barón de Imblevalle.

—Por supuesto, sí. Y si me presta un poco de atención, pronto compartirá mi opinión. En primer lugar, una dama que firma 540, implora la protección de Arsène Lupin, a la que Lupin responde pidiendo detalles. La dama responde que está bajo el control de un enemigo, que es Bresson sin ninguna duda, y que estaba perdida si no la ayudaba. Lupin, que sospecha, que no se atreve a hablar con esta desconocida, exige la dirección y propone una investigación. La dama duda durante cuatro días, mire las fechas, y finalmente, presionada por los acontecimientos, influida por las amenazas de Bresson, le da el nombre de su calle, Murillo. Al día siguiente, Arsène Lupin anuncia que estará en el parque Monceau a las tres en punto, y ruega a la desconocida que lleve un ramo de violetas como señal de identificación. Luego, hay un lapso de ocho días en la correspondencia. Arsène Lupin y la dama ya no necesitan escribirse a través del periódico: se ven o se escriben directamente. Tramaron un plan para cumplir con las exigencias de Bresson, la dama debía robar la lámpara judía. Falta fijar la fecha. La dama, por precaución, se comunica utilizando palabras recortadas y pegadas, se decide por el sábado y añade: «Responder *Écho* 237». Lupin responde que entendido y que estará en el parque el domingo por la mañana. El domingo por la mañana, tuvo lugar el robo.

—Todo encaja —aprobó el barón—. La historia está completa.

Sholmes continuó:

—Así que se produce el robo. La dama sale el domingo por la mañana, informa a Lupin de lo que ha hecho, y le lleva la lámpara judía a Bresson. Todo sucede como Lupin había planeado. La justicia, engañada por la ventana abierta, cuatro agujeros en la tierra y dos arañazos en un balcón, admite inmediatamente la hipótesis de que el robo fue cometido por un ladrón. La dama está tranquila.

—Admito que es una explicación muy lógica —intervino el barón—. Pero el segundo robo...

—El segundo robo fue consecuencia del primero. Los periódicos relataron cómo había desaparecido la lámpara judía y alguien tuvo la idea de repetir el delito y llevarse lo que había quedado. Esta vez, no fue un robo simulado, sino un robo real, un robo genuino, con escaleras y todo.

—Lupin, por supuesto.

—No, Lupin no actúa de manera tan estúpida. Él no ataca a la gente por razones triviales.

—Entonces, ¿quién?

—Bresson, sin duda, y sin el conocimiento de la dama a la que había chantajeado. Bresson vino aquí, fue a él a quien perseguí, fue él quien hirió a mi pobre Wilson.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. Uno de los cómplices de Bresson le escribió ayer, antes de su suicidio, una carta que demuestra que este cómplice y Lupin estaban negociando la devolución de todos los objetos robados de su casa. Lupin exigió la devolución de todo, «lo primero, es decir, la lámpara judía, y lo del segundo caso». Además, estaba vigilando a Bresson. Cuando fue anoche a orillas del Sena, uno de los cómplices de Lupin lo siguió igual que nosotros.

—¿Qué iba a hacer Bresson a orillas del Sena?

—Al haberse enterado del progreso de mis investigaciones...

—¿Cómo?

—Se lo dijo la dama, que temía justamente que el descubrimiento de la lámpara judía diera lugar al descubrimiento de su propia aventura. Después de haber sido advertido, metió en un paquete todos los objetos que podrían comprometerlo y lo tiró en un lugar donde pensó que podría recogerlo de nuevo cuando el peligro hubiera pasado. Fue a su regreso cuando, cazado por Ganimard y por mí, y seguramente debido a otros pecados que cargaba en la conciencia, perdió la cabeza y se suicidó.

—Pero ¿qué contenía el paquete?

—La lámpara judía y los otros objetos.

—Entonces, ¿no están en su poder?

—Inmediatamente después de la desaparición de Lupin, aproveché

el baño que me había obligado a tomar y fui al lugar seleccionado por Bresson; allí encontré los artículos robados envueltos en un trapo sucio. Aquí están, en esta mesa.

Sin decir una palabra, el barón cortó el cordón, rasgó la tela mojada, sacó la lámpara, giró una tuerca en el pie, ejerció presión con ambas manos sobre el recipiente, lo desenroscó, lo abrió en dos partes iguales, y descubrió la quimera de oro, engastada con rubíes y esmeraldas.

Estaba intacta.

Había en aquella escena, tan natural en apariencia y que consistía en una mera exposición de hechos, algo que la volvía terriblemente trágica: la acusación formal, directa e irrefutable que Sholmes lanzaba en cada una de sus palabras contra mademoiselle. Y también el impresionante silencio de Alice Demun.

Durante todo ese tiempo, ante aquella cruel acumulación de circunstancias acusatorias que se iban amontonando, no había movido ni un músculo de su rostro, ni un rastro de revuelta o de miedo había empañado la serenidad de su mirada clara. ¿En qué estaba pensando? Y sobre todo, ¿qué iba a decir en el momento solemne en que tendría que responder, en que tendría que defenderse y romper el círculo de hierro en el que Herlock Sholmes la había encarcelado de manera tan inteligente?

Ese momento había llegado, pero la muchacha guardaba silencio.

—¡Habla! ¡Di algo! —exclamó el barón de Imblevalle.

No dijo ni una palabra.

Él insistió:

—Una simple palabra te bastaría. Una simple palabra negándolo todo y te creeré.

No pronunció ninguna palabra.

El barón caminaba de un lado a otro de la habitación, volvió sobre sus pasos, comenzó de nuevo, luego se dirigió a Sholmes:

—No puede ser. No puedo creerlo, no lo creo. Hay crímenes imposibles y este se opone a todo lo que sé y a todo lo que he visto durante el año pasado.

Puso la mano en el hombro del inglés.

—Pero ¿usted está absolutamente seguro de que tiene razón?

Sholmes dudó, como un hombre al que se ataca inesperadamente y cuya respuesta no es inmediata. Sin embargo, sonrió y habló:

—Solo la persona a la que acuso, por la situación que ocupa en su casa, podría saber que la lámpara judía contenía esta magnífica joya.

—No quiero creerlo —murmuró el barón.

—Pregúntele.

Aquello era lo único que no habría intentado, dada la confianza ciega que sentía por la muchacha. Sin embargo, no era posible seguir

negando lo obvio.

Se acercó a ella y le preguntó, mirándola a los ojos:

—¿Fuiste tú? ¿Fuiste tú quien se llevó la joya? ¿Fuiste tú quien contactó con Arsène Lupin y simuló el robo?

—Fui yo —respondió ella.

No bajó la cabeza. No mostró vergüenza ni turbación.

—¡Cómo es posible! —exclamó el barón de Imblevalle—. No me lo puedo creer. Eres la última persona de la que habría sospechado. ¿Cómo fuiste capaz, desgraciada?

—Hice lo que ha contado Sholmes —dijo—. La noche del sábado al domingo, bajé al salón, cogí la lámpara, y por la mañana se la llevé a ese hombre.

—No —objetó el barón—. Lo que dices es inaceptable.

—¿Por qué inaceptable?

—Porque por la mañana encontré la puerta del salón cerrada con llave.

Se ruborizó y miró a Sholmes como si buscara su consejo.

Más que por las objeciones del barón, el inglés estaba asombrado por la vergüenza de Alice Demun. ¿No tenía nada que decir? ¿La confesión que confirmaba el relato de Sholmes sobre el robo de la lámpara judía enmascaraba una mentira que los hechos destrozaban?

El barón continuó:

—La puerta estaba cerrada. Confirmo que encontré la cerradura como la dejé la noche anterior. Si hubieras entrado por esa puerta, como afirmas, habría sido necesario que alguien te abriera desde el interior, es decir, desde el salón o nuestra habitación. No había nadie en estas dos estancias excepto mi esposa y yo.

Sholmes bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos para ocultar su rostro enrojecido. Algo le había golpeado de pronto y la información le dejó deslumbrado, incómodo. Todo se le reveló, como el repentino levantamiento de una niebla matutina que deja ver el paisaje.

Alice Demun era inocente.

Alice Demun era inocente. Había una verdad cierta y cegadora, y al mismo tiempo esa proposición explicaba la vergüenza que había estado sintiendo desde el primer día al dirigir la terrible acusación contra la muchacha. Ahora lo vio todo claro. Lo sabía. Un gesto y obtendría la prueba irrefutable.

Levantó la cabeza y, después de unos segundos, tan naturalmente como pudo, dirigió la mirada a la baronesa de Imblevalle.

Estaba pálida, con esa inusual palidez que nos invade en los momentos implacables de nuestras vidas. Trató de ocultar las manos que le temblaban de manera imperceptible.

«Un segundo más», pensó Sholmes. «Un segundo más y se

traicionará a sí misma».

Se colocó entre ella y su marido, con el deseo apremiante de evitar el terrible peligro que, por su culpa, amenazaba a este hombre y a esta mujer. Pero al ver al barón se estremeció hasta lo más profundo de su ser. La misma revelación repentina que le había deslumbrado con su claridad había entrado ahora en la mente del barón. Su cerebro trabajaba a la misma velocidad que el del marido. Él también lo había entendido. Veía la verdad.

Desesperadamente, Alice Demun se lanzó contra la implacable verdad.

—Tiene razón, señor, me he equivocado. No entré por aquí. Pasé por el vestíbulo y el jardín, y usé una escalera.

Fue un esfuerzo supremo de verdadera devoción, pero un esfuerzo inútil. Las palabras sonaban falsas. La voz no desprendía convicción y la dulce criatura ya no tenía los ojos claros y ese aire natural de sinceridad. Bajó la cabeza, derrotada.

El silencio fue atroz. La baronesa de Imblevalle esperaba, lívida, rígida por la ansiedad y el miedo. El barón parecía estar debatiéndose de nuevo, como si no quisiera creer que su felicidad se había derrumbado.

—Habla —balbuceó finalmente—. Explícate.

—No tengo nada que decirte —manifestó en voz muy baja, con el rostro retorcido de dolor.

—Así que mademoiselle…

—Mademoiselle me salvó, por su devoción, por su afecto. Se acusó a sí misma…

—¿Salvada de qué? ¿De quién?

—De ese hombre.

—¿De Bresson?

—Sí, era a mí a quien tenía amenazada. Lo conocí en casa de un amigo y cometí la imprudencia de escucharlo. Nada que no pudieras perdonar. Sin embargo, escribí dos cartas que… Pero las recuperé, ya sabes cómo. ¡Oh! Ten piedad de mí… ¡He llorado tanto!

—¡Tú! ¡Suzanne!

Levantó los puños, preparado para todo. Pero dejó caer los brazos y susurró de nuevo:

—Tú, Suzanne. No es posible…

Con pequeñas frases entrecortadas, contó la banal y dolorosa aventura, el horrible descubrimiento del verdadero carácter infame de aquel personaje, su remordimiento, su angustia, y también les contó la conducta admirable de Alice; cómo la muchacha había adivinado la desesperación de su señora, cómo había conseguido que confesara; escribió a Lupin y organizó aquella historia del robo para salvarla de las garras de Bresson.

—Suzanne, tú... —repetía el barón de Imblevalle, doblado por la mitad, dolorido—. ¿Cómo pudiste?

Ese mismo día, por la noche, el barco de vapor Ville-de-Londres, que hacía el servicio entre Calais y Dover, se deslizaba lentamente sobre el agua tranquila. La noche era oscura y calmada. Había unas nubes plácidas sobre el barco, y a su alrededor, una niebla ligera que lo separaba del espacio infinito sobre el que se extendía la blancura de la luna y las estrellas.

La mayoría de los pasajeros había regresado a sus camarotes y a los salones. Sin embargo, algunos más intrépidos caminaban por la cubierta o dormían en grandes mecedoras, bajo gruesas mantas. Se veía el resplandor de los cigarros aquí y allá, y se oía, mezclado con el suave aliento de la brisa, el susurro de voces que no se atrevían a elevarse sobre el gran silencio solemne.

Uno de los pasajeros, que caminaba con paso regular a lo largo de la cubierta, se detuvo ante una persona acostada en un banco, la examinó, y como se movió un poco, le dijo:

—Pensé que estabas dormida, mademoiselle Alice.

—No, no, señor Sholmes, no tengo ganas de dormir. Estoy pensando.

—¿En qué? Si no es indiscreto preguntarte.

—Estaba pensando en la baronesa de Imblevalle. Debe ser muy infeliz. Su vida está arruinada.

—No, no —contestó rápidamente—. Su error no fue de los que no se perdonan. El barón de Imblevalle olvidará todo esto. Incluso antes de que nos fuéramos, ya la miraba con menos severidad.

—Tal vez, pero tardará en olvidar, y ella sufre.

—¿La quieres mucho?

—Mucho. Fue mi amor por ella lo que me dio fuerzas para sonreír cuando temblaba de miedo, para enfrentarme a usted cuando quería huir de su mirada.

—¿Y no lamentas dejarla?

—Sí, mucho. No tengo parientes, ni amigos, solo a ella.

—Tendrás amigos —dijo el inglés, a quien turbaba aquel dolor—. Te lo prometo. Tengo contactos, mucha influencia. Te aseguro que no te arrepentirás de tu situación.

—Tal vez, pero la baronesa de Imblevalle no estará conmigo.

No intercambiaron más palabras. Herlock Sholmes dio otras dos o tres vueltas sobre la cubierta, luego regresó con su compañera de viaje.

La cortina de niebla se disipaba y las nubes parecían separarse del cielo. Las estrellas brillaban.

Sholmes sacó su pipa de la parte inferior de su abrigo macferlán, la rellenó y luego usó cuatro cerillas sin conseguir encenderla. Como no

tenía más, se levantó y le preguntó a un caballero que estaba sentado a unos pasos:

—¿Tiene fuego, por favor?

El caballero abrió una caja de cerillas y encendió una. La llama le iluminó la cara. Con el resplandor, Sholmes reconoció a Arsène Lupin.

De no ser por el gesto casi imperceptible de sorpresa del inglés, Lupin podría haber asumido que Sholmes era consciente de su presencia a bordo, así de bien controlaba sus sentimientos y así de natural fue el gesto con el que le tendió la mano a su adversario.

—Veo que sigues gozando de buena salud, Lupin.

—¡Bravo! —exclamó Lupin, que no pudo reprimir un grito de admiración por la sangre fría del inglés.

—¿Bravo? ¿Y por qué?

—¿Cómo que por qué? Me ves reaparecer frente a ti, como un fantasma, después de presenciar mi desaparición en el Sena y tu orgullo, una cualidad que describiré como esencialmente británica, no te deja mostrar el más mínimo asombro, ni una palabra de sorpresa. Así que lo repito. ¡Bravo! Es admirable.

—No hay nada de admirable. Por la forma en que caíste de la barca, sabía muy bien que lo hiciste voluntariamente y que la bala del sargento no te había tocado.

—¿Y te fuiste sin saber qué había sido de mí?

—¿Qué había sido de ti? Lo sabía. Había al menos quinientas personas en las dos orillas del río en el espacio de un kilómetro. Si escapabas a la muerte, la captura era segura.

—Y, sin embargo, estoy aquí.

—Lupin, hay dos hombres en el mundo de quienes nada puede sorprenderme: yo primero y luego tú.

El tratado de paz había terminado.

Aunque Sholmes no había tenido éxito en su enfrentamiento contra Arsène Lupin, aunque Lupin seguía siendo el enemigo excepcional cuya captura tenía que abandonar definitivamente, aunque en el transcurso de los enfrentamientos había mostrado su superioridad, el inglés, sin embargo, había encontrado, gracias a su formidable tenacidad, la lámpara judía igual que había encontrado el diamante azul. Tal vez el resultado en esta ocasión fue menos brillante, especialmente desde el punto de vista del público, ya que Sholmes se vio obligado a guardar silencio sobre las circunstancias en las que se había descubierto la lámpara judía y no proclamar que conocía el nombre del culpable. Pero, de hombre a hombre, de Lupin a Sholmes, de policía a ladrón, no había ni vencedor ni vencido.

Cada uno de ellos había conseguido su victoria correspondiente.

Así que charlaron como adversarios corteses que han bajado las armas y se tenían en alta estima.

A petición de Sholmes, Lupin le relató su fuga.

—Si es que podemos llamarlo una fuga —dijo—. Fue muy sencillo. Mis amigos me vigilaban, ya que les había pedido que se reunieran conmigo allí para recuperar la lámpara judía. Después de permanecer una buena media hora bajo el casco volcado de la embarcación, aproveché un momento en el que Folenfant y sus hombres estaban buscando mi cadáver a lo largo de la orilla del río y me subí a la barca. Entonces mis amigos me recogieron al pasar en lancha y nos alejamos bajo la atenta mirada de los quinientos curiosos, de Ganimard y Folenfant.

—Muy bien —exclamó Sholmes—. Bien jugado. ¿Y ahora tienes asuntos en Inglaterra?

—Sí, algunas cuentas que saldar. Pero se me había olvidado. ¿El barón de Imblevalle?

—Lo sabe todo.

—Ah, mi querido maestro, ¿qué te dije? El mal es ahora irreparable. ¿No habría sido mejor haberme permitido solucionar el asunto a mi manera? En un día o dos más, habría atrapado a Bresson y habría recuperado la lámpara judía y las baratijas; las habría enviado de vuelta a los Imblevalle, y esos dos ciudadanos honestos habrían vivido en paz y felices para siempre. En lugar de eso...

—En lugar de eso —se burló Sholmes—, lo he complicado todo y he sembrado las semillas de la discordia en el seno de una familia que estaba bajo tu protección.

—Por supuesto que los estaba protegiendo. ¿Es necesario robar, engañar y hacer el mal todo el tiempo?

—¿Así que también haces el bien?

—Cuando tengo tiempo. Además, me parece divertido. Me parece extremadamente gracioso que, en la aventura que nos ocupó, sea yo el buen genio que rescata y salva y tú el genio malvado que trae desesperación y lágrimas.

—Lágrimas. Lágrimas —protestó el inglés.

—La casa de los Imblevalle está destrozada y Alice Demun llora.

—No podía quedarse. Ganimard lo habría descubierto todo y a través de ella llegaría a la baronesa de Imblevalle.

—Estoy totalmente de acuerdo, maestro, pero ¿de quién es la culpa?

Dos hombres pasaron delante de ellos. Sholmes le dijo a Lupin, en un tono que parecía ligeramente alterado:

—¿Sabes quiénes son estos caballeros?

—He creído reconocer al capitán del barco.

—¿Y el otro?

—No lo sé.

—Se trata de Austin Gilett, quien ocupa en Inglaterra una posición que se corresponde a la de Dudouis, tu jefe de la Sûreté.

—Qué casualidad. ¿Serías tan amable de presentarme? Dudouis es uno de mis buenos amigos, y estaría encantado de poder decir lo mismo sobre Austin Gilett.

Los dos caballeros pasaron de nuevo.

—¿Y si te tomo la palabra, Lupin? —dijo Sholmes al levantarse.

Había cogido a Arsène Lupin por la muñeca y la apretaba con una mano de hierro.

—¿Por qué me agarras tan fuerte, maestro? Estoy dispuesto a seguirte.

Se dejó arrastrar sin la menor resistencia. Los dos caballeros se estaban alejando.

Sholmes aceleró el paso. Sus uñas se clavaban en la piel de Lupin.

—Venga —le dijo con una especie de prisa febril para que todo acabara lo más rápido posible—. Vamos, date prisa.

Pero se detuvo en seco. Alice Demun los había seguido.

—¿Qué estás haciendo, señorita? No hace falta que nos acompañes.

Fue Lupin quien respondió:

—Fíjate en que no viene por su propia voluntad. Le estoy sujetando la muñeca con una energía similar a la que tú me estás dedicando.

—¿Y por qué?

—¡Cómo! Porque deseo presentarla también. Su papel en la historia de la lámpara judía es aún más importante que el mío. Cómplice de Arsène Lupin, cómplice de Bresson, también tendrá que hablar de la aventura de la baronesa de Imblevalle, que será de gran interés para la justicia. Y al presentarla también, habrás llevado tu amable intervención hasta el límite, mi querido Sholmes.

El inglés soltó la muñeca de su prisionero. Lupin la liberó a ella.

Permanecieron quietos unos segundos, uno delante del otro. Después Sholmes regresó a su banco y se sentó. Lupin y la chica volvieron a sus asientos.

Se hizo un largo silencio que rompió Lupin:

—Escucha, maestro. Hagamos lo que hagamos, nunca estaremos del mismo bando. Tú estás a un lado de la zanja, yo al otro. Podemos saludarnos, tendernos la mano, conversar un rato, pero la zanja sigue ahí. Siempre serás Herlock Sholmes, detective, y yo Arsène Lupin, ladrón. Y Herlock Sholmes siempre obedecerá, más o menos espontáneamente, con más o menos derecho, a su instinto de detective, que es perseguir al ladrón y atraparlo si es posible. Y Arsène Lupin siempre será consecuente con su alma de ladrón que evita ser cazado por el detective y que se burla de él si es posible. Y en esta ocasión puede hacerlo. Ja, ja, ja.

Se echó a reír con una risa sarcástica, cruel y odiosa. Entonces, de repente, se dirigió a la muchacha:

—Puedes estar segura, señorita, de que aunque me hubieran

reducido hasta el final, no te habría traicionado. Arsène Lupin nunca traiciona, especialmente a aquellos a quienes ama y admira. Y me permitirás decirte que amo y admiro a la criatura valiente y encantadora que eres.

Sacó de su cartera una tarjeta de visita, la rasgó por la mitad, le dio una mitad a la muchacha y, con la misma voz respetuosa y cargada de emoción, continuó:

—Si los planes de Sholmes no salen bien, señorita, ve a ver a lady Strongborough, encontrarás fácilmente su domicilio actual. Entrégale esta media tarjeta acompañada de las palabras «un amigo fiel». Lady Strongborough te tratará como a una hermana.

—Gracias —dijo la muchacha—. Iré a ver a esta señora mañana.

—Y ahora, maestro —exclamó Lupin con la satisfacción de un caballero que ha cumplido con su deber—, te doy las buenas noches. Todavía nos queda una hora de travesía. La voy a aprovechar.

Se acostó en el banco, con las manos debajo de la cabeza.

El cielo había dejado paso a la luna. Su brillo radiante se extendía sobre las estrellas y la superficie del mar, y flotaba en el agua; la inmensidad, de la que desaparecían las últimas nubes, parecía pertenecerle.

La línea de la costa se dibujó en el horizonte oscuro. Los pasajeros empezaron a salir. La cubierta se llenó de gente. Austin Gilett pasó con dos individuos que Sholmes reconoció como agentes de la policía inglesa.

En su banco, Lupin dormía.

SI TE HA GUSTADO
ESTE LIBRO, NO TE PIERDAS
LAS NUEVAS ENTREGAS
DE ARSÈNE LUPIN

MAURICE LEBLANC nació en Ruan en 1864. Tras estudiar Derecho, antes de llegar a los treinta, decidió instalarse en París e iniciar su carrera literaria. Pese a publicar algunas novelas, su éxito no llegó hasta 1904, cuando el director de la revista *Je sais tout*, Pierre Lafitte, le encargó el relato que lo cambió todo: «El arresto de Arsène Lupin».

El que había sido concebido como personaje de una única aventura acabó siendo, por clamor popular y por petición del editor, el protagonista de veinte novelas. Nacía así uno de los mejores y más queridos héroes de la literatura policiaca.

La popularidad que alcanzó el personaje de Lupin en Francia ha sido comparada con la del detective británico Sherlock Holmes en los países anglosajones. Y, al igual que el protagonista de las novelas de Sir Arthur Conan Doyle, el ladrón de guante blanco también ha pasado a la gran pantalla en numerosas ocasiones. Netflix nos sorprendió en 2021 con la versión más reciente: la serie *Lupin*, todo un éxito de audiencia para la plataforma.

1. Este escritorio se encuentra actualmente en el Garde-Meuble.

Título de la edición original: *Arsène Lupin contra Herlock Sholmes*

Edición en formato digital: febrero de 2022

© Maurice Leblanc
© 2022, de la traducción, Zulema Couso
© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012
Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-1900-430-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos